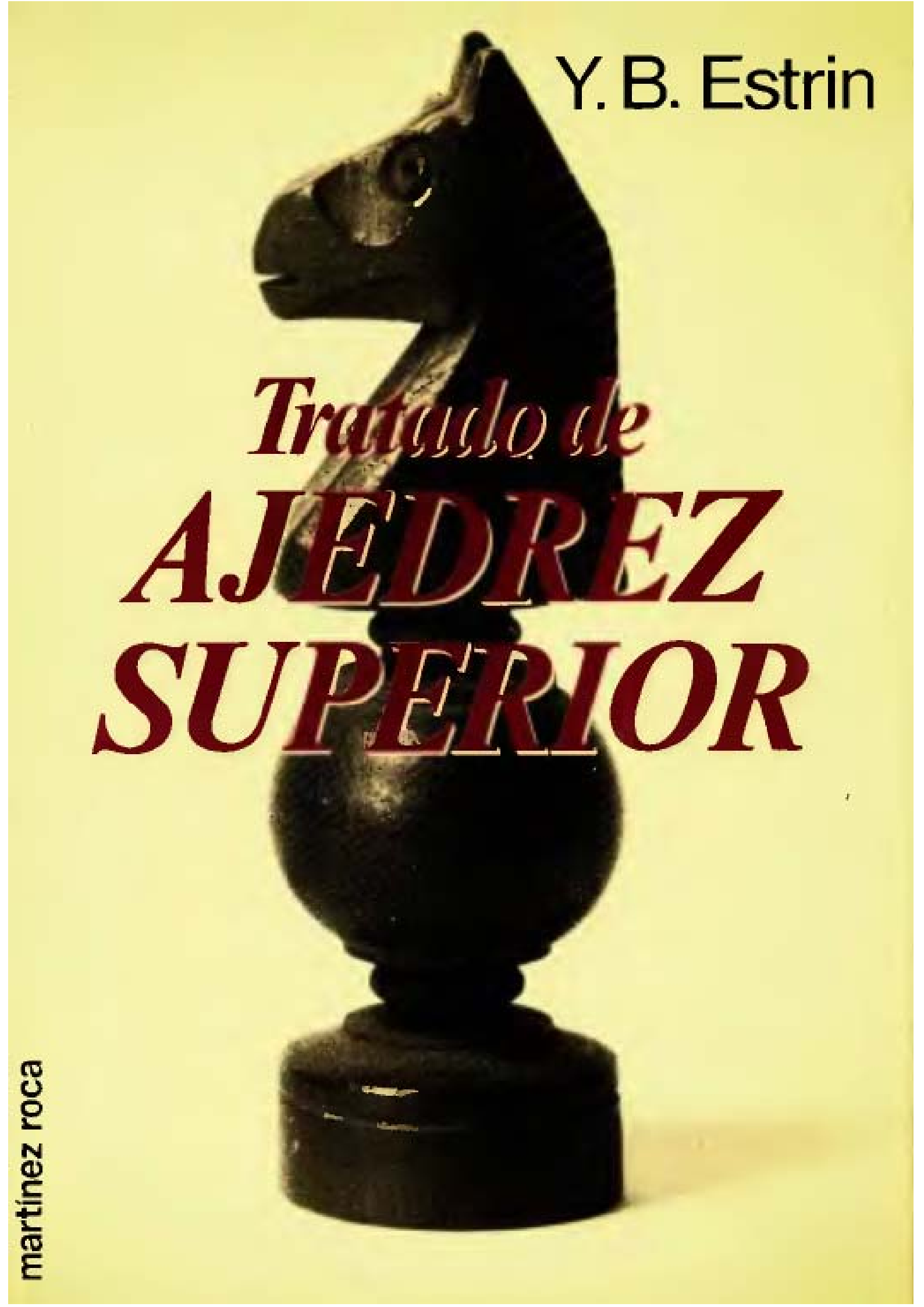
Y. B. Estrin



Tratado de AJEDREZ SUPERIOR

martínez roca





Hello everybody!! Hola a todos!!:

"We are a group of chess fans who are producing chess material. We have several projects and ideas. We have members from all around the world, belonging to different cultures and speaking different languages, all of us joined by our common love for chess!." We hope you will enjoy our work!

"Somos un grupo de fanáticos del ajedrez, que estamos creando de producir material de ajedrez, desarrollando diferentes proyectos e ideas. Tenemos miembros de diferentes partes del mundo, pertenecientes de diferentes culturas, hablando diferentes lenguas, unidos por nuestra pasión por el ajedrez." Esperamos que disfrutéis de esta manera de nuestro trabajo!.

Best regards!! Saludos!



Y. B. ESTRIN
(Compilador)

TRATADO DE AJEDREZ SUPERIOR



EDICIONES MARTINEZ ROCA, S. A.
BARCELONA

Título original: *Teoria i praktika shakhmatnoi igry*

Traducción de J. M. López de Castro

Revisión técnica: Juan Navarro

© Ed. Vyssh. Shkola, Moscú, 1981
© 1984, Ediciones Martínez Roca, S. A.
Gran Via, 774, 7.°, 08013-Barcelona
ISBN: 84-270-0893-7
Depósito legal: B. 29253-1984
Impreso por Diagráfic, S. A., Constitución, 19, 08014-Barcelona

Impreso en España — Printed in Spain

ÍNDICE

Prólogo 9

Métodos de preparación del ajedrecista. M. Botvinnik . . . 11

La estructura de peones. J. R. Capablanca 31

El ataque directo en la partida de ajedrez. A. Alekhine . . . 37

Las novedades en la apertura. V. Smyslov 49

La confesión de un «calculador». M. Tal 60

El match de Baguío. A. Karpov 71

Problemas relativos a la preparación psicológica del ajedrecista. V. Malkin 98

PRÓLOGO

La Unión Soviética ha sido el primer país del mundo en crear un sistema de enseñanza superior de ajedrez en las secciones especiales de los centros de cultura física. Con todo, la gran experiencia acumulada en la URSS dentro de este campo no ha alcanzado todavía un grado deseable de generalización y se refleja muy poco en la literatura especializada.

El presente manual aspira a colmar esta laguna, al menos en parte, prestando una ayuda metódico-práctica a los estudiantes de nuestros establecimientos nacionales de enseñanza superior. En él trata de divulgarse la experiencia adquirida por la escuela soviética de ajedrez tanto en lo relativo a los métodos de preparación para campeonatos como en lo que se refiere a diversas cuestiones de estrategia y táctica, inculcándoles así a los alumnos una serie de conocimientos sólidos y hábitos útiles con vistas a una labor educativa.

El campeón del mundo Anatoli Karpov escribía en el diario «Pravda» del 8 de diciembre de 1978 que, cuando se habla del relevo de una generación de ajedrecistas por otra más joven, no puede menos de surgir al mismo tiempo la cuestión de los formadores. En este sentido, es del todo encomiable su alto nivel actual de preparación, ya se trate de los entrenadores profesionales, ya de los simples «militantes». Por desgracia, el número de estos buenos pedagogos en las categorías elevadas no es aún suficiente. En la actualidad se forman sólo en los institutos superiores de cultura física de Moscú, Lvov y Tiflis, de donde en el mejor de los casos salen no más de veinte al año. A nuestro juicio deben ya crearse nuevas secciones de ajedrez también en otros centros de cultura física. Al ampliar éstos, hay que pensar igualmente en cursos facultativos de teoría ajedrecística para estudiantes clasificados en ajedrez, aunque especializados en otras ramas del deporte.

Anatoli Karpov añade que ha de hacerse particular hincapié en la metodología de la enseñanza ajedrecística que se imparte en todos los centros docentes. El ajedrez no es un mero «juego deportivo».

Influye poderosamente en la formación del carácter y personalidad del hombre, enseña a razonar, inculca la lógica y la responsabilidad. Ante todo, debe fomentarse en el niño el interés por el ajedrez y, tan pronto como este interés empieza a brotar, es preciso desarrollarlo, fortalecerlo, enseñarle al novel ajedrecista las reglas del juego y los rudimentos de la teoría.

En este manual se exponen las recomendaciones científico-pedagógicas de los campeones del mundo J. R. Capablanca, A. Alekhine, M. Botvinnik, V. Smyslov, M. Tal y A. Karpov para el perfeccionamiento y una mejor preparación profesional del futuro educador.

Es bien sabido que el aficionado al ajedrez no sólo se conforma con adquirir conocimientos teóricos en general, sino que trata también de ponerlos inmediatamente en práctica sobre el tablero. Sin embargo, los jóvenes jugadores demasiado ardorosos deben evitar el peligro de transformarse en simples «pozos de erudición» que conozcan al dedillo las incontables ramificaciones de tal o cual variante, pero incapaces de dar cuenta exacta de su idea o de la sustancia estratégica de un determinado sistema.

Para ello debe aconsejarse al estudiante que ponga sumo interés en aprender la teoría e historia del ajedrez, repasando a fondo las partidas de los más eminentes maestros tanto antiguos como modernos.

La preparación teórica ocupa un lugar importantísimo en la actividad creadora de los mejores jugadores del mundo. En este libro nos comunican sus impresiones al respecto, nos dicen cómo se entrenaban antes de un campeonato, nos brindan interesantes ejemplos y nos dan su opinión sobre los más candentes problemas planteados por la metodología actual de la enseñanza del ajedrez.

Y. B. ESTRIN

MÉTODOS DE PREPARACIÓN DEL AJEDRECISTA

M. M. Botvinnik
Ex campeón del mundo, profesor

¿Cómo debe perfeccionarse el joven jugador de ajedrez?

Es difícil proponer algo nuevo en nuestros tiempos, cuando ya se han dicho y publicado tantas cosas al respecto.

Por supuesto, todos sabemos que el joven ajedrecista debe estudiar: aprender la teoría de las aperturas y el medio juego, la técnica de los finales, aplicarse a la investigación de partidas antiguas y modernas, conocer a sus futuros adversarios y, finalmente, conocerse a sí mismo; es decir, analizar sus propias partidas. Todo jugador serio ha de estar en buena forma psíquica y siempre también en aceptables condiciones físicas. Antes de una competición le es tan indispensable entrenarse como descansar. Debe asimismo someterse a un entrenamiento especial para adaptarse al ritmo establecido de 16 jugadas por hora (o 40 en dos horas y media).

Todo eso es bien conocido. Mas, por desgracia, tan elementales requisitos se descuidan con harta frecuencia. Este reproche atañe no sólo a los ajedrecistas, sino incluso a sus entrenadores.

De todas formas, aún hay algo más importante. Lo principal es aprender a utilizar bien los métodos aprobados de preparación. Doy por sentado que en 1939 (cuando se publicó uno de esos métodos) yo mismo no sabía cómo prepararme debidamente, y sólo a partir de 1941 llegué a asimilar lo que suponen tales sistemas de entrenamiento. El método por sí solo, incluso bien dominado, no basta para lograr lo que uno se propone. El jugador debe también hallarse en buena forma deportiva y, si ésta se combina con los métodos de preparación, entonces sí que pueden garantizarse resultados consistentes en los campeonatos.

He aquí un ejemplo característico.

P. Keres **M. Botvinnik**
Match-torneo para el título de Campeón Absoluto de la URSS, 1941

Defensa Nimzoindia

1.	**d4**	**Cf6**
2.	**c4**	**e6**
3.	**Cc3**	**Ab4**
4.	**Dc2**	**d5**

Este movimiento no está en armonía con la idea principal de la defensa adoptada: la lucha por la conquista del centro con piezas Pero, como las blancas han jugado poco activamente 4. Dc2, dejando de momento indefenso el d4, la réplica 4. ..., d5, actuando con energía en el centro, se justifica de lleno.

5.	**C×d5**	**e×d5**
6.	**Ag5**	**h6**
7.	**Ah4**	...

Las blancas tratan de mantener clavado el caballo enemigo, pero después de la jugada del texto no pueden evitar que se agudice la batalla.

7.	...	**c5**

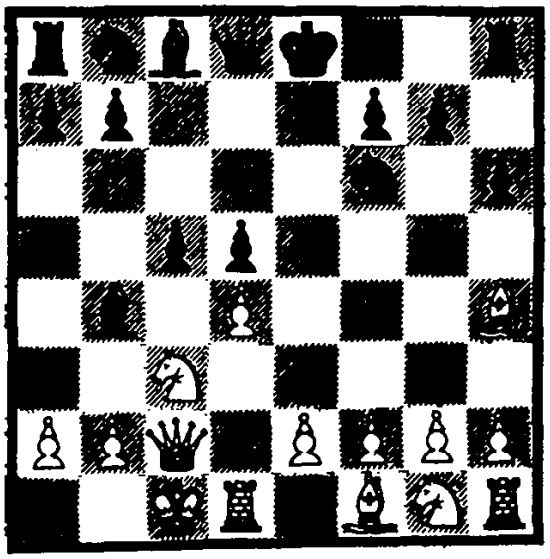
Perfectamente lógico. El negro explota la debilidad provisional del punto d4 para apoderarse de la iniciativa.

Esta réplica se me ocurrió durante una partida contra Kotov (Moscú, 1940) y la había empleado entonces principalmente para evitar las espinosas variantes relacionadas con 7. ..., Ae6. Algunas rondas después, en el mismo torneo, jugué 7. ..., c5 contra Mikenas. Éste respondió 8. 0-0-0, salió de la apertura con mejor posición y, tras varios errores por ambas partes, acabó por vencer.

Keres, que por lo visto quedó impresionado a raíz de mi partida con Mikenas, prosiguió aquí, sin gran vacilación, con el enroque largo. Es oportuno añadir que Ragozin me recordó que él y yo habíamos analizado la jugada 7. ..., c5 ya en 1936 y entonces yo la había refutado contundentemente. Por desgracia, olvidé la refutación. Luego descubrí que había utilizado esa misma jugada mucho antes, con ocasión de la semifinal del 7.° campeonato de la URSS (Odessa, 1929) en una partida contra Lebedev, aunque sin haber hecho previamente 6. ..., h6.

8.	**0-0-0?**	...

Diagrama núm. 1



Este movimiento, fuerte en apariencia, conduce a la derrota. A

decir verdad, con el flanco de rey todavía sin desarrollar, exponer el monarca a un ataque directo de las piezas negras tanto por delante (columna c) como por la diagonal b1-h7 es, cuando menos, arriesgado.

Contra Mikenas yo había jugado aquí 8. ..., 0-0, sin efectos positivos.

En noviembre-diciembre de 1940 encontré el plan correcto para las negras. ¡Grande fue mi desencanto cuando, en uno de los números de enero de la revista **64** (1941) vi publicada una partida Belavenetz-Simagin en la que el negro había hecho las dos primeras jugadas del citado plan!

Probablemente Keres no conocía esa partida, ¡de lo contrario hubiera visto la luz! Así que, en fin de cuentas, pude emplear la variante preparada.

8. ... A×c3

El caballo blanco de c3 es el enemigo n.° 1. Hay que aniquilarlo para poder dominar el centro y abrir también la columna c.

9. D×c3 ...

9. A×f6, D×f6; 10. D×c3, Cc6 deja igualmente a las negras en posesión de la iniciativa, pero no cabe duda que el blanco debiera haber adoptado esta continuación.

9. ... g5

Mientras era preciso eliminar el Cc3, me importaba conservar el propio en f6 para proteger las casillas centrales. El debilitamiento de la estructura de peones no tiene aquí mayor importancia. Los sucesos se desarrollan con tal rapidez que lo que cuenta sobre todo es el tiempo. Las piezas inmovilizadas del flanco del rey de las blancas no lograrán acudir en auxilio de su propio monarca.

10. Ag3 c×d4!

Esta jugada se impone por sí sola: hay que abrir la columna c. En la mencionada partida Belavenetz-Simagin las negras continuaron 10. ..., Ce4, lo cual está en contradicción con el plan correcto de ataque.

11. D×d4 Cc6
12. Da4 ...

Dadas las circunstancias, esto es sin duda mejor que retroceder con la dama. Las blancas, clavando el caballo enemigo, cierran artificialmente la columna c y obligan al negro a perder tiempo para liberar la pieza clavada.

12. ... Af5

Las negras ejecutan el plan previsto: ocupar la diagonal b1-h7. Ahora sólo les queda apoderarse de la columna c. ¿Cuál de ambas cosas encierra mayor peligro? ¿De qué amenaza han de ocuparse las blancas primero?

Por supuesto, las blancas deben ante todo tratar de obstruir la diagonal b1-h7 para poder llevar su rey al rincón, pero esto habría que hacerlo sin pérdida de tiempo. En caso de 13. f3, Db6; 14. e4, d×e4; 15. Rb1, las blancas se saldrían con la suya a costa de sacrificar material, lo que daría lugar a ciertas complicaciones. La

continuación escogida por **Keres** resulta demasiado pasiva.

13.	**e3**	**Tc8**
14.	**Ad3**	...

Keres intenta asegurarle a su rey la retirada, pero sin darse cuenta comete un error que le lleva inmediatamente al desastre. Más hubiera valido aquí trasladar el caballo a la columna c para taponarla. Con toda justicia, no obstante, hay que confesar que incluso después de 14. Ce2, a6; 15. Cc3, b5; 16. D×a6, b4; 17. Ab5, Ad7 las negras lograban ventaja de material.

14.		**Dd7**

Amenazando con un peligroso jaque a la descubierta. Las blancas no pueden ya escoger.

15.	**Rb1**	**A×d3+**
16.	**T×d3**	**Df5**

De esta clavada sólo es posible liberarse entregando material.

17.	**e4**	**C×e4**
18.	**Ra1**	**0-0**

A 18. ..., Cc5 seguiría un jaque que salva la torre: 19. Te3+.

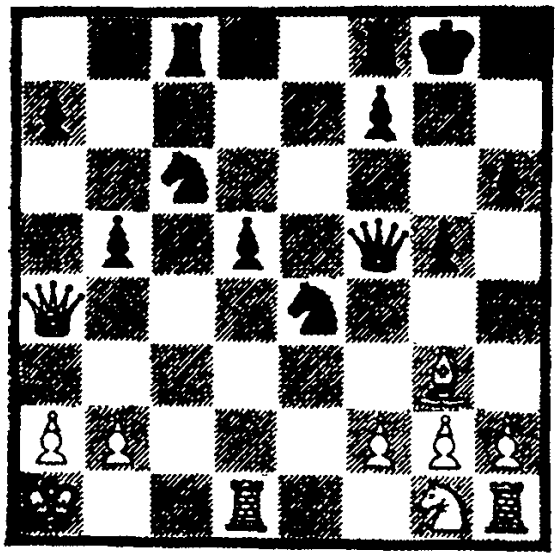
19.	**Td1**	**b5!**

(Véase diagrama núm. 2)

Con este agresivo avance culmina el ataque. El caballo negro ocupará la casilla d4 y las blancas no podrán evitar un rápido mate.

20.	**D×b5**	**Cd4**
21.	**Dd3**	**Cc2+**

Diagrama núm. 2



22.	**Rb1**	**Cb4**
23.	Abandonan.	

¡Las piezas blancas del flanco de rey no han podido tomar parte en la batalla!

Llegado a una edad madura o algo avanzada, el ejedrecista, naturalmente, continúa empleando estos métodos de preparación, pero ya las fuerzas no le bastan para sacarles todo el provecho, pues tales métodos exigen un trabajo intensísimo. Cierto que este trabajo no entraña restricciones de tiempo ni un régimen de vida excesivamente severo, pero aun así es duro, ya que tiene carácter de investigación. Y eso no les va a todos. En efecto, los jugadores son personas, a las que no siempre agrada el trabajo arduo y continuo. En esta perspectiva es natural que muchos, incluso entre los maestros, se vean incapaces de empeñar sus energías en una investigación sistemática.

¿Qué es lo principal en este tipo de entrenamiento? Ante todo hay que aprender a relacionar es-

trechamente la teoría de las aperturas con el medio juego. En un escrito de Mayakovski sobre la manera de componer versos, el poeta comparaba su trabajo al del ajedrecista, estableciendo el siguiente paralelismo: «La mejor de las rimas —decía—, una vez hallada y publicada, no tiene ya ningún valor». Lo mismo pasa en el ajedrez. Cuando se prepara una celada en la apertura, sólo sirve para una partida. Por eso es necesario elaborar sistemas que puedan utilizarse no en una sola partida o un solo campeonato, sino en toda una serie de competiciones a lo largo de varios años.

Haciéndolo así he logrado yo también, durante años, resultados excelentes y estables.

Para ilustrar esto, nos servirá de ejemplo una variante del Gambito de Dama.

A. Dzivtzov **M. Botvinnik**
Campeonato de Moscú, 1943

1.	**d4**	**d5**
2.	**c4**	**e6**
3.	**Cc3**	**c6**
4.	**Cf3**	**Cf6**
5.	**Ag5**	...

Más tranquila es aquí la continuación 5. e3.

5. ... d×c4

Esta réplica, que lleva a un juego complicado y agudo, ha sido designada por la teoría con el nombre de «Sistema de Botvinnik». En la presente partida, el sistema en cuestión pasaba una de sus primeras pruebas.

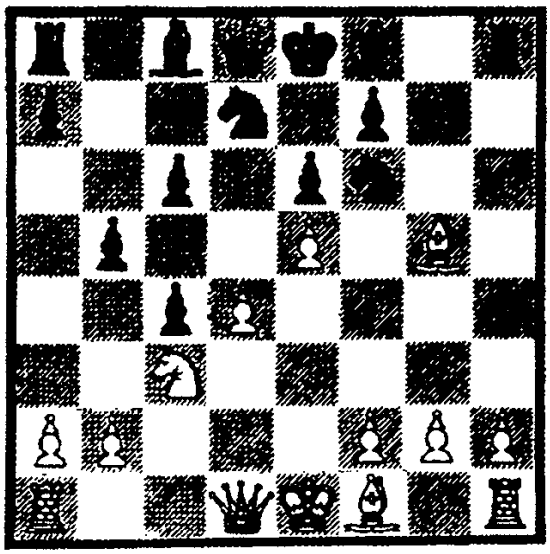
6.	**e4**	**b5**
7.	**e5**	**h6**
8.	**Ah4**	**g5**
9.	**C×g5**	**h×g5**

La variante de Alatortzev 9. ..., Cd5 ha desaparecido de los torneos en vista de 10. C×f7, D×h4; 11. C×h8 (Belavenetz-Ragozin, Leningrado, 1939).

10. A×g5 Cb-d7

En una partida Van Scheltinga-Grünfeld (Holanda, 1940) se hizo 10. ..., Ae7, con juego menos complicado.

Diagrama núm. 3



11. Df3 ...

Denker, jugando con las blancas contra mí dos años más tarde (match por radio URSS-USA), optó aquí por 11. e×f6. El jugador norteamericano se decidió a repetir esta variante después de haber analizado mi partida contra Dzivtzov y llegado a la conclusión de que el juego negro re-

viste un carácter de aventura, sin base posicional.

Sin embargo, continuando 11. ..., Ab7; 12. Ae2, Db6; 13. 0-0, 0-0-0; 14. a4, b4!; 15. Ce4, c5; 16. Db1 (a 16. Dc2 seguiría 16. ..., C3!!), Dc7; 17. Cg3, C×d4; 18. A×c4, Dc6; 19. f3, d3!!, las negras quedaron mucho mejor.

Como lo demostraron varias partidas posteriores, la réplica que más problemas les plantea a las negras en esta línea de juego es 11. g3! Por ejemplo:

11. ..., Ab7 (si 11. ..., C×e5; 12. d×e5, D×d1+; 13. T×d1, Cd5; 14. Ce4, Ab4+; 15. Re2!, la superioridad de las blancas es indudable); 12. Ag2, Da5; 13. e×f6, 0-0-0; 14. Df3, Cb6; 15. 0-0! (las blancas sacrifican un peón para completar rápidamente el desarrollo), T×d4; 16. Tad1, T×d1; 17. D×d1, Cd5; 18. Ce4, b4; 19. a3! con iniciativa del blanco (Lilienthal-Botvinnik, Moscú, 1944).

Lo mismo se confirmó en una partida Smyslov-Botvinnik (match, 1954) donde, en lugar de 14. Df3, las blancas jugaron 14. 0-0 (con la dama negra no en a5, sino en b6), Ce5; 15. De2, D×d4; 16. Ae3!, Dd3; 17. Tfd1! y el negro empezó a experimentar algunas dificultades.

11.	...	**Ab7**
12.	**e×f6**	**Db6**
13.	**De3**	...

Para responder a 13. ..., c5 con 14. d5.

13.	...	**0-0-0**
14.	**0-0-0**	...

El inconveniente principal de la posición blanca consiste en que el rey no está seguro en ninguno de los dos flancos. Ahora, después del enroque largo, las blancas serán objeto de un peligroso ataque enemigo.

14.	...	**Da5**
15.	**Rb1**	**Cb6**
16.	**h4**	...

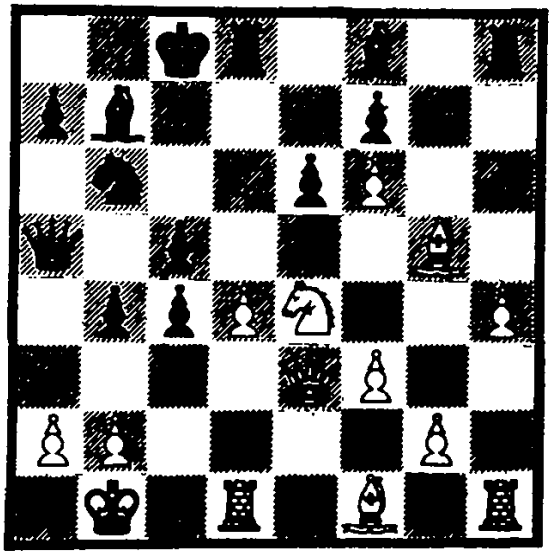
Era preferible 16. Ae2 para poner en mutua comunicación las torres.

16.	...	**b4**
17.	**Ce4**	**c5**
18.	**f3**	...

También aquí era mejor 18. Ae2. A partir de este momento las amenazas del negro se vuelven irresistibles.

¡A menudo una situación compleja e inhabitual en el tablero contribuye a que se cometan más errores!

Diagrama núm. 4



18.	...	**c3!**
19.	**Ae2**	...

A 19. b×c3 seguiría 19. ..., Cd5 y 20. ..., C×c3+.

19.	...	**Ad5**
20.	**a3**	...

La única defensa, aunque ya insuficiente.

20.	...	**Ca4**
21.	**d×c5**	**A×c5**
22.	**C×c5**	**C×c5**
23.	**b×c3**	...

Pierde inmediatamente. Todavía era posible prolongar la lucha por medio de 23. Tc1, Cb3; 24. Tc2, Cd4!; 25. Tc-c1, c2+; 26. T×c2, C×c2; 27. R×c2, aunque tampoco así su resultado dejaría lugar a dudas.

23.	...	**b×c3**
24.	**Td3**	**Db6+**
25.	**Rc1**	**Db2+**
26.	**Rd1**	**C×d3**
27.	**A×d3**	**Ab3+**
28.	Abandonan.	

¿Cómo pueden nacer tales sistemas? Su vinculación con la apertura es meramente nominal, pues su esencia consiste en un plan concreto de medio juego. ¿A qué condiciones debe obedecer un sistema semejante (que podría llamarse «sistema de medio juego»)?

En primer lugar, desde el punto de vista de la moderna técnica posicional, de las nociones actuales, ha de parecer erróneo. Sólo en este supuesto se podrá sacar de él algún provecho práctico. Si el sistema parece malo, es muy natural que los maestros no lo analicen a fondo, ya que sus desventajas son obvias.

Creyendo poderlo refutar con facilidad sobre el tablero, los «grandes» jugadores no lo toman demasiado en serio: «vuelan» hacia él como las mariposas nocturnas hacia el fuego... y se queman. Cuando todos se persuaden de su eficacia, entonces empiezan a evitarlo. Esto último también es importante, porque así se limitan las posibilidades del adversario. En efecto, el esfuerzo por «huir de la quema» puede plantearle al enemigo nuevas dificultades.

Para refutar bien un sistema preparado, no hay más que un camino: trabajar, trabajar mucho. Pero no a todos les gusta esto. Y el caso es que, si uno no trabaja, está condenado al fracaso. Sólo el talento no sirve aquí de nada.

¿Qué es más fácil: refutar uno de esos sistemas o crearlo? Desde luego, es más sencillo refutarlo. Para idear tales sistemas se requiere una buena dosis de perseverancia y mucho tiempo de dedicación. Lo más arduo de todo este metodo consiste en saber en qué dirección debe uno trabajar.

¿Qué aperturas van a emplearse en los próximos campeonatos y qué tipo de posiciones surgirán de esas aperturas? Si no se parte de ahí, los sistemas preparados no servirán de gran cosa. ¿No decíamos que de entrada han de estar al margen de toda la masa de informaciones teóricas, o que hay que saber en qué dirección orientar el trabajo, dónde exactamente podemos aspirar al éxito?

Es difícil explicar cómo determina el investigador la dirección de sus pesquisas, lo mismo que comprender por qué un jugador calcula bien las variantes. Ya sa-

bemos que unos están bien dotados para este cálculo y otros no; pero nadie conoce el origen del fenómeno. Dudo que aquí sirvan de algo los consejos. Quizás algún día llegue a estudiarse especialmente esta cuestión.

Debemos añadir que no es forzoso que cada maestro acierte a descubrir por sí solo todas esas aperturas y las posiciones del medio juego con ellas relacionadas. Basta con que, en un gran grupo de ajedrecistas, haya dos o tres dotados de tal aptitud. Entonces los demás observarán qué variantes utilizan esos dos o tres, y los que del grupo se sientan más inclinados a la investigación podrán orientar su trabajo en el mismo sentido.

A mi juicio, los brillantes éxitos de los ajedrecistas soviéticos se explican no sólo por la abundancia de talentos que ha habido en nuestro país, sino también porque entre los grandes maestros existían no pocos (bástenos citar a V. Rauzer, I. Boleslavski, E. Geller...) con el don de discernir en qué dirección era preciso orientar su trabajo. Los restantes se lanzaron por esos senderos ya abiertos, mientras se mantenían en excelente forma deportiva.

Conviene hacer notar que todo buen jugador debe poseer su propia teoría de aperturas, ignorada por los demás. Esta teoría personal incrementa la fuerza práctica del ajedrecista y le garantiza óptimos resultados por bastante tiempo.

También es importante saber que la mejor edad para calcular variantes se sitúa entre los 20 y 30 años. Luego el jugador no «piensa» ya tan de prisa, empieza a tomarse más tiempo de reflexión, a tener descuidos; debe proceder con más cautela que en sus años mozos. Se vuelve, sin embargo, más experimentado y mejor psicólogo. Si en la época anterior a los 30 años aprendió el arte de la investigación, entonces puede decirse que el período más propicio de su vida ajedrecística se prolonga hasta los 40 años y aun más allá.

Según esto, ¿deberá el ajedrecista convertirse en investigador o ir por otros caminos?

Tal vez antes no entendía yo muy bien la importancia de este problema, pero ahora estoy convencido de que todo depende de cómo se haya formado el jugador durante su juventud. Si en esa época miró con desdén las cuestiones relativas a la creatividad, tampoco será un investigador a los 30 años. La labor investigadora debe comenzar ya durante los estudios secundarios. Cuando el ajedrecista se ve seguro ante el tablero, con frecuencia le asaltan ciertas dudas sobre la utilidad de esa ardua y fatigosa tarea de investigar: ¿por qué pasarse horas enteras en casa reproduciendo partidas y analizando todas las posiciones imaginables?; ¿no es más sencillo sentarse delante del tablero y jugar la partida «como viene»?

En Yugoslavia, mientras se desarrollaba la olimpíada de Skopje (1972), sostuve una conversación con Ljubomir Ljubojevic (que jugó allí muy bien). Le pregunté si tenía la costumbre de comentar sus partidas. Él me contestó que eso le aburría, que

le parecía mucho más interesante jugar...

¡Respuesta muy típica de Ljubojevic! Si el ajedrecista no publica sus propias observaciones, si no intercambia conocimientos con el mundo exterior, tampoco logrará explotar al máximo sus cualidades. Sólo publicando sus comentarios se perfeccionará a sí mismo. Mientras esas notas no pasen por el tamiz de la crítica, no aprenderá de veras. Ljubojevic no llegará a ser un investigador, y por ello dudo que siga mucho tiempo jugando bien al ajedrez. Sus éxitos serán más modestos de lo que podrían ser si ya antes de los 20 años se hubiera habituado a hacer indagaciones por su cuenta.

¿Quiere esto decir que todo ajedrecista de talento debe transformarse en investigador? Esta cuestión es inseparable de la filosofía vital del hombre. Como cualquier actividad del espíritu, el ajedrez tiene dos aspectos: uno creador y otro material. Si el trabajo a que nos dedicamos nos interesa, se revela entonces su faceta creadora. Además, recibimos por él un salario: éste constituye el aspecto material. Ambas cosas son necesarias. Y si lo material concurre a una mayor creatividad, mejor. Si todo redunda en acrecentar las posibilidades creadoras del ajedrecista, esto será, naturalmente, un factor positivo.

Si, por el contrario, las aptitudes del jugador y su creatividad se utilizan sólo con fines materiales, le resultará imposible, a mi modo de ver, sacar el máximo provecho de su empeño ajedrecístico.

Desde luego, es más cómodo no analizar ni publicar las propias obras. En este caso, viene uno a caer en el «practicismo»; ya no se tata de arte, sino de mera artesanía. Y así vemos cómo muchos maestros, en vez de llegar al límite de su potencia, desempeñan en las competiciones un pobre papel.

Nuestra actual vida ajedrecística atraviesa un momento crítico. Creo que T. Petrosian, B. Spassky y otros grandes maestros de su talla no pueden, por diversas razones, mostrarnos todo aquello de lo que son capaces y que con pleno derecho nos sería lícito esperar de ellos.

Durante una serie de años, también Mikhail Tal desilusionó a sus admiradores, pero en 1978 ganó de nuevo el campeonato de la URSS; al año siguiente quedó el primero en el torneo de Montreal y obtuvo un brillante triunfo en el torneo internacional de Riga. ¡Lástima que ese arranque le durara poco!

Ahora asistimos a un relevo de generaciones. ¡Ojalá nuestros jóvenes ajedrecistas comprendan que, en esta época de maduración, lo principal de sus actividades debe centrarse en el aspecto creador!

Mis métodos de preparación para campeonatos y torneos [1]

Con vistas a participar en el 11.° campeonato de la URSS, me fijé objetivos sobre todo referen-

1. Artículo escrito en 1939.

tes a la forma física. Por ejemplo: «Trataré de jugar con calma, sujetando bien los nervios». ¡Esto no es nada fácil de conseguir! Entre otras cosas, hay que recordarlo muchas veces durante la partida. La calma no es algo meramente decorativo; en mi caso, la cabeza sólo trabaja bien cuando estoy tranquilo; por ello durante el torneo puse especial atención en este aspecto del entrenamiento, y los resultados obtenidos fueron satisfactorios. En segundo lugar, me esforcé por eludir en lo posible los apuros de tiempo. Generalmente hablando, nunca se evitan del todo y, si alguien lo lograra, le sería incluso desventajoso. En el transcurso de la partida es a veces preciso estudiar minuciosamente la posición, concederse 20 o 30 minutos suplementarios para examinar todas sus facetas, lo que obliga a efectuar luego más de prisa las jugadas que quedan hasta el control. Estos aprietos son «normales» y yo también los acepto. Pero a menudo sucede que un jugador malgasta valioso tiempo calculando variantes cuya ineficacia salta a la vista u obstinándose en adoptar una continuación que le seduce, aunque en el fondo sabe que es mala. Así pues, me acostumbré a distribuir el tiempo de manera económica, con lo cual resolví satisfactoriamente este problema aun a costa, en ocasiones, de consentir que disminuyera la calidad de mi juego. No había otro remedio: ¿cómo habituarme, si no, a ahorrar minutos?

El tercer problema que me propuse resolver era el de conservar las fuerzas a lo largo de todo el torneo. Antes, en casi todos los campeonatos solía por lo general acumular puntos al principio, gastando no pocas energías, y luego, al llegar a las últimas rondas, apenas me sostenía en la silla. Entre la 12.ª y la 15.ª ronda me derrotaban con mucha frecuencia. Es claro que así no pueden conservarse las fuerzas; más vale repartirlas con regularidad para que no se agoten en las rondas finales y el torneo mismo se lleve globalmente con menos tensión.

En este campeonato logré distribuir mis energías como lo deseaba, llegando bien entero al final; cierto que pagué el precio de hacer tablas muchas veces, pero no perdí ni una sola partida.

Del régimen de vida que me asigné para el tiempo que había de durar el torneo no quedé muy satisfecho, ya que no lo cumplí a rajatabla. Después de desayunar me daba un paseo (1 hora), luego preparaba la partida (25-30 minutos) y por último descansaba del ajedrez hasta el almuerzo. Éste tenía lugar a las 3.30; seguidamente me tendía en la cama durante una hora más o menos. Una pequeña siesta antes de jugar la partida es muy útil, pues nos deja como nuevos y, sobre todo, evita que nos distraigamos con otros asuntos. A continuación, me dirigía a pie al local del torneo. En esto tuve mucha suerte, ya que no me quedaba muy lejos; así obtenía de 20 a 25 minutos más de paseo inmediatamente antes de la partida. El juego acababa a las 10.30 de la noche. A las 11 tenía previsto cenar y a las 12 acostarme. Esta última parte del régimen es la que no cumplí bien al principio del torneo. Antes de ir a la cama

me ponía a analizar partidas, con menoscabo del sueño; a veces no llegaba a dormirme hasta las 3 de la madrugada, con lo que mis fuerzas no quedaban después suficientemente reparadas.

Ahora, durante una competición, no tocaré ya nunca más el ajedrez antes de acostarme. ¡No hay que caer dos veces en el mismo error!

¿Cuándo debe analizarse una partida aplazada? La respuesta es doble: primero, a ello pueden dedicarse de 40 a 45 minutos después del paseo matutino; segundo, el día de la reanudación. En general, este trabajo ha de ceñirse al mínimo indispensable, ya que sólo así es posible economizar las propias energías para llegar en buena forma hasta el final del torneo.

Volviendo al caso que nos ocupa, confieso, pues, que no resolví con plena satisfacción el cuarto problema planteado: la correcta observancia del régimen de vida para el tiempo del campeonato.

En cuanto a la última meta deportiva que me señalé en esta ocasión, la conquista del primer puesto en el campeonato de la URSS, debo decir que la alcancé. Quedé, claro está, satisfecho del resultado; no así de mi juego, que se resintió de un importante defecto: la torpeza técnica en hacer valer la ventaja adquirida. En muchas partidas no acerté a transformar en victoria una neta superioridad. Puede que esto se debiera al esfuerzo de que hablábamos antes, acerca de la buena repartición de las energías y el tiempo, pero una cosa es indudable: he de poner atención en este aspecto de mi juego. Por otro lado, tuve una grata sorpresa: ¡al fin había aprendido a arreglármelas bien con las piezas negras! En ocho partidas así jugadas obtuve un total de 6,5 puntos y pude haber logrado aún más. Esta circunstancia permite sacar una interesante conclusión.

Casi todos los juicios publicados anteriormente sobre mi juego hacían referencia a la «erudición teórica» (en aperturas) que me ayudaba a salir victorioso. Ya entonces consideraba yo esos «pareceres» poco justificados y adoptaba ante ellos una actitud irónica. Verdad es que solía ganar bastantes partidas en la fase inicial, pero ¡todo ajedrecista trata de derrotar a su adversario lo más rápidamente posible! Este campeonato ha dejado a mis «críticos» sin armas: con las negras, mi resultado no puede deberse a ningún tipo de «erudición teórica» o conocimiento exhaustivo de las aperturas; por grande que fuera esa erudición, ¡nadie lograría ventaja de apertura con las piezas negras en todas las partidas! Ello significa que superé a mis adversarios en una etapa ulterior de la lucha, sin que aquí interviniera para nada la teoría de las aperturas. En suma, nuestros cronistas de ajedrez tendrán que explicar mis éxitos de otra manera.

Aparte de los aspectos generales que acabo de describir, ¿cómo me preparo para una competición?

Nunca lo he mantenido en secreto. En cuanto estimé dominada la técnica del entrenamiento, expuse mi método en el libro **El match Flohr-Botvinnik.** Además,

pronuncié en Leningrado una conferencia al respecto destinada a los jugadores de primera categoría, de los que por desgracia sólo llegaron a asistir 15. Esto me obliga a repetir muchas cosas.

Primero de todo, antes de un campeonato hay que pensar en la propia salud, ya que ningún jugador puede aspirar al éxito si no se encuentra bien. Con este fin, lo mejor es pasarse previamente de 15 a 20 días al aire libre, en el campo.

La preparación propiamente dicha suelo iniciarla con un repaso de la literatura ajedrecista publicada desde el momento en que dejé de seguirla por última vez. Esto es necesario para enterarse de las partidas nuevas que pueden tener interés; al hacerlo, tomo notas sobre las cuestiones de importancia para mí. Al mismo tiempo me fijo de modo especial en todas las partidas jugadas por quienes van a ser mis rivales en el próximo campeonato. Estudio las particularidades de su juego y sus variantes favoritas de apertura, lo cual puede ser muy útil para preparar cada partida ya durante el torneo.

A continuación planeo los esquemas de apertura que pienso utilizar en el próximo encuentro. Aquí he de advertir que, a mi juicio, un jugador no puede ni tiene por qué adoptar todas las aperturas catalogadas por la teoría. Para una sola competición bastan ampliamente tres o cuatro sistemas con las blancas y otros tantos con las negras. Pero esos sistemas deben conocerse a fondo. Si a un maestro llega a faltarle este arsenal o lo tiene oxidado, más le vale no soñar con triunfos deportivos. El otro extremo también es malo: limitarse a jugar siempre la misma apertura. Quien así lo hiciera permitiría a sus adversarios prepararse bien para jugar contra él y, lo que es más importante, estrecharía su propio horizonte con peligro de dejarse llevar por la rutina en muchas posiciones.

Una vez elaborados los esquemas no hay que creer que todo está ya listo. Algunos de ellos, en particular los que al interesado le parecen menos seguros, deben ponerse a prueba en partidas de entrenamiento. Cae por su propio peso que tales partidas han de jugarse con personas que no divulguen esos métodos, de lo contrario los contrincantes los conocerán tan bien como su autor, cuya preparación entonces habrá sido vana.

Las partidas de entrenamiento no son sólo útiles para verificar sistemas de apertura; su provecho es múltiple. Por ejemplo, llevo ya mucho tiempo mostrándoles a algunos de nuestros maestros con propensión a encontrarse en apuros de reloj un modo de corregir este defecto. Por desgracia, no parece que hayan seguido mi consejo, y sin embargo la cosa es muy sencilla. Consiste en jugar las partidas preparatorias atendiendo más al reloj que a su calidad intrínseca o su resultado, y continuar el ejercicio hasta que uno consiga distribuirse regularmente el tiempo disponible, sin por ello omitir el cálculo de todas las variantes necesarias. Creo que con este método se curarían el noventa por ciento de los enfermos de «re-

lojitis». ¡Las excepciones serían, por supuesto, incurables!

El mismo método puede también servir para eliminar otras deficiencias: durante las partidas, uno se concentra especialmente en un defecto determinado hasta que éste desaparece.

Cóncluido el entrenamiento, el maestro puede por fin decidir qué repertorio de aperturas, ya verificadas en la práctica, empleará en la próxima competición. El resto sólo consiste en preparar cada partida del torneo por separado.

Si el jugador es débil en los finales, hará bien en seguir el ejemplo de Chekhover, que últimamente estudiaba con particular ahínco esta fase del juego, sin olvidar los finales compuestos, y ha logrado así notables éxitos. Uno se esforzará por llegar a la etapa final en las partidas de entrenamiento, a fin de adquirir la experiencia que necesita. Para acabar con los defectos del medio juego pueden utilizarse métodos similares, aunque aquí la cuestión es más compleja.

Por último, unos cinco días antes del encuentro ha de suspenderse toda actividad ajedrecística. Esto es indispensable para sentirse descansado, pero aún más para no perderle el gusto a la lucha que se avecina.

No puedo pasar aquí por alto otra posibilidad de perfeccionamiento que yo mismo he tratado de aprovechar muchas veces.

¿En qué reside el arte de un maestro de ajedrez? Fundamentalmente, en su aptitud para analizar posiciones. Cierto que, sentado ante el tablero, el maestro debe ser capaz de analizar bastante de prisa y sin tocar las piezas, pero, en definitiva, el cálculo de variantes con vistas a evaluar la posición es lo que constituye el arte del análisis.

El análisis efectuado en casa tiene características propias: el maestro no está limitado ni por el tiempo ni por la prohibición de mover las piezas. Pese a estas diferencias entre el análisis que suele llamarse «de laboratorio» y el juego real, ambos poseen muchos rasgos en común. Es bien sabido que casi todos los grandes jugadores han sido a la vez insignes analistas.

La conclusión se impone: quien desee llegar a ser un gran jugador deberá también perfeccionarse en el campo del análisis.

Pero todavía hay que hablar de una diferencia esencial entre el análisis y la partida. Durante el juego, nuestro trabajo analítico es puesto continuamente a prueba por la reflexión crítica del adversario, mientras el análisis de casa favorece la falta de objetividad. Para combatir esto y mejorar la calidad del análisis, es útil publicar el fruto de nuestra labor individual, sometiéndolo así a una crítica objetiva. En otras palabras, el análisis publicado o, simplemente, los comentarios de nuestras partidas dados a la prensa constituyen el método más seguro de perfeccionamiento.

Naturalmente, las notas a la partida escritas «sobre la marcha», en el espacio de una o dos horas, no pueden en modo alguno considerarse como análisis. Tal «análisis» sólo sería negativo, e incluso correría el riesgo de convertirse en un mal hábito.

Es lástima que algunos de nues-

tros ajedrecistas sigan todavía mirando con desdén el análisis «casero». Con ocasión de mi conferencia a los jugadores de primera categoría en Leningrado, les sugerí que formaran un grupo especial para comentar sus partidas; así empezaron a hacerlo y en él llegaron a inscribirse hasta 15 personas, pero, no sé por qué, la cosa no salió adelante.

He ahí todos los consejos que puedo dar y que yo mismo he tratado de poner en práctica. Quizá no resulten tan útiles a algunos jugadores; cada cual debe enfocarlos con espíritu crítico y aplicarlos según su temperamento y hábitos personales.

Cómo progresa un jugador de ajedrez

Muchos jóvenes (en edad estudiantil o escolar, e incluso niños pequeños representados por sus padres) preguntan: ¿cómo se aprende a jugar bien al ajedrez?, ¿en qué competiciones hay que participar y con qué frecuencia?, ¿qué se debe leer?

Antes de intentar responder a estas preguntas, veamos qué sucedía en otros tiempos, cuando la escuela soviética de ajedrez apenas empezaba a constituirse.

A finales de la década de los treinta, en Leningrado, las dependencias del palacio Anichkov (antigua residencia de Alejandro III) fueron convertidas en lo que ahora se llama Palacio de los Pioneros. Yo era entonces miembro del «Consejo de Cooperación» y fundé allí un club de ajedrez para pioneros. Su auténtico animador fue S Weinstein, uno de los más notables entusiastas de nuestro juego. El club se instaló en el antiguo gabinete... del zar.

Mi labor consistía en dar lecciones de ajedrez a los muchachos con más talento, y así, por primera vez en mi vida, comencé a reflexionar sobre cuál sería el mejor modo de instruir a un joven ajedrecista.

Naturalmente, no podía menos de sacar conclusiones de mi propia experiencia. Tras alguna deliberación, decidí que lo primero que debía fomentar en mis alumnos era el modo independiente de actuar. De hecho, cuando el jugador está sentado ante el tablero, es decir, durante la partida, no le es lícito consultar libros de ajedrez ni pedir consejos a nadie; mientras el reloj corre ha de tomar sus decisiones por cuenta propia. Para acostumbrarse a esto, lo más útil es también orientar el aprendizaje como si uno se estuviera preparando para jugar en torneos.

Yo no tuve mentor o entrenador en el sentido en que hoy se entienden estas funciones. Sin embargo, no me faltaron maestros: libros y revistas, colegas, grandes jugadores de antaño, mis rivales en los campeonatos... Me veía obligado a decidir personalmente lo que convenía o no tomar de ellos. Así llegué a desarrollar la independencia de que antes hablábamos. No hace todavía mucho, el conocido matemático N. A. Krinitzki me preguntó si no tenía yo a veces la impresión de dejarme llevar por el gregarismo. ¿De dónde iba a venirme eso? El ajedrecista debe tomar decisiones independientes, de lo contrario nunca se convertirá en un verda-

dero maestro con personalidad propia.

Tal ha de ser también el punto de partida para entrenar a jóvenes jugadores. ¿No se impone entonces una solución? Más vale no enseñarles nada; que lo aprendan todo por su cuenta y así lograrán ser independientes... Esto sería un error. La instrucción resulta indispensable, pero debe impartirse sin detrimento de la personalidad de los muchachos, respetando y fomentando su independencia de juicio.

Razonando de este modo, parece, pues, que encontré el buen método. Cada dos domingos trabajábamos todos juntos, en un grupo de 10 a 12 personas. Mientras un alumno exponía la materia ante un tablero mural, los demás le escuchaban y criticaban. Surgían discusiones y el ambiente se iba calentando. Los expositores eran designados de antemano, al igual que las respectivas tareas: series temáticas de finales, comentarios de partidas, análisis de tal o cual apertura, etc. A cada uno se le asignaba la tarea teniendo en cuenta las cualidades o defectos de su juego. Por ejemplo, éste disponía mal las piezas en la apertura, aquél era flojo en finales, aquel otro analizaba con negligencia sus propias partidas... Estos factores determinaban el tipo y tema del ejercicio. A cada estudiante se le dejaba libre de abordar el problema a su manera.

En cierta ocasión «exploté» a mis jóvenes alumnos. Tras haber intervenido con poca fortuna en el campeonato de la URSS de 1940, jugado el mes de septiembre en Moscú, debía prepararme para el match-torneo donde se ventilaba el título de Campeón Absoluto. Me quedaba mucho por estudiar en punto a teoría de aperturas. Decidí, pues, repartir entre mis alumnos las posiciones dudosas, dándoselas a guisa de «deberes» para que las analizaran. Aquellos análisis, puestos luego en común y discutidos en clase, fueron muy provechosos para mis jóvenes colegas y... ¡su maestro! Llegué así a la competición magníficamente preparado.

Los discípulos que tuve en esta mi primera «escuela de ajedrez» se revelaron de talento desigual. Entre ellos figuraron el actual gran maestro M. Taimanov y el maestro E. Stolyar. La guerra puso fin a nuestra empresa.

Muchos años después, el maestro G. Goldberg, que por entonces dirigía las actividades ajedrecísticas de la sociedad deportiva «Trud», me pidió que me ocupara de los chicos más capacitados entre los que pasaban por sus manos. Los jóvenes ajedrecistas de las distintas regiones de Rusia se debían reunir tres o cuatro veces al año en Moscú para un cursillo de varios días.

Acepté la propuesta y, durante año y medio (1963-1964), asistieron a mis clases grupos de 10 a 12 jugadores. Claro está que estos cursillos eran de menos provecho para los muchachos que los de mi primera escuela en Leningrado: ¡allí nos veíamos dos veces al mes! Pero los grandes vacíos entre cada serie de clases se compensaban con la calidad de los alumnos, especialmente seleccionados en todos los rincones del inmenso territorio ruso. Baste citar los nombres de A. Karpov, Y. Ba-

lashov, Y. Razuvaev, N. Rashkovski... Hasta el más «flojo» de entre ellos llegó a la categoría de maestro.

Existía un problema: en cuanto los jóvenes jugaban ya con suficiente fuerza... ¡dejaban los cursillos! Se les pedía mucho; los llamaban demasiado a menudo a participar en competiciones y, simplemente, no les quedaba tiempo para reunirse en las plazos señalados y completar el programa de estudios.

No por ello desistió de su empeño el perseverante Goldberg. En 1969 su escuela comenzó a funcionar de nuevo. Mientras los éxitos logrados por los alumnos fueron modestos, todo marchó bien. Pero, pasado algún tiempo, volvió a plantearse otra vez el mismo problema: a los muchachos se les reclamaba para jugar en competiciones. Entonces tomaron cartas en el asunto varios organismos con autoridad sobre toda la URSS: el Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas-Leninistas, el Comité de Deportes y el Consejo Sindical de Asociaciones Deportivas. Se establecieron con precisión los derechos de la escuela, se prohibió estrictamente que los alumnos fueran reclutados para jugar en torneos durante el período de los cursillos y se fijaron las fechas para éstos: febrero, mayo y agosto-septiembre. Las sesiones de invierno y primavera tendrían lugar en Moscú; las de otoño, a orillas del mar Negro en el campamento de pioneros conocido por el nombre de Orlyonok («El Aguilucho»). La escuela empezó a dar sus frutos. Entre las alumnas más sobresalientes podemos citar a A. Akhsharumova, E. Akhmylovskaya y L. Zaitzeva; entre los chicos, a S. Dolmatov, A. Yusupov, L. Psakhis y A. Kharitonov. Más recientemente siguió los cursillos la joven N. Yoseliana, y también prometen mucho P. Korzubov, Y. Elvest, A. Sokolov, S. Yonov, A. Nenashev, I. Feigelson... Pero nuestro máximo orgullo lo constituye el joven quinceañero G. Kasparov. Éste fue alumno de la escuela durante cinco años, progresando en toda línea. Baste decir que en 1978, cuando me quedé sin asistente, me ayudó él (en lo tocante al medio juego y el final me las arreglo yo solo, pero para las cuestiones de apertura y, en parte, de análisis, Kasparov no tiene par), ¡y su labor fue magnífica!

En enero de 1978, Garik jugó en el torneo de Minsk, celebrado en memoria de A. Sokolski. Costó trabajo lograr que incluyeran a Kasparov en el número de los participantes; aún no poseía el título de maestro y, como es natural, hubo objeciones: ¿desde cuándo se le permitía a un candidato tomar parte en un torneo de maestros? Los resultados confirmaron lo justo de la decisión. ¡Garik quedó el primero, superando en 3,5 puntos la norma que necesitaba para obtener el título! Éste fue el mayor éxito que jamás lograra un ajedrecista tan joven en la Unión Soviética.

Veamos una partida de ese torneo, para apreciar con claridad el estilo de nuestro héroe.

G. Kasparov **A. Roizman**

Apertura Española

1.	**e4**	**e5**
2.	**Cf3**	**Cc6**
3.	**Ab5**	**Cd4**

La llamada «variante Bird» no les coge desprevenidas a las blancas.

4.	**C×d4**	**e×d4**
5.	**0-0**	**Ac5**
6.	**d3**	**c6**
7.	**Ac4**	**d6**

Se amenazaba 8. A×f7+, R×f7; 9. Dh5+, etc., pero era un poco mejor parar el golpe mediante 7. ..., d5, aunque de todos modos las blancas quedaban con ventaja.

8.	**f4**	...

Típico del estilo de Kasparov, que empieza a atacar en cuanto se le brinda la primera ocasión.

8.	...	**Cf6**
9.	**e5**	**d×e5**

Quizás era más prudente 9. ..., Cd5, no permitiendo la apertura de la columna f.

10.	**A×f7+**	...

Ahora las negras no podrán enrocarse, a lo cual se añade una mejor estructura de peones por parte del blanco y —todavía más importante— la posibilidad de «armar jaleo». Con todo, las negras logran resistir al primer asalto.

10.	...	**R×f7**
11.	**f×e5**	**Dd5**

Con vistas a defender la casilla h5.

12.	**e×f6**	**g×f6**
13.	**Cd2**	...

Ha llegado el momento de reforzar el ataque con nuevos elementos.

13.	...	**Tg8**

Las negras demuestran que también ellas tienen juego... por la columna g.

14.	**Ce4**	**Ae7**
15.	**Af4**	**Tg6**
16.	**De2**	**Ag4**
17.	**Df2**	**Ta-g8**

También el negro ataca, pero dejando a su rey en mala posición. Se imponía 17. ..., Rg7 seguido eventualmente de ..., Rh8. Cierto que el alfil de e7 quedaba sin defensa; sin embargo, las blancas apenas hubieran podido explotar esa circunstancia.

18.	**Ta-e1**	...

Envidiable ejemplo de sangre fría. Las blancas no temen el inminente ataque a g2, ya que piensan obstruir la columna g con una pieza ligera. Por eso el negro refuerza su ofensiva con el avance del peón h7.

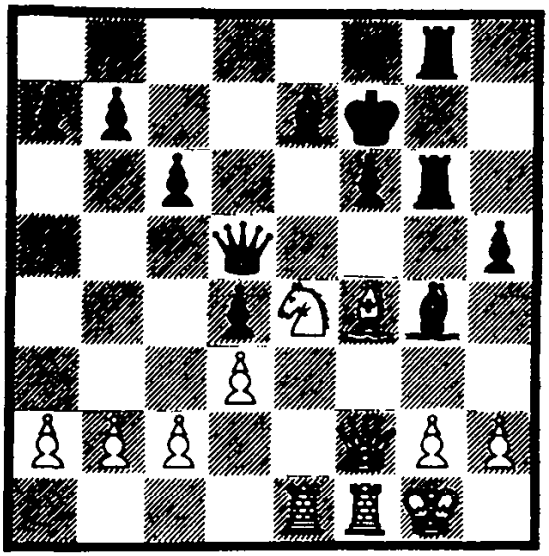
18.	...	**h5**

(Véase diagrama núm. 5)

19.	**Ag5!**	...

Cuando el adversario comenzaba ya a sentirse seguro, las blan-

Diagrama núm. 5



cas le asestan un golpe inesperado. Ahora no es posible replicar 19. ..., T×g5 a causa de 20. C×f6!, y la posición negra se desmorona. Aquí se ven bien las consecuencias de que el rey negro esté donde está. No hay más remedio que defender el f6.

19. ... Dd8
20. Df4 ...

Defendiendo a su vez el propio alfil. La posición es muy curiosa: las negras no pueden capturar el alfil enemigo, y al blanco le resultaría desventajoso retirarlo del puesto que ocupa.

20. ... Ae6

A 20. ..., Rg7 las blancas podrían responder 21. Ah4, y la actividad de las piezas negras quedaría reducida al mínimo. Por eso el segundo jugador trata de intensificar su presión en la columna g.

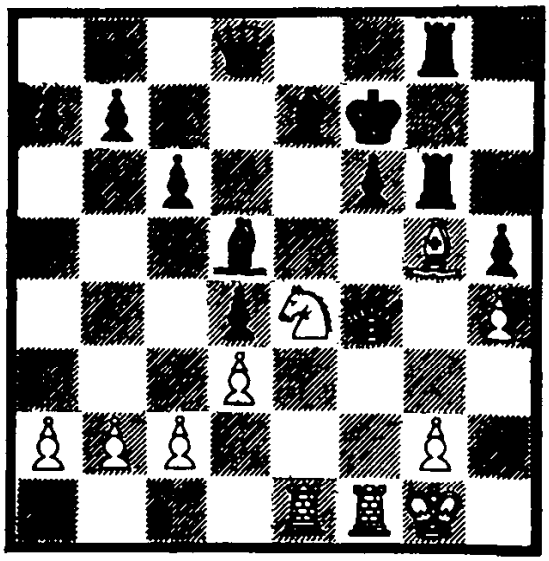
21. h4 ...

Cortándose a sí mismo los puentes: el alfil blanco no tiene ya retirada. ¿Qué pasará ahora?

21. ... Ad5

Al parecer, las negras sólo se han percatado de un peligro: 22. A×f6, T×f6 (a 22. ..., A×f6 el blanco respondería 23. Cg5+, y a 22. ..., T×g2+ sigue sencillamente 23. Rh1); 23. De5! con la doble e irrefutable amenaza 24. C×f6 o 24. Cg5+. ¡Pero ahora viene un golpe nuevo y, esta vez, decisivo!

Diagrama núm. 6



22. g4!! ...

Violando uno de los estereotipados dogmas «posicionales», las blancas dejan a su propio rey al descubierto. Lo importante aquí, sin embargo, es la amenaza que se cierne sobre la torre negra de g6, y esto decide la lucha.

22. ... Rg7

Retirada tardía. A 22. ..., h×g4

sigue 23. h5. Tampoco serviría de mucho 22. ..., A×e4 a causa de 23. g×h5!, T6-g7; 24. T×e4, etc.

23.	**g×h5**	**f×g5**
24.	**De5+**	**Rh6**
25.	**h×g6**	**g×h4**
26.	**Tf5**	**R×g6**
27.	**Rh2**	abandonan.

¡Una partida verdaderamente dinámica!

En julio del mismo año, Garik obtuvo un nuevo éxito aún mayor que el primero, venciendo en el torneo eliminatorio de Daugavpils donde participaban 64 jugadores (maestros y grandes maestros por lo general). Su triunfo le valió clasificarse para la máxima liga: ¡el campeonato de la URSS!

En diciembre de 1978, en Tiflis, Garri Kasparov jugó por primera vez en el campeonato de la URSS. Consiguió 8,5 puntos de 17, el décimo puesto y el derecho de volver a participar al año siguiente. No cabe duda que podía haber hecho mejor papel, pero en aquel entonces lo insuficiente de su experiencia y su carácter demasiado vivo le impidieron llegar más arriba en la clasificación del torneo.

Algunos meses más tarde, Garik ganó brillantemente el primer puesto en el torneo internacional de grandes maestros celebrado en Banja Luka (Yugoslavia).

A continuación, en los años que siguieron, G. Kasparov prolongó su racha de triunfos y entró así, ya de modo definitivo, a formar parte de la cohorte de los grandes maestros más fuertes del mundo.

Pero volvamos a los quehaceres de la escuela. El informe general de cada alumno sobre sus actividades entre un cursillo y otro consiste en una relación de sus logros en el estudio de las demás materias escolares, su práctica de los deportes, su participación en campeonatos y la manera en que ha hecho sus «deberes» ajedrecísticos. Por último, el alumno comenta en público cuatro partidas de las que ha jugado durante ese período. Entonces se establece en común un «diagnóstico» previo de la «salud» ajedrecística del joven jugador: sus cualidades y defectos. Todavía, sin embargo, no comienza la «cura»; hay que esperar a que terminen las partidas de entrenamiento que se juegan durante las sesiones. Estas partidas tienen gran importancia, pues, al contrario de las preparadas, no se pueden seleccionar (a unos les gusta hacer resaltar las facetas más favorables de su juego, a otros mostrar también las partidas que han perdido, etc.) ni cabe prescindir en ellas de los apuros de tiempo. Una vez jugadas, todo el mundo las analiza; el diagnóstico toma forma más concreta y la cura puede ya empezar con la asignación de tareas específicas.

Los alumnos suelen venir con sus entrenadores locales, que toman contacto con los dirigentes de la escuela. A alguno que otro, más pequeño, le acompaña su papá y su mamá...

¡Así van creciendo los nuevos campeones!

En la actualidad (por primera vez en la historia del noble juego) los jóvenes soviéticos reciben una alta formación ajedrecística en los «institutos de cultura física». Allí pueden inscribirse

quienes poseen ya cierta experiencia de ajedrez y han alcanzado por lo menos la primera categoría

¿Qué consejos se le pueden dar al ajedrecista en ciernes? Ante todo, el estudiante ha de asimilar la experiencia de los jugadores que le han precedido. Debe adquirir conocimientos sobre las aperturas, el medio juego y la técnica de los finales. Para ello necesita de la literatura especializada, y no nos referimos tanto a los manuales u obras de referencia como a colecciones de partidas jugadas en torneos soviéticos e internacionales.

También le es preciso acumular experiencia a partir de su propio juego en competiciones, ir adquiriendo fuerza práctica y llegar como mínimo a la categoría de candidato a maestro. Sólo un ajedrecista de esta talla está en condiciones de asimilar a fondo la experiencia del pasado y evaluar con objetividad su propia fuerza.

Debe además ejercitarse en el análisis y comentar sus partidas, lo cual le facilitará una comprensión más profunda del ajedrez.

Finalmente, habrá de estudiar la historia del juego, conocer la obra creadora de los insignes maestros de otros tiempos, e investigar la génesis de las tendencias e ideas ajedrecísticas.

LA ESTRUCTURA DE PEONES

J. R. Capablanca
Campeón del mundo,
1921-1927

[Los dos colosos del ajedrez de principios de siglo, J. R. Capablanca y A. A. Alekhine, fueron al mismo tiempo ilustres pedagogos. De su pluma salieron incomparables libros, obras clásicas de referencia para muchas generaciones de ajedrecistas. Incluimos aquí dos trabajos poco conocidos de ambos autores. El método de juego elaborado por el cubano para las blancas en la variante abierta de la Apertura Española apareció por vez primera en su excelente manual **Fundamentos del ajedrez** y fue en seguida llevado a la práctica. En cuanto al artículo de A. Alekhine sobre el ataque directo al rey, data del período anterior a la segunda guerra mundial. Estos dos ensayos de carácter pedagógico se reproducen en las presentes páginas bajo la dirección de A. M. Konstantinopolski, entrenador emérito de la URSS, que los ha provisto de algunas partidas suplementarias.]

Publicamos aquí una de las secciones del famoso libro **Fundamentos del ajedrez** (1922), escrito por el gran maestro cubano. En ella se habla de la variante abierta de la Apertura Española, así como de los métodos para explotar la superioridad de peones en uno de los flancos y bloquear dos peones del adversario en la otra ala. Como complemento ofrecemos una partida del propio Capablanca, entre las menos conocidas, y el final de otra, jugada también por él en el torneo internacional de Moscú (1936).

Estamos seguros de que el estudio de los métodos de perfeccionamiento heredados de los más eminentes maestros de antaño les serán de extraordinaria utilidad a nuestros lectores. Ya A. Nimzovich, en su opúsculo **Cómo llegué a ser gran maestro**, escribía lo siguiente: «Analizad también diversas posiciones típicas... Capablanca conoce un sinnúmero de tales posiciones, sobre todo en los finales de damas y de torres.»

Cedamos, pues, la palabra al gran maestro cubano.

Que algunas de las variantes de apertura y maniobras de medio juego se basan en dichos principios elementales puede observarse con facilidad en el ejemplo que sigue.

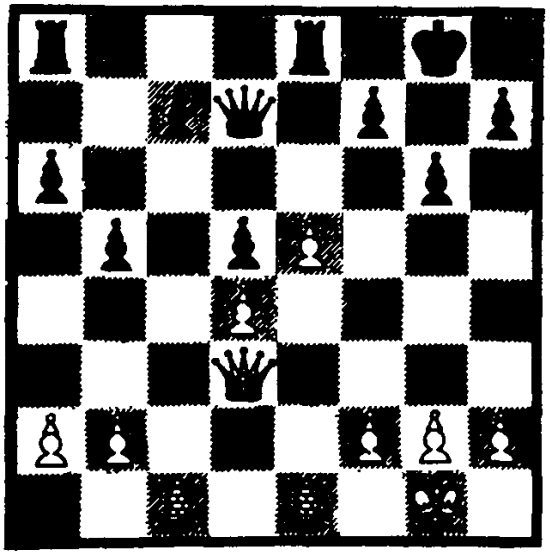
1.	**e4**	**e5**
2.	**Cf3**	**Cc6**
3.	**Ab5**	**a6**
4.	**Aa4**	**Cf6**
5.	**0-0**	**C×e4**
6.	**d4**	**b5**
7.	**Ab3**	**d5**
8.	**d×e5**	**Ae6**
9.	**c3**	**Ae7**
10.	**Te1**	**Cc5**
11.	**Ac2**	**Ag4**
12.	**Cb-d2**	**0-0**
13.	**Cb3**	**Ce6**

Tenemos aquí una conocida variante de la Apertura Española. De hecho, estas jugadas provienen de una partida Janowski-Em. Lasker, París, 1912 [con el orden ligeramente cambiado].

14.	**Dd3**	**g6**

Supongamos que la partida ha seguido su curso y que de alguna manera las blancas, jugando uno de sus caballos a d4, han forzado el cambio de ambos caballos y luego también el de los alfiles. Tendríamos entonces una posición análoga a la que aparece en el siguiente diagrama. (Yo obtuve esta posición con un procedimiento similar en una partida que jugué en Lodz, llevando las blancas, contra un grupo de consultantes dirigidos por Salwe.)

Diagrama núm. 7



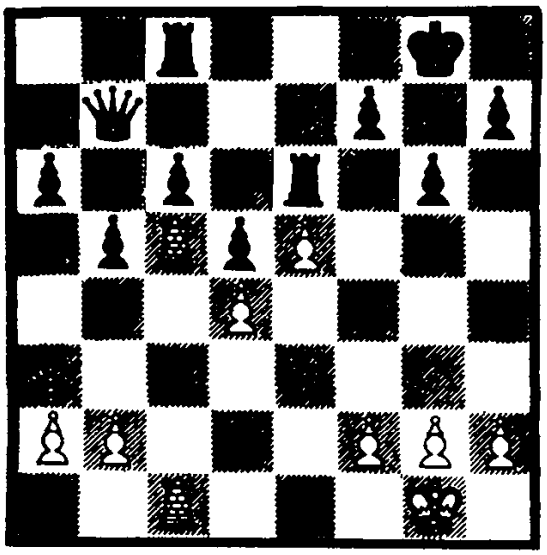
Nos hallaríamos aquí ante el caso del peón c7 retrasado que de ningún modo podrá adelantarse a c5. Semejante posición debe considerarse perdida desde el punto de vista teórico, y, en la práctica, un buen maestro la ganará invariablemente con las piezas blancas. (Si se me perdona la referencia, añadiré que obtuve la victoria en la citada partida en consulta.)

[A lo que parece, Capablanca no juzgaba del todo satisfactoria la estructura de los peones negros en el sistema abierto de la

Apertura Española. Jugando con las negras, nunca lo empleó en partidas serias y prefería adoptar la Defensa Steinitz —3. Ab5, d6— o la Defensa Chigorin —3. Ab5, a6; 4. Aa4, Cf6; 5. 0-0, Ae7, etc.]

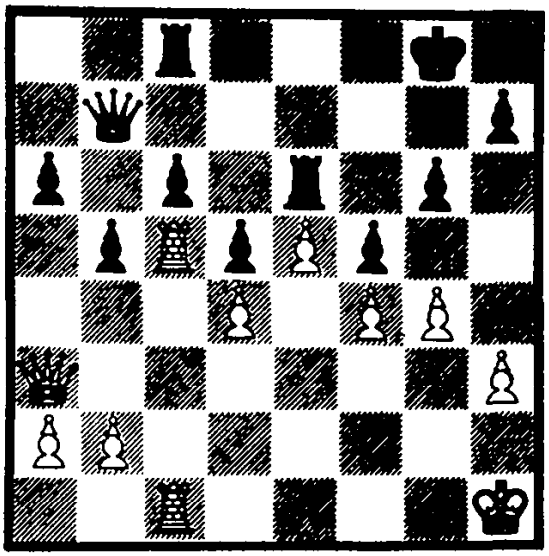
Tras unas pocas jugadas, la posición podría adquirir este otro cariz:

Diagrama núm. 8



Las piezas negras se encuentran «fijadas», es decir, inmovilizadas en sus puestos. Si el blanco juega Dc3, su adversario tendrá que responder Dd7, para evitar la pérdida de un peón, y si entonces la dama blanca regresa a a3, a su vez la dama negra ha de volver a b7 por el mismo motivo. Así pues, las jugadas del negro dependen enteramente de lo que hagan las blancas, y a éstas, en tales condiciones, les será fácil avanzar sus peones a f4 y g4, forzando la réplica f5 de las negras para detener el ulterior avance f5. La posición resultante de todo esto sería:

Diagrama núm. 9



Ahora la partida podría continuar así:

1.	**g×f5**	**g×f5**
2.	**Df3**	**Dd7**

Las blancas amenazaban ganar un peón mediante 3. D×d5, y el negro no podía jugar 2. ..., Tf8 a causa de 3. T×c6, que también ganaría un peón como mínimo.

3.	**T5-c2**	**Tg6**
4.	**Tg2**	**Rh8**
5.	**Tc-g1**	**Tc-g8**
6.	**Dh5**	**T×g2**
7.	**T×g2**	**T×g2**
8.	**R×g2**	**Dg7+**
9.	**Rh2**	**Dg6**
10.	**D×g2**	**h×g2**

11. **b4** y las blancas ganan.

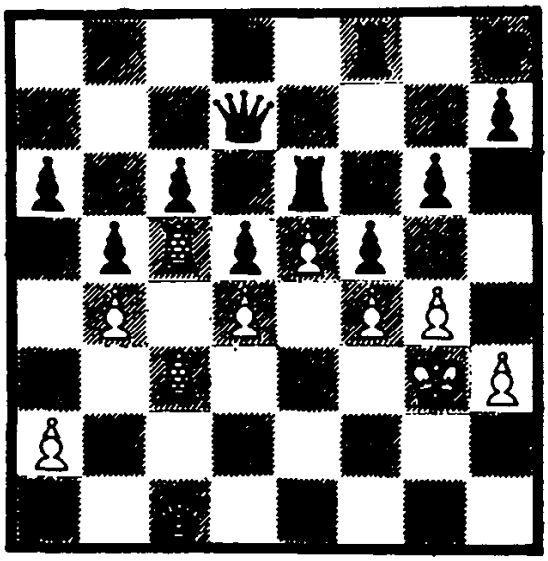
[Recomendamos a nuestros lectores que analicen este final de peones.]

Supongamos ahora que en la posición del diagrama precedente tocara mover a las negras y que éstas jugaran 1. ..., Tf8. En tal caso, las blancas simplemen-

te defenderían f4 con cualquier jugada, por ejemplo 2. Df3, amenazando 3. T×c6, y después de llevar su rey a g3 efectuarían la ruptura que hemos visto antes. El blanco podría incluso obtener una posición semejante a ésta:

[Aquí se ve claramente cómo el gran maestro cubano explica su proceder en cuanto a ideas posicionales y maniobras estratégicas. Atacando sucesivamente el c6 y el peón f5, este último muy importante para la defensa, las blancas fuerzan nuevas concesiones, ahora decisivas, por parte del adversario.]

Diagrama núm. 10



Las negras se verían aquí obligadas a jugar Tc8, y su contrincante, por medio de Dc2 seguido de Rf3, forzaría el cambio f×g4, obteniendo así una ventaja todavía mayor.

Un examen minucioso de todas estas posiciones nos permite comprobar que, además de la libertad de maniobra de que gozan las piezas blancas, la fuerza de su peón situado en e5 es enorme. Precisamente el puesto dominante que ocupa y la posibilidad de su ulterior avance tras el cambio de todas las piezas constituyen la base del plan de acción de las blancas.

De propósito he omitido las jugadas intermedias que conducen a dichas posiciones, para que el estudiante se acostumbre a imaginar rápidamente por su cuenta las diversas estructuras posicionales que pueden darse en una partida determinada. Así aprenderá a concebir planes estratégicos e irá progresando hasta llegar a conquistar la categoría de maestro. La práctica de esta clase de ejercicio le será sumamente provechosa.

Veamos ahora la partida que Capablanca menciona más arriba: cómo se llevan a cabo en el juego real los planes estratégicos, qué obstáculos hay que superar.

J. R. Capablanca — G. Salwe y consultantes

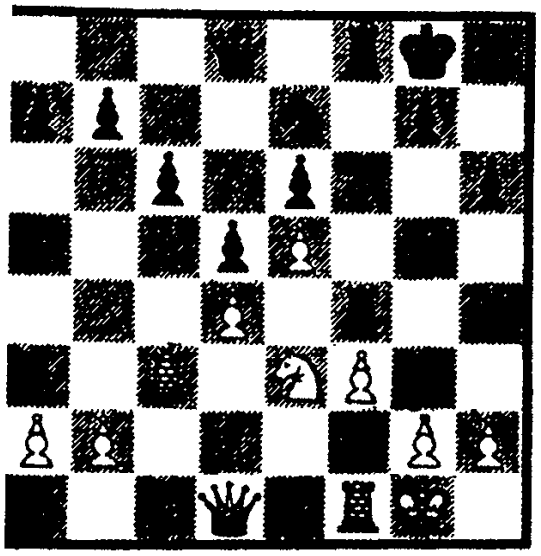
Lodz, noviembre de 1913

1. e4, e5; 2. Cf3, Cc6; 3. Ab5, a6; 4. Aa4, Cf6; 5. 0-0, C×e4; 6. d4, b5; 7. Ab3, d5; 8. d×e5, Ae6; 9. c3, Ae7; 10. Cb-d2, Cc5; 11. Ac2, Ag4; 12. h3, Ah5; 13. Te1, Ag6; 14. Cd4, C×d4; 15. C×d4, Ce6; 16. Cb3, Ag5; 17. g3, A×c1; 18. T×c1, 0-0; 19. f4, A×c2; 20. T×c2, g6; 21. Cc5, Te8; 22. Dd3, C×c5; 23. T×c5, Dd7; 24. g4, c6; 25. Te-c1, Ta-c8; 26. Dc3, Te6; 27. Rh2, Rh8; 28. Da3, Db7; 29. Dg3, f5; 30. Df3, Dd7 (se amenazaba 31. D×d5!); 31. Rg3, Tf8; 32. Da3, Ta8; 33. Dc3, Tc8; 34. Dc2, Rg8 (celada: si ahora 35. g×f5, g×f5; 36. D×f5?,

seguiría 36. ..., Tg6+) 35. Rf3, f×g4+; 36. h×g4, Df7; 37. Re3, Tf8; 38. Tf1, Dd7; 39. Dg2, De7; 40. Tf-c1, Te-f6; 41. Tg1, Rh8; 42. Dc2, De8; 43. Dh2, De7; 44. Tf3, Te6; 45. Rf2, a5; 46. f5!, g×f5; 47. g×f5, Dg5 (con la tenue esperanza de 48. f×e6?, Dd2+; 49. Rg3, Tg8+; o, 49. Rg1, Dd1+, y las negras ganarían en ambos casos); 48. Df4!, T×f5; 49. D×f5, Dd2+; 50. Rf1, Tg6; 51. Df8+, Tg8; 52. Df6+, Tg7; 53. Tg3, abandonan. En efecto, si ahora 53. ..., Dd1+, sigue 54. Rg2, De2+; 55. Df2, De4+; 56. Df3.

Análogo al que acabamos de ver es el siguiente final de esta otra partida J. R. Capablanca-E. Eliskases (Moscú, 1936), que ofrecemos con los propios comentarios del vencedor (sacados del boletín del torneo).

Diagrama núm. 11



23.	**g3**	**T4-f7**
24.	**f4**	**Cf5**
25.	**C×f5**	**T×f5**

Si 25. ..., e×f5, la estructura de peones resultante recordaría la que surge en la variante abierta de la Apertura Española. En mi manual expongo el método que ha de seguirse para hacer valer la ventaja en tales posiciones.

26.	**h4!**	**g6**

Jugada débil, que condena a las negras a una total pasividad. Había que continuar 26. ..., g5! Por ejemplo: 27. h×g5, h×g5; 28. Dh5 (28. Dg4, T8-f7 seguido eventualmente de ..., Tg7), De8; 29. D×e8, T×e8; 30. f×g5, Te-f8; 31. T×f5, T×f5; 32. Rg2, T×g5; 33. Tf3, c5! (no 33. ..., Tg4 a causa de 34. Tf4) y las negras deben lograr tablas.

27.	**Rg2**	**De7**

El negro no puede tocar los peones del flanco de dama, ya que esto sólo serviría para crear puntos débiles. Así pues, se ve reducido a jugar pasivamente, a la expectativa, en ambos flancos.

28.	**a3**	**Dg7**

Mi adversario consideró aquí largamente la posibilidad de 28. ..., g5 y por fin renunció a esta jugada. En efecto, después de 28. ..., g5; 29. Dg4 (las blancas no abren la columna h para evitar su ocupación, tarde o temprano, por una torre enemiga), Dg7; 30. Tc-f3, g×f4; 31. T×f4, T×f4; 32. D×g7+, R×g7; 33. g×f4 surge un final de torres desfavorable para las negras.

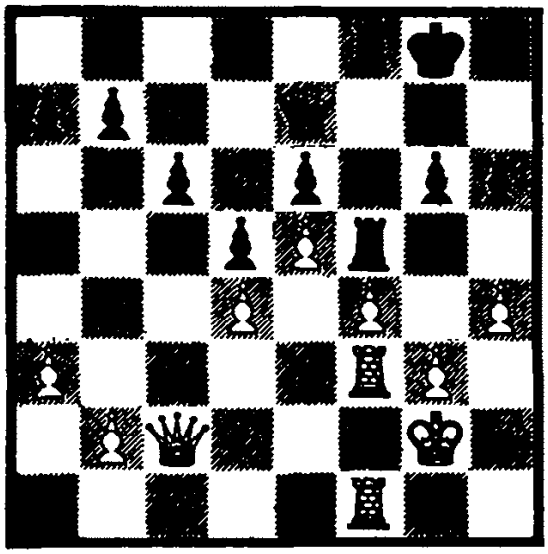
29.	**Tc-f3!**	**De7**

Ahora a 29. ..., g5 seguiría 30. f×g5, h×g5; 31. T×f5, T×f5; 32.

T×f5, e×f5; 33. Dh5!, g×h4; 34. D×h4, etcétera.

30. Dc2! ...

Diagrama núm. 12



Impidiendo 30. ..., c5 y amenazando 31. g4.

30.	...	**Rg7**
31.	**g4**	**T5-f7**
32.	**Rh3**	**Dd7**
33.	**b4**	**Tg8**
34.	**Tg1**	**Rh8**
35.	**Dd2**	**Th7**
36.	**Df2**	**h5**

Las negras se afanan por impedir la ruptura f5.

37.	**g×h5**	**T×h5**
38.	**Tg5**	**Dh7**
39.	**Dg3**	**Dh6**
40.	**Dg4**	**Tg7**
41.	**Tg3**	**Rh7**

Jugada única. Si 41. ..., Th7 las blancas cambian dos veces en h5 y ganan un peón.

42.	**Tg2**	**Rh8**
43.	**Rg3**	**Rh7**
44.	**Th2**	**Te7**
45.	**Th3**	**Rg7?**

Facilita la victoria del adversario, aunque, a decir verdad, la posición de las negras no tenía esperanza. Lo único que podían hacer era mover la torre de e7 atrás y adelante (Te8-e7-e8, etc.). La partida podría seguir, por ejemplo, 45. ..., Te8; 46. Rf3, Te7; 47. Tg3!, T×h4; 48. T×g6, T×g4; 49. T×h6+, R×h6; 50. T×g4, Tg7; 51. Th4+, Rg6; 52. Th8 y las blancas tienen el final

46.	**T×h5!**	**D×h5**
47.	**D×h5**	**g×h5**
48.	**f5!**	**e×f5**
49.	**Rf4**	**Te6**
50.	**R×f5**	**Tg6**

Las negras podían oponer una resistencia más larga mediante 50. ..., Rf7, pero de todas maneras deben perder el final, ya que de nada les sirve mover los peones del flanco de dama. Las blancas proseguirían Th3-g3-g5, etcétera.

51.	**e6!**	**Tg4**
52.	**Re5**	**Te4+**
53.	**Rd6**	**T×d4**
54.	**Te3**	abandonan.

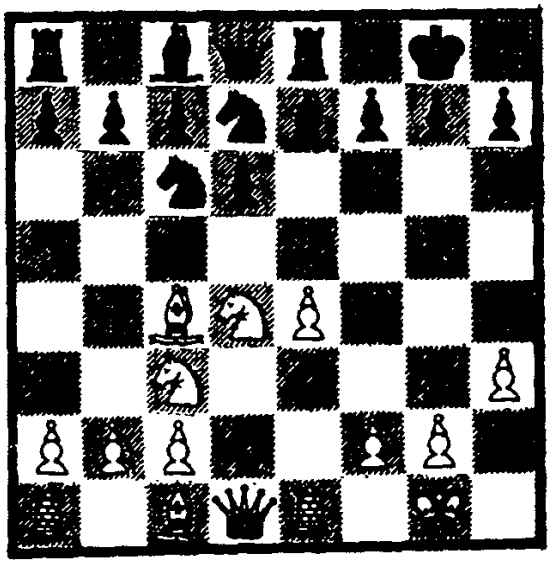
EL ATAQUE DIRECTO EN LA PARTIDA DE AJEDREZ

A. A. Alekhine
Campeón del mundo,
1927-1935 y 1937-1946

Un par de años antes de que estallara la primera guerra mundial apareció publicada en las rúbricas de ajedrez de la prensa europea la breve partida que sigue. Su héroe había sido el famoso problemista W. Holzhausen, y la víctima... el doctor Tarrasch.[1]

	W. Holzhausen	**S. Tarrasch**
1.	**e4**	**e5**
2.	**Cf3**	**Cc6**
3.	**Ac4**	**Cf6**
4.	**d4**	**e×d4**
5.	**0-0**	**d6**
6.	**C×d4**	**Ae7**
7.	**Cc3**	**0-0**
8.	**h3**	**Te8**
9.	**Te1**	**Cd7**

Diagrama núm. 13



Esta tentativa (en otros casos justificadísima) de aprovechar la diagonal h8-a1 provoca una catástrofe inmediata.

1. [La partida se jugó en una sesión de simultáneas dada por S. Tarrasch en 1912.]

10. A×f7+ R×f7
11. Ce6!! ...

y las negras deben abandonar, ya que después de 11. ..., R×e6 reciben mate en dos jugadas (12. Dd5+ y 13. Df5++), y si no capturan el caballo pierden la dama.[2]

Al conocer esta partida, me llamaron la atención algunas particularidades de su brusco remate. Ello me estimuló a tratar de descubrir las leyes subyacentes a esa combinación, lo cual permitiría, a mi juicio, comprender mejor el mecanismo de la fase inicial de la lucha que se desarrolla en el tablero de ajedrez.

¿Cuáles son, en concreto, los rasgos particulares del doble sacrificio efectuado por las blancas?

Para explicar esto, recurramos al método comparativo: traigamos a la memoria las combinaciones que más nos hayan chocado por sus sacrificios aparatosos, cuyo fin no era otro que el de explotar la posición del rey enemigo para obtener ventaja de material o dar mate. Veremos entonces que la inmensa mayoría de tales combinaciones, si no todas, se caracterizan por uno, al menos, de los siguientes factores previos:

a) La situación del rey atacado es precaria, debido ya a la ausencia de una barrera protectora de peones, ya al alejamiento de las piezas que podrían defenderlo.

b) La concentración gradual de fuerzas atacantes, claro indicio de las intenciones combinativas del jugador que las dirige, tiene lugar en el sector donde se encuentra el rey enemigo.

Sin embargo, en la breve partida que hemos mencionado no se da ninguna de esas circunstancias: ni preparaciones de ataque por parte de las blancas, ni debilitamiento progresivo de la posición del rey negro. Un simple error táctico de las negras ha bastado para poder asestarles el golpe mortal.

La razón de este fenómeno es, por otro lado, fácil de comprender si uno ve claramente dónde está el verdadero punto vulnerable de las negras después de la nefasta jugada 9. ..., Cd7?

Evidentemente, no se trata de la casilla f7, ya que, después del sacrificio del alfil enemigo (sacrificio muy típico y decisivo en la inmensa mayoría de las posiciones «aparentemente» similares), el rey negro no se encuentra todavía en peligro.

Sólo la segunda entrega aclara la situación, poniendo de manifiesto que, por culpa de la casilla vulnerable e6, las negras se hallan de pronto ante una fatal alternativa: ¡recibir mate o perder la dama!

Establecido este hecho comprendí, al principio vagamente y luego ya con más claridad, que la citada combinación planteaba un nuevo problema en la teoría del ataque: el estudio de la vulnerabilidad de las casillas que rodean al rey se transforma en un profundo análisis de la sensibilidad de todo el sector más o menos alejado del monarca y sujeto al influjo directo de las piezas ata-

2. [De hecho, las negras abandonaron tras 11. ., Cd-e5; 12. Dh5+, Rg8; 13. C×d8, T×d8; 14. Cd5.]

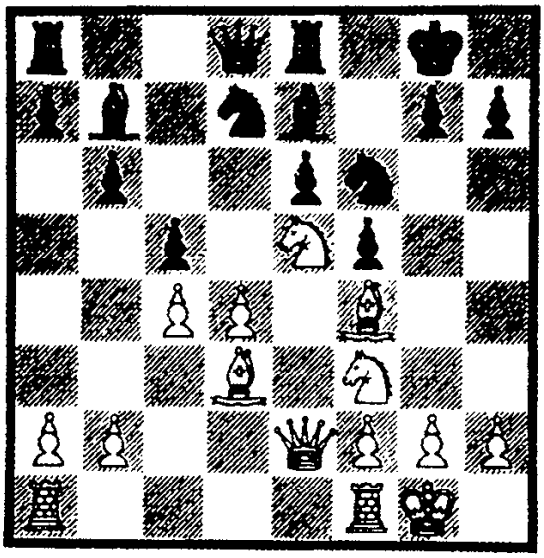
...ntes que ocupan puestos centrales. Me percaté también de que este nuevo tema resulta tanto más difícil de investigar cuanto que la literatura ajedrecística contiene un número relativamente limitado de ejemplos de combinaciones análogas a la que acabamos de ver; es más, no existe ningún ejemplo combinativo de este tipo con la misma estructura general de la posición. Tenía yo que buscar, pues, una oportunidad propicia para forjar una combinación semejante en el tablero tras haber creado las debidas condiciones posicionales. Por primera vez llevé a cabo este plan en 1916, en una sesión de simultáneas a la ciega dada en Ternopol.

He aquí la partida en cuestión, que publiqué ya en la antología titulada **Mis mejores partidas.**

A. Alekhine		**M. Feldt**
1.	**e4**	**e6**
2.	**d4**	**d5**
3.	**Cc3**	**Cf6**
4.	**e×d5**	**C×d5**
5.	**Ce4**	**f5**
6.	**Cg5!**	**Ae7**
7.	**C5-f3**	**c6**
8.	**Ce5**	**0-0**
9.	**Cg-f3**	**b6**
10.	**Ad3**	**Ab7**
11.	**0-0**	**Te8**
12.	**c4**	**Cf6**
13.	**Af4**	**Cb-d7**
14.	**De2**	**c5**

Había que jugar 14. ..., cf8.

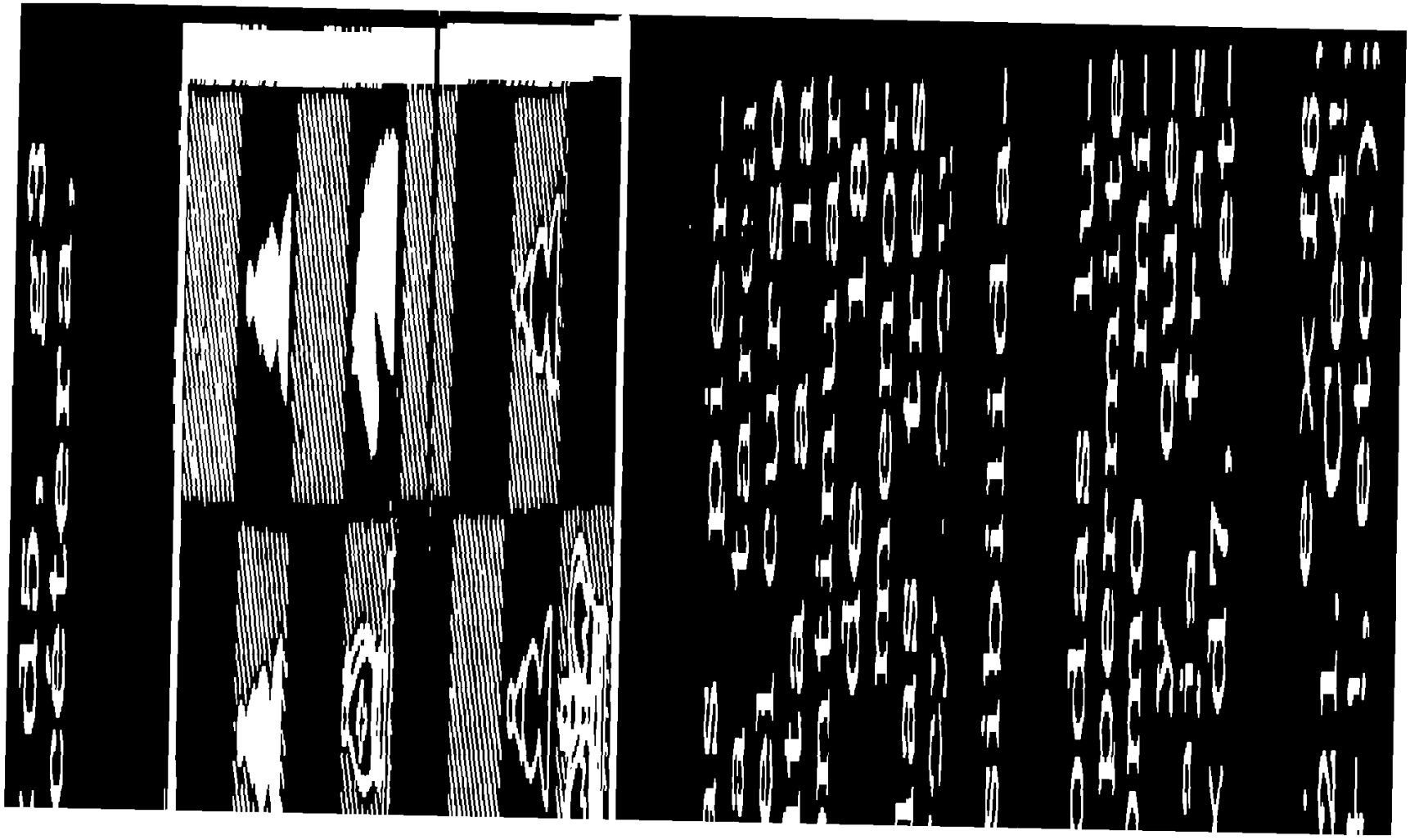
Diagrama núm. 14

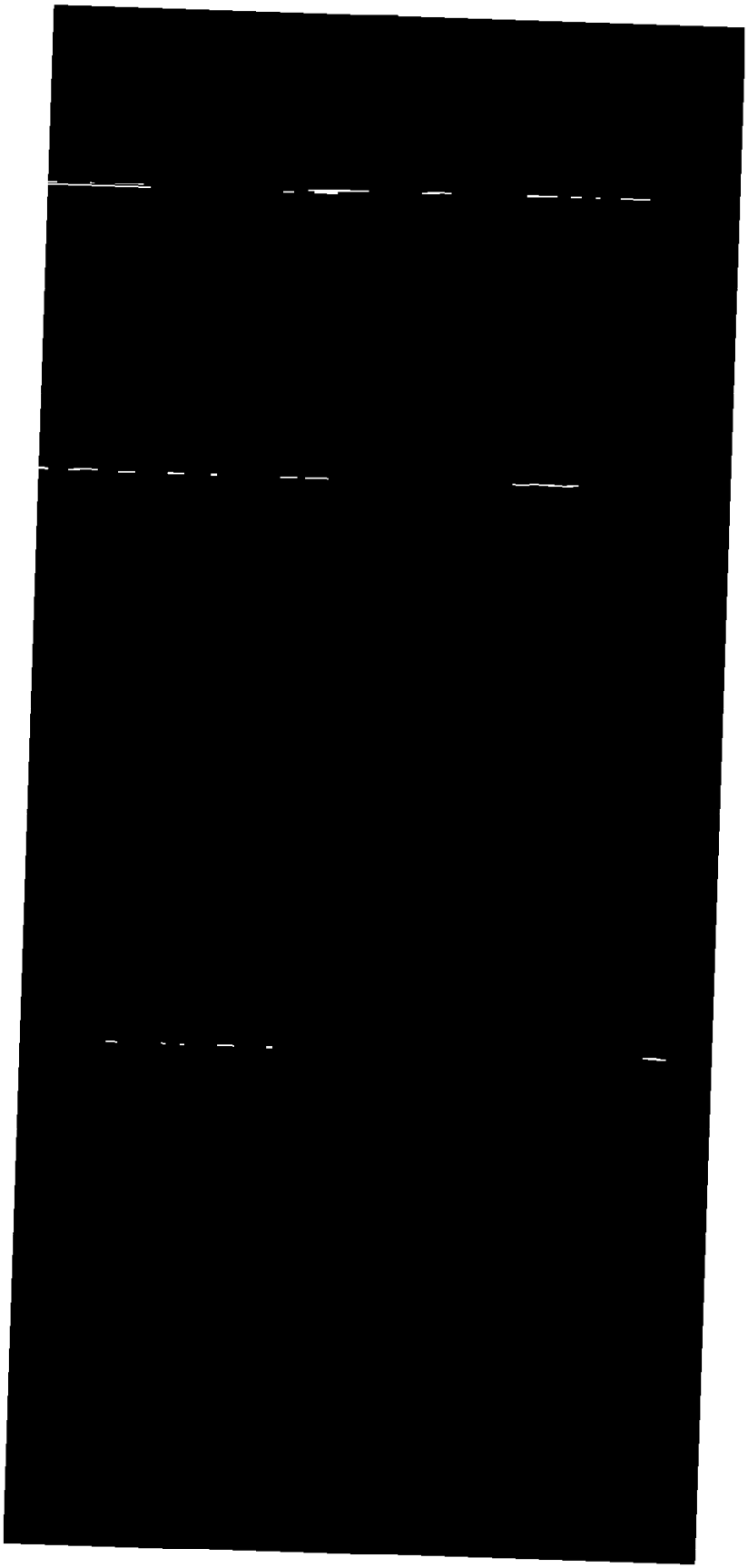


15.	**Cf7!!**	**R×f7**
16.	**D×e6+!**	**Rg6**
17.	**g4!**	...

y mate a la siguiente jugada.

Es fácil darse cuenta de la gran semejanza que existe entre esta combinación y la de Holzhausen: idéntica ausencia de preparativos para atacar al rey del adversario, idéntica adhesión al principio de un total dominio de las casillas centrales como base para dar el golpe decisivo. El último acto de este pequeño drama se distribuye entre los puntos f7 y e6, lo cual es también característico. En cambio, es más o menos fortuito el hecho de que el desenlace se haya producido inmediatamente después de la combinación de sacrificio. Tuvieron que transcurrir seis años para que se me volviera a plantear un problema práctico de casi iguales características, donde la combinación final era más larga. Ello mismo muestra claramente cuán numerosas son las posibilidades inex-





22. Dh8+, Re7 (o 22. ..., Rf7); 23. C×g5, D×g5; 24. T×e6+, R×e6 [con el rey en f7, las negras podrían aquí replicar 24. ..., Tc8!; así pues, la defensa 18. ..., Cd-f6 parece ser la mejor]; 25. Te1+, Rd5 (25. ..., Rf6; 26. Dd8+; o 25. ..., Rd6; 26. Df8+, etc.); 26. Te5+, D×e5 y las negras, para salvar su torre, han de abandonar el caballo a su destino.

III. 18. ..., **Af6**; 19. D×h7!, T×e6; 20. e×f6, D×f6; 21. Dh8+!, Re7; 22. D×h5, Cf8; 23. Ce4, Dh6; 24. Df3 y las numerosas amenazas del blanco compensan con creces su ligera desventaja de material.

Estas variantes confirman con bastante evidencia las instructivas posibilidades que ofrecía la posición si las negras hubieran «dificultado» la labor del adversario adoptando una defensa lógica contra su combinación. Desgraciadamente (y tal es uno de los aspectos trágicos que debe afrontar todo artista en la partida de ajedrez), para poder realizar obras de arte en el campo que nos es propio tendríamos que poseer dos cabezas.

18.	**Ah6+**	**Cg7**
19.	**Te3**	...

El rey negro se encuentra en una situación desesperada.

19.	...	**c5**
20.	**Cd5!**	...

Más enérgico que 20. d5, a lo que las negras podrían aún replicar 20. ... C×e5 con algunas posibilidades de defensa.

20.	...	**A×d5**
21.	**A×d5**	**c×d4**
22.	**Tf3+**	**Cf6**
23.	**T×f6+!**	**A×f6**
24.	**e×f6!**	...

Explotando hasta el fin la lamentable posición del rey negro (24. ..., T×c2; 25. A×g7++, o 24. ..., D×d5; 25. D×c7 y ganan).

24.	...	**Te5**
25.	**f×g7+**	**T×g7**
26.	**Ab3**	**d3**
27	**Dc4**	abandonan.

Como se ve, las combinaciones de doble sacrificio del tipo que estamos comentando no siempre redundan en una decisión inmediata de la partida; a veces son sólo el preludio de un largo ataque, sobre todo cuando el adversario rechaza la segunda oferta.

¿Significa esto que aprender el mecanismo de tales combinaciones no tiene sino un valor reducido, puesto que al parecer han de ejecutarse exclusivamente en cierto sector cuyos ejes vitales son los puntos e6 y f7? Si así fuera, la importancia estratégica de esos ataques no superaría a la de los que empiezan, por ejemplo, con un sacrificio de alfil en h7 seguido de jaque en h5, etc. Por fortuna, el azar —con ayuda quizá de mi reflexión subconsciente— quiso que algunas de las partidas jugadas por mí en la época a que antes me refería me mostraran con toda claridad que la idea básica del doble sacrificio puede llevarse a la práctica tanto en un flanco como en el otro del tablero de ajedrez.

M. Chigorin — W. Steinitz

1.ª partida del match para el campeonato del mundo, 1892

Gambito Evans

(Notas de M. I. Chigorin)

1.	**e4**	e5
2.	**Cf3**	Cc6
3.	**Ac4**	Ac5
4.	**b4**	**A×b4**
5.	**c3**	**Aa5**
6.	**0-0**	**d6**

No se sabe por qué Steinitz se apartó aquí de su defensa favorita 6. ..., Df6. [El campeón del mundo la había empleado en 1890-1891, jugando por telégrafo, y la volvió a utilizar más tarde en sus partidas de 1899 contra M. I. Chigorin para el trofeo máximo.]

7.	**d4**	**Ag4**

Es notorio que esta jugada, después del cambio de peones en el centro (7. ..., e×d4; 8. c×d4), como se hizo en una partida Londres-San Petersburgo [encuentro por telégrafo, 1886-1887], dificulta la defensa de las negras al tener éstas que renunciar al enroque tras 10. Ab5, Rf8. Steinitz mueve el alfil sin cambiar previamente los citados peones, para que el Cb1 no pueda salir por c3. Su intento tiene éxito, pero ese caballo va a desempeñar un papel de igual importancia, si no mayor, trasladándose a c4 vía a3.

8.	**Ab5**	**e×d4**
9.	**c×d4**	**Ad7**
10.	**Ab2**	...

El plan de ataque mediante d5 y más tarde e5 nos parecería prematuro incluso después de la jugada profiláctica Da4 para defender el alfil de b5.

10.	...	**Cc-e7**

En sus siguientes partidas del mismo match, y con esta variante, Steinitz jugó más fuertemente 10. ..., Cf6.

11.	**A×d7+**	**D×d7**

Los «profetas» habían vaticinado que el ataque de las blancas acabaría con este cambio de alfiles, cuando en realidad no comienza hasta las jugadas 12 y 13.

12.	**Ca3!**	**Ch6**
13.	**Cc4**	**Ab6**
14.	**a4!**	**c6**
15.	**e5!**	...

Las blancas podían haber continuado 15. d5, 0-0; 16. C×b6, a×b6; 17. Dd4, f6; 18. D×b6, c×d5; 19. e×d5 (19. ..., C×d5; 20. Db3) restableciendo el equilibrio material, pero debilitando su ataque.

15.	...	**d5**
16.	**Cd6+**	**Rf8**
17.	**Aa3**	**Rg8**
18.	**Tb1!**	...

Las blancas tenían prevista una combinación que debía iniciarse con el avance e6 y continuar con Ce5 o Cg5 inmediatamente o después de la jugada preparatoria Te1. El movimiento del texto, que de hecho quita todo valor a la respuesta 18. ..., Tb8 (el blanco amenazaba también a4-a5), gana

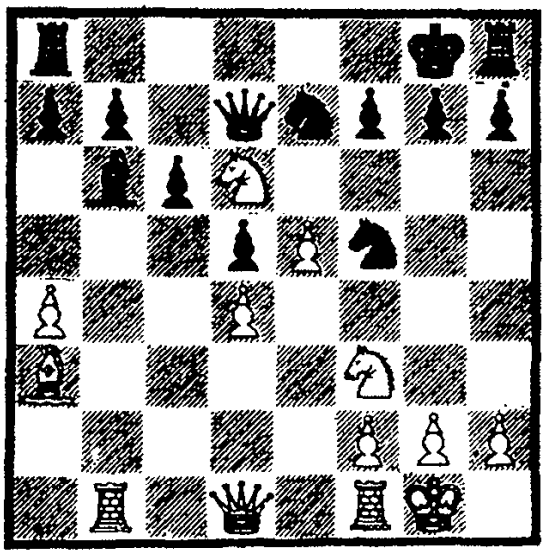
tiempo para trasladar la Tb1 al flanco de rey a través de b3.

18. ... Ch-f5

Permite a las blancas sacrificar una pieza. La posición de las negras es muy difícil. Después de la partida, Steinitz indicó que debía haber jugado 18. ..., Cc8, pero entonces era posible la continuación 19. a5, C×d6; 20. e×d6!, A×a5; 21. Ce5, Dc8; 22. Dh5, f6; 23. d7, Dd8; 24. T×b7!, y tras 24. ..., f×e5; 25. d×e5 los peones blancos deciden la batalla.

[Esta posición fue muy discutida en su tiempo. Según Em. Lasker, la variante más exacta era 19. a5, A×a5; 20. T×b7, Dd8; 21. Cg5, y ahora, por ejemplo, 21. ..., C×d6; 22. e×d6, Cf5; 23. Dg4, Ch6; 24. Df4, Df6; 25. De5. «Las negras sucumben ante el asalto de las fuerzas superiores del enemigo, pues su torre de Th8 está excluida del juego.»]

Diagrama núm. 17



19. C×f7! R×f7
20. e6+ R×e6
21. Ce5 Dc8

[Por medio de una brillante combinación, Chigorin obliga al rey negro a abandonar su refugio g8. El ataque de las blancas crece ahora en ímpetu. En caso de 21. ..., De8 seguiría 22. Te1, Rf6; 23. A×e7+, C×e7; 24. Df3+ ganando fácilmente.]

22. Te1 Rf6
23. Dh5 g6

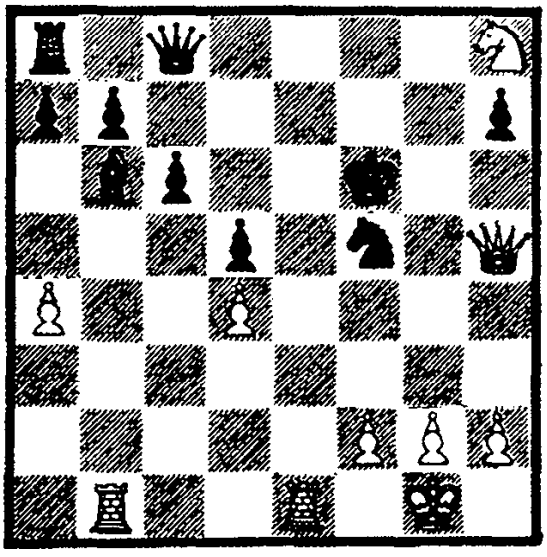
A 23. ..., Cg6 sigue 24. g4 amenazando 25. g5+ (más fuerte que capturar el caballo).

24. A×e7+ R×e7

Después de 24. ..., C×e7; 25. Dh4+, g5; 26. Cg4+, Rf7; 27. D×g5, las blancas ganan con facilidad (si ahora 27. ..., Te8, sigue mate en dos jugadas).

25. C×g6+ Rf6
26. C×h8 ...

Diagrama núm. 18



26. ... A×d4

A 26. ..., D×h8 podría seguir 27. Te5, Dc8; 28. g4; y a 26. ...,

Dd7; 27. Tb3!, T×h8; 28. Tf3, Tg8; 29. Te5, Tg5; 30. Dh6+, Tg6; 31. T×f5+, D×f5; 32. Df8+.

27.	**Tb3!**	**Dd7**
28.	**Tf3**	**T×h8**
29.	**g4**	**Tg8**
30.	**Dh6+**	**Tg6**
31.	**T×f5+**	abandonan.

A. Alekhine — M. Blümich
Torneo internacional,
Dresde, 1926

Defensa India de Rey

(Notas de A. Alekhine)

1.	**d4**	**Cf6**
2.	**Cf3**	**g6**
3.	**Ag5**	...

Una tentativa de resistir a la «magia india» mediante el libre desarrollo de piezas.

3.	...	**Ag7**
4.	**Cb-d2**	**0-0**
5.	**e3**	...

Esto precisamente, y no 5. e4, pues el muro granítico que constituye el triángulo de peones c3-d4-e3 paralizará la actividad del alfil negro en fianchetto.

5.	...	**d6**
6.	**Ac4!...**	...

En esta diagonal desplegará el alfil su *máxima eficacia*. Si ahora 6. ..., d5, las blancas se apoderan del punto e5 y continúan con el sistema de Pillsbury: Ce5 y f4.

6.	...	**Cc6**
7.	**c3**	**a6**

Jugada que refleja el desconcierto de las negras y no entraña ninguna amenaza, ya que el proyectado avance b5 no haría sino proporcionar a las blancas, después de Ad3 y a3, un cómodo objetivo de ataque.

8.	**De2**	**Ag4**

Permitiendo que las blancas ganen un importante tiempo con 9. h3. Este movimiento debe considerarse, pues, como un error. Más valía jugar inmediatamente 8. ..., Ad7.

9.	**h3**	**Ad7**
10.	**Ch2!**	...

Con la doble amenaza 11. Cg4 y 11. f4.

10.	...	**Dc8**

También en caso de 10. ..., e5; 11. Cg4, A×g4; 12. h×g4, e×d4; 13. c×d4 las blancas tendrían una gran ventaja posicional.

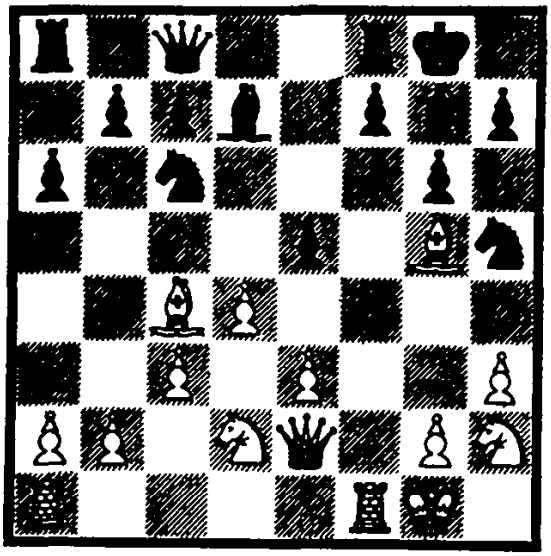
11.	**f4**	**e5**

Si las negras renunciaran a este intento de liberar su juego, quedarían completamente sofocadas después de 12. 0-0 seguido del avance del e3 hasta e5.

12.	**f×e5**	**d×e5**
13.	**0-0**	**Ch5**

Forzado, pues a 13. ..., Ce8 seguiría 14. d5 y 15. Ae7 con ganancia de calidad.

Diagrama núm. 19



14. T×f7! ...

Sacrificio de largo alcance y enteramente correcto, pero cuyo valor estético queda disminuido por no ser la solución más rápida y segura del problema planteado. Se ganaba sencillamente por medio de 14. Df3 con la amenaza 15. g4, contra lo cual no bastaba 14. ..., h6 debido a 15. Ah4. Las negras no podían hacer otra cosa que entregar una pieza por dos peones: 14. ..., e×d4; 15. c×d4, C×d4; 16. e×d4, A×d4+; 17. Ae3 (17. ..., A×b2?; 18. Ta-b1) y la victoria era fácil para el blanco.

14.	...	**T×f7**
15.	**A×f7+**	**R×f7**
16.	**Dc4+**	**Ae6**

La variante 16. ..., Rf8; 17. Tf1+, Af5; 18. g4, Cg3; 19. Tf3 daba también ventaja a las blancas.

17. d5 **A×d5**

Con la esperanza de 17. D×d5+, De6; 18. Tf1+, Af6; 19. Df3 (19. c4, Td8), Rg7 y el rey negro dispondría de un apacible refugio.

18. Tf1+!! ...

En este jaque intermedio radica la esencia de toda la combinación. Si ahora 18. ..., Af6, las blancas no responderían 19. D×d5+, sino 19. Dh4!, y después de 19. ..., Rg8 (a 19. ..., De6 sigue 20. Cg4); 20. A×f6 (amenazando 21. Cg4), C×f6 (o 20. ..., Ae6; 21. Ce4 seguido de 22. g4); 21. D×f6, De6 (o 21. ..., Ae6; 22. Ce4) 22. Cg4 tendrían un ataque decisivo.

Las mayores complicaciones en las que de todos modos las negras debieran haber entrado, surgían tras 18. ..., Re6. Pero también aquí las blancas, en fin de cuentas, obtenían ventaja mediante 19. Dg4+, Rd6; 20. Cc4+, como lo demuestran estas variantes:

I. 20. ..., Rc5; 21. b4+, C×b4 (o 21. ..., Rb5; 22. a4+, R×a4; 23. Dd1+); 22. Ae7+, Rc6 (o 22. ..., Rb5; 23. a4+); 23. Ca5+, Rb6; 24. Ac5+! y mate a la siguiente jugada.

II. 20. ..., A×c4!; 21. D×c4, b5; 22. Td1+, Cd4; 23. De2!, Df5; 24. Cf3, Cg3; 25. De1, Ce4; 26. Ah4, g5; 27. Ag3.

La pasiva réplica de la partida facilita la tarea del blanco.

18.	...	**Cf6**
19.	**D×d5+**	**De6**
20.	**Df3**	...

Ahora no hay defensa contra

las amenazas 21. Ce4 y 21. Cg4

20.	...	**Df5**
21.	**A×f6**	abandonan.

Después de 21. ..., A×f6, las blancas ganan una pieza por medio de 22. Ce4 o 22. Cg4.

R. Fischer **S. Reshevsky**
Campeonato de EE.UU., 1958-1959.

Defensa Siciliana

1.	**e4**	**c5**
2.	**Cf3**	**Cc6**
3.	**d4**	**c×d4**
4.	**C×d4**	**g6**
5.	**Cc3**	**Ag7**
6.	**Ae3**	**Cf6**
7.	**Ac4**	**0-0**
8.	**Ab3**	**Ca5?**

Con 8...., d6 se entraba en el sistema principal de la variante del Dragón.

9.	**e5!**	**Ce8?**

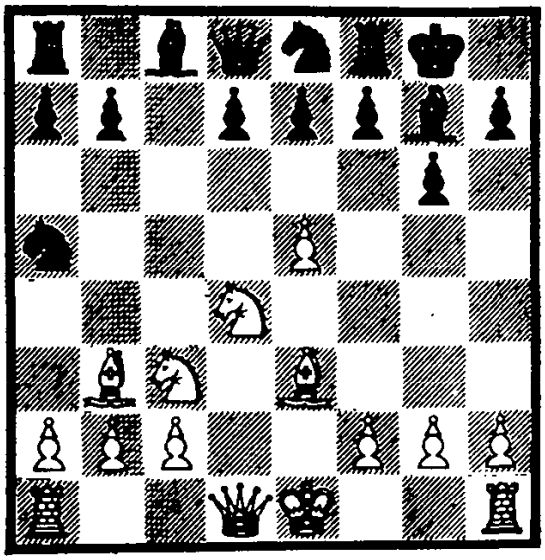
Era necesario 9. ..., C×b3; 10. e×f6, C×a1; 11. f×g7, C×c2+; 12. C×c2, R×g7 conservando la igualdad de material, aun cuando después de 13. Dd2 seguido de 14. 0-0 las blancas tendrían la iniciativa.

(Véase diagrama núm. 20)

10.	**A×f7+!**	**R×f7**
11.	**Ce6!**	...

Si ahora 11. ..., R×e6, el monarca negro cae en una red de mate: 12. Dd5+, Rf5; 13. g4+,

Diagrama núm. 20



R×g4; 14. Tg1+, Rh4; 15. De4+ y mate en dos jugadas.

Esta combinación había sido ya empleada por el maestro soviético G. Bastrikov. Cogido aquí por sorpresa, S. Reshevsky se vio obligado a entregar la dama.

11.	...	**d×e6**
12.	**D×d8**	**Cc6**
13.	**Dd2**	**A×e5**
14.	**0-0**	**Cd6**
15.	**Af4**	**Cc4**
16.	**De2**	**A×f4**
17.	**D×c4**	**Rg7**
18.	**Ce4**	**Ac7**
19.	**Cc5**	**Tf6**
20.	**c3**	**e5**
21.	**Ta-d1**	**Cd8**
22.	**Cd7**	**Tc6**
23.	**Dh4**	**Te6**
24.	**Cc5**	**Tf6**
25.	**Ce4**	**Tf4**
26.	**D×e7+**	**Tf7**
27.	**Da3** y las blancas forzaron la rendición en la jugada 42.	

EJERCICIO

Analícese personalmente la partida que sigue.

A. Alekhine — **A. Blass**
Sesión de 8 simultáneas,
Varsovia, 1928.

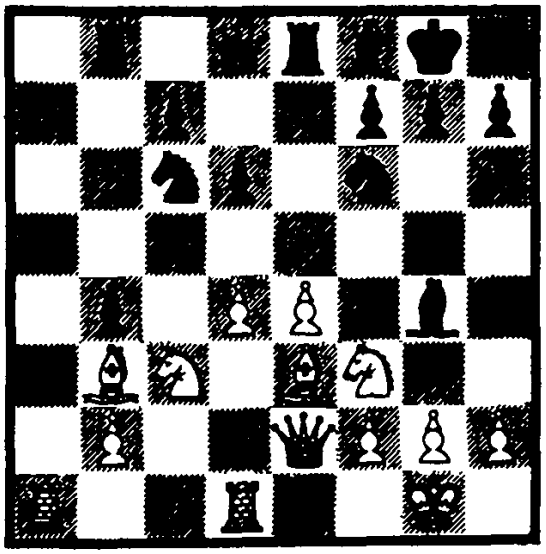
1.	**e4**	**e5**
2.	**Cf3**	**Cc6**
3.	**Ab5**	**a6**
4.	**Aa4**	**Cf6**
5.	**0-0**	**Ae7**
6.	**De2**	**b5**
7.	**Ab3**	**d6**
8.	**c3**	**0-0**
9.	**a4**	**Tb8**
10.	**a×b5**	**a×b5**
11.	**d4**	**e×d4**
12.	**c×d4**	**Ag4**
13.	**Td1**	**Te8**
14.	**Cc3**	**Af8**
15.	**Ae3**	**b4**

(Véase diagrama núm. 21)

16.	**A×f7+**	**R×f7**
17.	**Dc4+**	**d5**
18.	**C×d5**	**C×d5**
19.	**Cg5+!**	**Rg6**
20.	**f4**	**T×e4**

Verifíquense las variantes indicadas por A. Alekhine:

Diagrama núm. 21



I. 20. . . , C×e3; 21. Df7+, Rh6; 22. Dg8!. D×g5!; 23. f×g5+, Rg6; 24. Tf1!. C×f1; 25. T×f1 con juego igual.

II. 20. ..., A×d1; 21. T×d1, C×e3; 22. Df7+, Rh6; 23. Td3! (amenazando 24. g4) con ventaja de las blancas.

21.	**D×c6+**	**Dd6**
22.	**Dc2**	**De7**
23.	**Te1**	**Cf6**
24.	**Ta6**	**Tb6**
25.	**T×b6**	**c×b6**
26.	**h3**	**Ad7**
27.	**g4**	**Rh6**
28.	**C×e4**	**C×e4**
29.	**f5+**	**g5**
30.	**Af2**	abandonan.

LAS NOVEDADES EN LA APERTURA

V. V. Smyslov
Ex campeón del mundo

Cada jugada nueva en la apertura tiene, aparte de su interés teórico, una gran importancia psicológica, pues casi siempre produce un efecto de sorpresa.

En una posición ya conocida y a menudo tratada en la práctica, nuestro adversario piensa que la lucha discurrirá por caminos familiares. Por eso, al toparse con algo que no esperaba y para lo cual no se había preparado, a menudo se desconcierta y escoge una continuación que no es ni de lejos la más fuerte.

Todo esto nos confirma de nuevo en la convicción del sumo cuidado con que deben seleccionarse los movimientos iniciales y de la importancia de esta fase del juego.

En el presente artículo se exponen cinco de mis partidas, jugadas contra campeones del mundo. En ellas queda bien demostrado que *ni siquiera los más insignes* ajedrecistas de nuestro tiempo están por encima de una posible catástrofe en la apertura.

Estas partidas son instructivas y no carecen de interés.

M. Tal — **V. Smyslov**
45.° campeonato de la URSS, Leningrado, 1977.

Apertura Española

La Apertura Española ha sido investigada, como si dijéramos, «por los cuatro costados». Con todo, incluso en las variantes más conocidas es a veces posible encontrar algo nuevo. ¡El ajedrez no se agota!

1.	**e4**	**e5**
2.	**Cf3**	**Cc6**
3.	**Ab5**	**a6**
4.	**Aa4**	**Cf6**
5.	**0-0**	**C×e4**

Es raro que yo juegue la variante abiera, y en esta ocasión no la empleé para ir por caminos ya trillados. Tenía preparada una

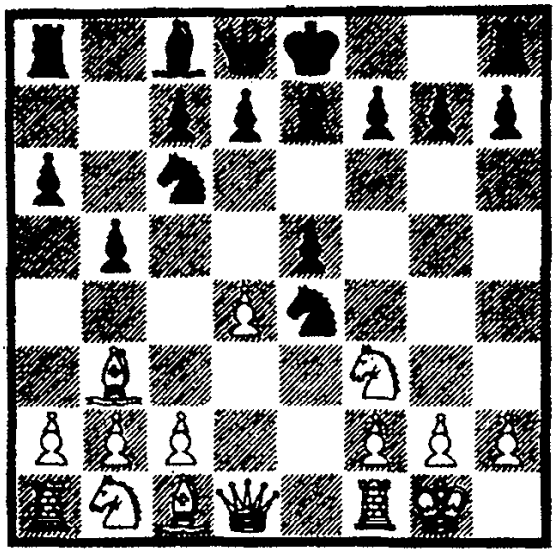
interesante novedad que decidí experimentar aquí.

6. d4 b5

Además de esta jugada, es bien conocida la antigua continuación 6. ..., Ae7, a lo que sigue 7. De2, f5; 8. d×e5. Esa posición no me atraía, pues el temprano avance del peón f7 impone una pesada carga a las negras.

7. Ab3 Ae7!?

Diagrama núm. 22



Como es sabido, aquí suele jugarse 7. ..., d5; 8. d×e5, Ae6. La continuación 7. ..., Ae7 no se había empleado nunca hasta este momento. Al menos yo jamás la había visto en boletines de torneo o manuales de aperturas. Si ahora 8. Te1, seguiría 8. ..., d5; 9. d×e5, Ae6; y si 8. De2, entonces 8. ..., d5; 9. d×e5, Ca5, con buen juego de las negras en ambos casos.

8. C×e5 ...

Es lógico que Tal vaya por senderos que le prometen un ataque directo al rey enemigo. Aparte de la jugada del texto, merecía atención la posicional 8. d×e5 para responder a 8. ..., Cc5 con 9. Cc3 o 9. Ad5.

8. ... C×e5
9. d×e5 Ab7
10. Dg4 0-0

No me daba miedo 11. Ah6 en vista de la posibilidad 11. ..., Cg5 u 11. ..., Ag5. Tampoco es peligroso 11. Cc3 debido a 11. ..., C×c3; 12. Ah6, Af6!; 13. e×f6, D×f6; 14. Ag5, Dd4!

11. f3 Cg5

No quise ganar la calidad mediante 11. ..., Ac5+; 12. Rh1, h5! (o 12. ..., Cf2+; 13. T×f2, A×f2; 14. Ag5 amenazando 15. Af6); 13. D×h5, Cf2+; 14. T×f2, A×f2; 15. Ag5, De8; 16. Af6, ya que entonces las blancas hubieran tenido por lo menos jaque perpetuo después de la captura de su alfil.

12. f4 ...

Tal inicia un impetuoso avance de peones en el flanco de rey. A 12. Cc3 podría seguir 12. ..., Rh8; 13. f4, f5!; 14. e×f5 a.p., Ac5+; 15. Rh1, D×f6 y las piezas negras quedarían excelentemente situadas.

12. ... Ce4
13. f5? Rh8

Más exacto era 13. ..., Ac5+; 14. Rh1, Rh8, obligando prácticamente al adversario a sacrificar la calidad. Ahora, en cambio, las

ancas habrían podido evitar la pérdida inmediata de material jugando 14. Ae3, y el negro debía en tal caso contentarse con mantener la iniciativa por medio de 14. ..., f6.

14. Tf3 ...

Las blancas retardan despreocupadamente el desarrollo del flanco de dama, lo que lleva a un juego de doble filo, pues también su rey corre peligro.

14. ... Ac5+
15. Rf1 ...

Forzado, ya que a 15. Ae3 seguiría 15. ..., De7 y el peón e5 no tendría defensa; en caso de 16. f6, g×f6; 17. e×f6, C×f6, las blancas no podrían evitar la pérdida de material.

15. ... d6

La posición de las blancas es ya crítica y el negro abre ventajosamente el juego. Aquí no es bueno 16. Cc3 a causa de 16. ..., d×e5; 17. Td3, Cf2; 18. T×d8, C×g4 con ventaja decisiva de las negras.

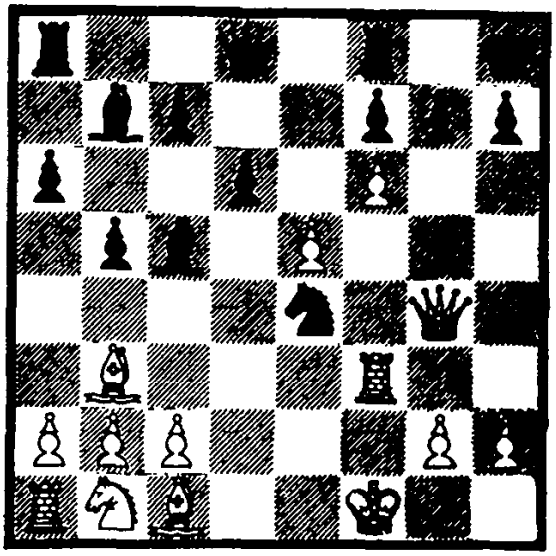
16. f6 ...

(Véase diagrama núm. 23)

16. ... g6!

Esta réplica, para la cual se requiere no poca sangre fría, demuestra que las negras no se conforman con tablas, como sería el caso tras 16. ..., g×f6; 17. Th3, f×e5; 18. T×h7+, R×h7; 19. Dh5+, Rg8; 20. Dg6+ con jaque perpetuo.

Diagrama núm. 23



Al adoptar la continuación del texto estimé que la fuerte posición de las piezas negras en el centro me garantizaba mejores perspectivas en todas las complicaciones que iban a surgir.

17. Dh4 ...

A 17. Ah6 seguiría 17. ..., d×e5; 18. Ag7+, Rg8; 19. Td3, y aquí las negras podrían continuar ventajosamente 19. ..., C×f6; 20. T×d8, C×g4; 21. A×f8, C×h2+; 22. Re2, T×d8; 23. A×c5, A×g2 con cuatro peones pasados a cambio de la pieza.

17. ... d×e5

Tras la apertura de la columna d las negras amenazan mate en la octava fila. Su contraataque es más rápido que la ofensiva de las blancas en el flanco de rey.

18. Re2 ...

No es mejor 18. Re1 a causa de 18. ..., Dd4; 19. Ae3, D×e3+; 20. T×e3, A×e3 con excelente posición de las negras; y en caso de 18. c3 sigue 18. ..., g5!; 19. Dh6, Tg8; 20. Th3, D×f6+.

18.	...	**Dd4!**

Esta jugada gana un importante tiempo para el ataque gracias a la amenaza 19. ..., Cc3+.

19.	**Th3**	...

Si 19. Dh6, seguiría 19. ..., C×f6!; 20. T×f6, Dg4+; 21. Re1, De4+; 22. Rd1, Ta-d8+; 23. Cd2, D×g2 con ataque irresistible.

19.	...	**Df2+**
20.	**D×f2**	**C×f2**
21.	**Th4**	**Ce4**

Una vez cambiadas las damas, el peón f6 está perdido y con él desaparece toda esperanza de seguir atacando.

22.	**Ah6**	**C×f6**
23.	**A×f8**	**T×f8**

A raíz de la «tormenta» precedente tenemos un final donde las negras llevan dos peones de ventaja por la calidad, amén de que las piezas blancas están desperdigadas. La posición debe evaluarse como victoriosa para el bando negro.

24.	**Rf1**	**Td8**

Amenazando 25. ..., Td1+; y si aquí 25. Cc3, entonces sigue 25. ..., Td2.

25.	**C4**	**g5**
26.	**Th3**	**g4**
27.	**Tc3**	**b4**
28.	**Tc1**	**Td4**

La presión de las negras va en aumento. Ahora amenazan 29. ..., Tf4+.

29.	**g3**	**Af3**

Impidiendo la jugada 30. Td1 y cerrándole así todas las salidas al caballo blanco hasta el fin de la partida.

30.	**a3**	**a5**
31.	**a×b4**	**a×b4**
32.	**Ta5**	**Cd7**

A esta posición querían llegar las negras. Si ahora 33. Aa4, es es posible 33. ..., Ab6; 34. Tb5, Cc5; 35. T×b4, Cd3.

33.	**Ac2**	**e4**
34.	**Te1**	...

A 34. Aa4 seguiría 34. ..., e3!; 35. A×d7, Td1+; 36. T×d1, e2+ y mate a la siguiente jugada.

34.	...	**Ab6**
35.	**Ta8+**	...

No es mejor 35. Td5 debido a 35. ..., T×d5; 36. c×d5, e3 y el caballo blanco sigue sin poder entrar en juego.

35.	...	**Rg7**
36.	**Td8**	**f5**
37.	**Aa4**	**Ce5**
38.	**T×d4**	**A×d4**
39.	**Cd2**	...

Por fin este caballo ha podido moverse, pero ahora se pierden los peones del flanco de dama.

39.	...	**A × b2**
40.	**Cb3**	**Ac3**
41.	Abandonan.	

V. Smyslov **M. Euwe**
Match-torneo para el campeonato de mundo.
La Haya-Moscú, 1948

1.	**e4**	**e5**
2.	**Cf3**	**Cc6**
3.	**Ab5**	**a6**
4.	**Aa4**	**Cf6**

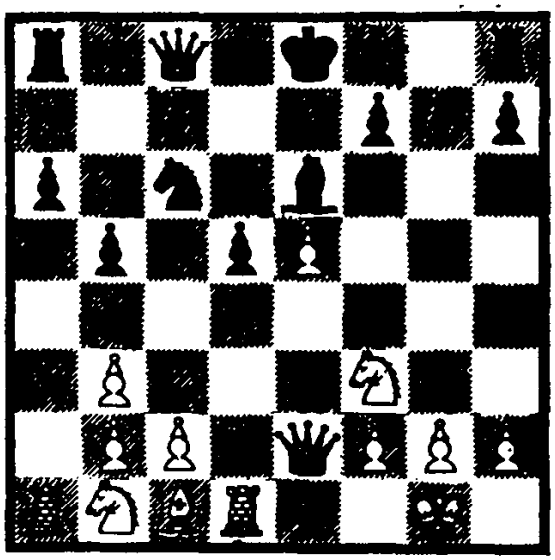
Por primera vez me había enfrentado con el ex campeon del mundo M. Euwe en el torneo internacional de Groningen, en 1946. Se le consideraba entonces, con toda razón, como el mejor conocedor de la teoría de la variante abierta en la Apertura Española, por lo que yo en aquella partida continué 5. d3, a fin de evitar dicha variante. En la presente ocasión, sin embargo, decidí salir al encuentro de las intenciones de mi adversario con una novedad que traía preparada.

5.	**0-0**	**C × e4**
6.	**d4**	**b5**
7.	**Ab3**	**d5**
8.	**d × e5**	**Ae6**
9.	**De2**	...

El sistema de desarrollo que empieza por la jugada 9. De2 se empleó repetidamente en este match-torneo para el campeonato del mundo. Ambos rivales desean llegar a cierta posición teórica, la misma para los dos.

9.	...	**Cc5**
10.	**Td1**	**C × b3**
11.	**a × b3**	**Dc8**

Diagrama núm. 24



Las negras han eliminado el b3 y apartado la propia dama de la diagonal d8-h4.

Es interesante observar que, en la ronda precedente del mismo torneo, S. Reshevsky, con las piezas negras, había utilizado esta misma jugada, 11. ..., Dc8?, contra P. Keres. ¡La novedad «se desgastaba»! Keres no encontró la continuación correcta, jugó 12. Ag5 y, después de 12. ..., h6; 13. Ah4, se vio en dificultades.

La innovación de Reshevsky despertó un interés general, y yo estaba seguro de que M. Euwe la emplearía también en su partida contra mí. A mi juicio, 11. ..., Dc8 no podía ser bueno, por lo que me puse a buscarle una refutación en la tranquilidad de mi gabinete... y la hallé.

Esta partida constituye un ejemplo de la utilidad de prepararse contra un adversario concreto.

12.	**c4!!**	...

Otra novedad, que desarticula la posición central de las negras.

12.	...	**d×c4**
13.	**b×c4**	**A×c4**

A las negras no les queda nada mejor que aceptar el peón ofrecido.

14.	**De4!**	...

La dama pasa a ocupar un fuerte puesto en el centro. Ahora a 14. ..., De6 seguiría 15. Td6!, A×d6; 16. D×c6+, Re7; 17. e×d6+, si 14. ..., Cb4 es bueno 15. Ca3!, Ab3!; 16. C×b5, A×d1 (o 16. ..., Tb8; 17. cd6+!); 17. C×c7+, D×c7; 18. D×a8+, Rd7; 19. Ag5! con violento ataque de las blancas (Gipslis-Haag, Pecs, 1964).

En caso de 14. ..., Db7; 15. Cc3, Tb8, las blancas ganarían fácilmente continuando 16. e6!, A×e6: 17. Cg5, cd8; 18. T×d8+, R×d8; 19. C×e6+, f×e6; 20. D×e6, Ae7; 21. Ag5!

14.	...	**Ce7**
15.	**Ca3!**	...

Al parecer, M. Euwe no se esperaba esta jugada. Si ahora 15. ..., Ab3, seguiría 16. Td3, Ae6; 17. C×b5, Af5; 18. C×c7+.

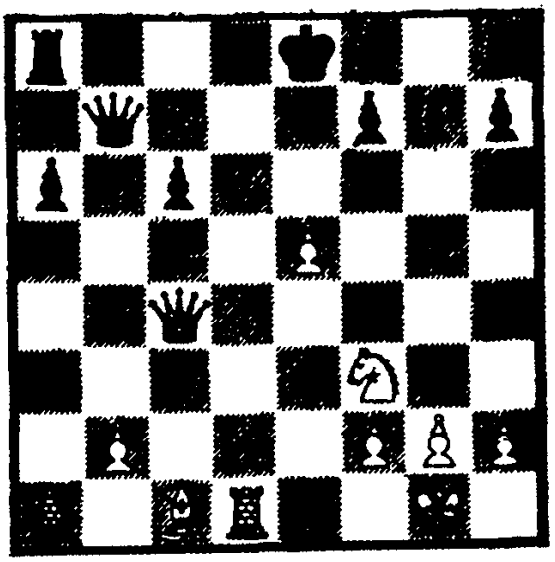
15.	...	**c6**
16.	**C×c4**	**b×c4**
17.	**D×c4**	...

Las blancas han restablecido la igualdad de material y prosiguen su ataque al rey negro desamparado en el centro.

17.	...	**Db7**

Si 17. ..., De6, sería posible la combinación 18. T×a6!, D×c4; 19. T×a8+, Cc8; 20. T×c8+, Re7; 21. Tc7+, Re6; 22. T×c6+ seguido de una horquilla de caballo al rey y la dama.

Diagrama núm. 25



18.	**e6!**	**f6**
19.	**Td7**	**Db5**
20.	**D×b5**	**c×b5**

Las negras han quedado retrasadas en el desarrollo y no pueden defender los peones débiles del flanco de dama.

21.	**Cd4**	...

Amenazando 22. C×b5.

21.	...	**Tc8**
22.	**Ae3**	**Cg6**
23.	**T×a6**	**Ce5**
24.	**Tb7**	**Ac5**
25.	**Cf5**	**0-0**

A 25. ..., A×e3 sigue 26. Cd6+, Rd8; 27. e7++.

26.	**h3!**	abandonan.

A 26. ..., g6 seguiría 27. Ch6+,

Rh8; 28. A×c5, T×c5; 29. Ta-a7 con la amenaza de mate en h7.

V. Smyslov — M. Botvinnik
Match para
el campeonato del mundo
Moscú, 1954

1.	**e4**	**e6**
2.	**d4**	**d5**

Mikhail Botvinnik era un ferviente adepto de la Defensa Francesa y, por principio, siempre lá planteaba con las negras. Él buscaba métodos de defensa y yo de ataque. Después de la octava partida de este match, el campeón del mundo ganaba por 5:3. La novena partida iba a ser tormentosa.

3.	**Cc3**	**Ab4**
4.	**e5**	**c5**
5.	**a3**	**Aa5**

Más a menudo se juega 5. ..., A×c3+. La continuación del texto tiene algunos inconvenientes. Botvinnik empleó esta jugada regularmente en nuestro match de 1954. Entonces llegué yo a la conclusión de que el modo más fuerte de refutar ese sistema consistía en 7. Dg4! No cabe duda que esta salida de dama es el método más activo y eficaz de que disponen las blancas para luchar contra la variante adoptada por mi adversario. Desde entonces no he cambiado de opinión.

6.	**b4**	**...**

Conocida receta de A. Alekhine. Si ahora 6. ..., c×b4; 7. Cb5, b×a3+; 8. c3, las blancas logran un magnífico desarrollo por el peón sacrificado.

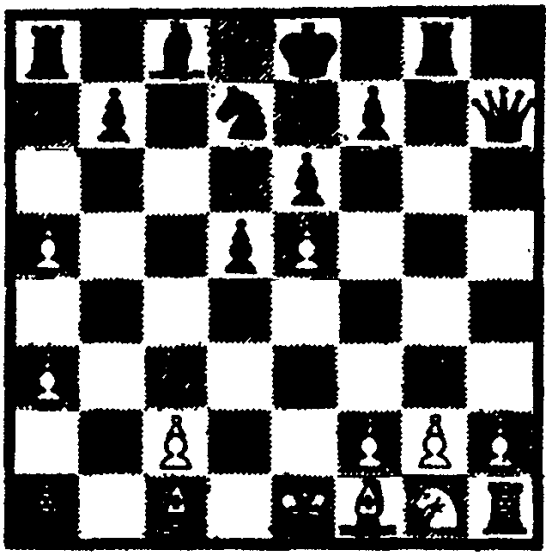
6.	**...**	**c×d4**
7.	**Dg4!**	**Ce7**

La dama blanca ocupa una posición de ataque. Aquí sería demasiado pasivo 7. ..., Rf8, ya que después de 8. b×a5, d×c3; 9. Cf3 no les es fácil a las negras resolver el problema de su desarrollo.

8.	**b×a5**	**d×c3**
9.	**D×g7**	**Tg8**
10.	**D×h7**	**Cd7**

A mí no me gusta esta jugada con vistas a trasladar el caballo a f8. En tan aguda posición, cada tiempo es precioso. Más valía jugar 10. ..., Cb-c6 seguido de 11. ..., A7d para enrocar cuanto antes.

Diagrama núm. 26



11.	**Cf3**	**Cf8**

En el boletín de las partidas del match. Botvinnik recomenda-

ba aquí 11. [illegible] 11. ..., Dc7. Pero las blancas dispor[illegible]isponían de una fuert[illegible] respuesta: 12. [illegible]: 12. Ab5! Ahora a 12 ..., T×g2 seg[illegible] seguiría 13. Rf1, Tg8 14. Tg1 y, tra[illegible], tras el cambio de torres, el rey ne[illegible]y negro quedaría en situación desesp[illegible]esperada. Si 12. ...., a6 la continuació[illegible]nación sería 13. A×d7+ A×d7; 14. 0-0 [illegible]- 0-0 conservando la ventaja posiciona[illegible]ional.

12.	**Dd3**	**Dd3**	**D×a5**
13.	**h4!**	**h4!**	**Ad7**
14.	**Ag5**	**Ag5**	...

Además de [illegible] de impedir el enroque, este alfil ejer[illegible] ejerce un total dominio sobre las [illegible] las casillas debilitadas del campo ene[illegible] enemigo.

14.	...	...	**Tc8**
15.	**Cd4!**	**Cd4!**	...

Excelente pu[illegible]te puesto para el caballo. Queda tam[illegible] también así anulada la amenaza Tc4-T[illegible]Tc4-Te4+. Si ahora 15. ..., Tc4, seguir [illegible]eguiría 16. De3, Ta4; 17. Tb1, T×a3; 1[illegible]3; 18. Cb5 con ataque de las blancas[illegible]ncas.

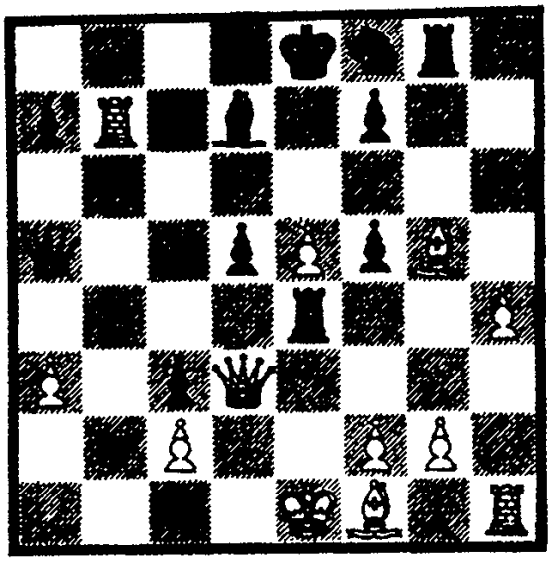
15.	...	...	**Cf5**
16.	**Tb1!**	**Tb1!**	...

Las negras [illegible]gras han reiterado la amenaza Tc4. [illegible]c4. La jugada del blanco prepara la [illegible] la combinación que va a seguir. [illegible]r.

16.	...	...	**Tc4**
17.	**C×f[illegible]**	**C×f5**	**e×f5**
18.	**T×b[illegible]**	**T×b7**	**Te4+**

Tampoco se [illegible] se salvan las negras mediante 18. ...[illegible]8. ..., T×g5; 19. h×g5, [illegible]e4+ a causa [illegible]ausa de 20. Ae2, Cg6; 21. Rf1 y el bl[illegible]el blanco tiene la calidad de más. [illegible]s.

Diagrama núm. 27



19.	**D×e4!!**	...	

Brillante sacrificio de dama. El rey negro ha caído en una red de mate. Todavía siguió:

19.	...	**d×e4**
20.	**Tb8+**	**Ac8**
21.	**Ab5+**	**D×b5**
22.	**T×b5**	**Ce6**
23.	**Af6**	**T×g2**
24.	**h5**	**Aa6**
25.	**h6!**	abandonan.

En las dos partidas finales, contra Spassky y Petrosian respectivamente, no hay efectos exteriores ni sacrificios inesperados. El juego discurre con tranquilidad por caminos posicionales. Las negras cometen algunas inexactitudes apenas perceptibles que acaban por plantearles graves problemas. Los métodos aquí empleados para explotar los errores del adversario reflejan bien mi estilo de juego incluso en la actualidad.

V. Smyslov **B. Spassky**
Match Moscú-Leningrado, 1959

1.	**e4**	**c5**
2.	**Cf3**	**e6**
3.	**d4**	**c×d4**
4.	**C×d4**	**a6**

Antigua continuación en la Defensa Siciliana. Este sistema de apertura tomó carta de ciudadanía ya en el siglo pasado, en las partidas de los maestros (y hermanos) L. y W. Paulsen. Se caracteriza, entre otras cosas, por el desarrollo de la dama en c7 seguido del avance b5. En nuestros días, el llamado «sistema de Paulsen» goza de gran popularidad.

5. c4 ...

La tarea immediata de las blancas consiste en asegurarse el dominio del centro y la libertad de movimientos. Este plan se considera el más fuerte, dado que aún no se han encontrado para las negras métodos de defensa a toda prueba.

5. ... **Cc6**

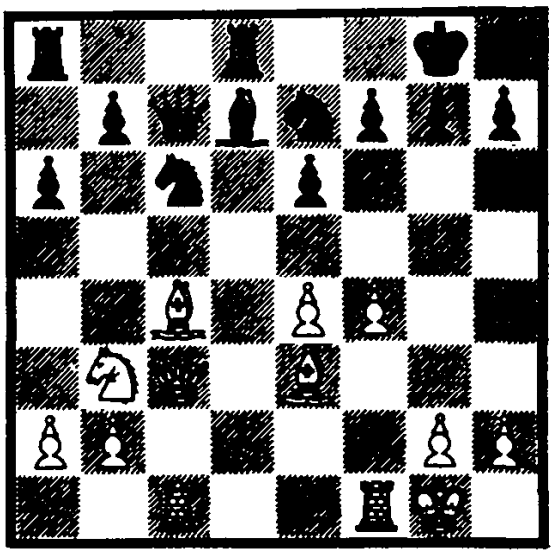
La teoría recomienda aquí 5. ..., Cf6; 6. Cc3, Ab4 con posición satisfactoria. B. Spassky se aparta de las variantes demasiado conocidas, aunque en vano, ya que no por ello logra escapar de las dificultades de apertura.

6.	**Cc3**	**Ac5**
7.	**Cb3**	**Ab4**
8.	**Ad3**	**Cg-e7**
9.	**0-0**	**0-0**
10.	**Dc2**	**A×c3**

Este cambio se realiza con la idea de 11. ..., d5, pero así se abre el juego, lo cual redunda en una superioridad más tangible del par de alfiles blancos.

11.	**D×c3**	**d5**
12.	**Ae3**	**d×c4**
13.	**A×c4**	**Dc7**
14.	**Ta-c1**	**Td8**
15.	**f4**	**Ad7**

Diagrama núm. 28



A primera vista parece que las negras han logrado llevar a feliz término su desarrollo, obteniendo una posición sólida aunque algo restringida.

16. De1! ...

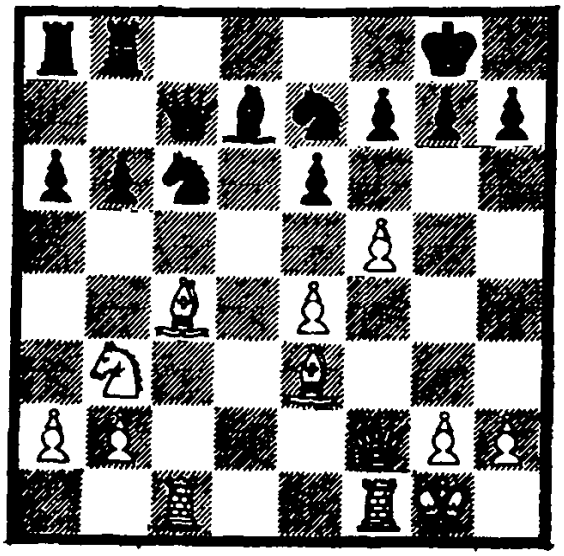
Fina maniobra posicional. El traslado de la dama blanca a f2 pone en evidencia el «talón de Aquiles» de las negras: la debilidad de su casilla b6. Sobre ellas se cierne además la amenaza f5 con la apertura de la columna f.

16. ... **b6**

No es mejor 16. ..., b5 a causa de 17. Ae2, Ae8; 18. Df2, Ta-b8; 19. Cc5 y la presión de las blancas aumenta.

17.	**Df2**	**Td-b8**
18.	**f5!**	...

Diagrama núm. 29



Comienzo de la ofensiva. Esta ruptura en el punto clave de la defensa de las negras anima considerablemente el juego. Ahora se revelan favorables las perspectivas de ataque al rey negro.

La fuerza del avance del texto se basa en la sencilla variante 18. ..., e×f5; 19. Af4 ganando la calidad, ya que no es posible 19. ..., Ce5 a causa de 20. A×f7+. Aprovechándose de que las piezas negras están todas ellas concentradas en el flanco de dama, el blanco pasa ahora al ataque directo al rey. He aquí un buen ejemplo de juego estratégico en ambos flancos a la vez.

18.	...	**Dc8**
19.	**Cd4**	...

Esto es todavía más fuerte que 19. f6, Cg6; 20. f×g6.

19.	...	**C×d4**
20.	**A×d4**	**Cc6**
21.	**f×e6**	**A×e6**
22.	**A×e6**	abandonan.

En efecto, si 22. ..., D×e6, decide 23. T×c6, D×c6; 24. D×f7+ y mate a la siguiente jugada.

V. Smyslov **T. Petrosian**
Campeonato de Moscú por equipos, 1967.

1.	**d4**	**Cf6**
2.	**c4**	**e6**
3.	**g3**	**Ab4+**
4.	**Cd2**	...

En esta variante de la Apertura Catalana se juega más a menudo 4. Ad2, A×d2+; 5. D×d2, reservándose la posibilidad de desarrollar el caballo de dama por la mejor casilla c3. No obstante, yo quise aquí evitar ciertas líneas conocidas donde ya tempranamente se manifiesta una tendencia a la simplificación.

4.	...	**c5**
5.	**d×c5**	**A×c5**
6.	**Ag2**	**Cc6**

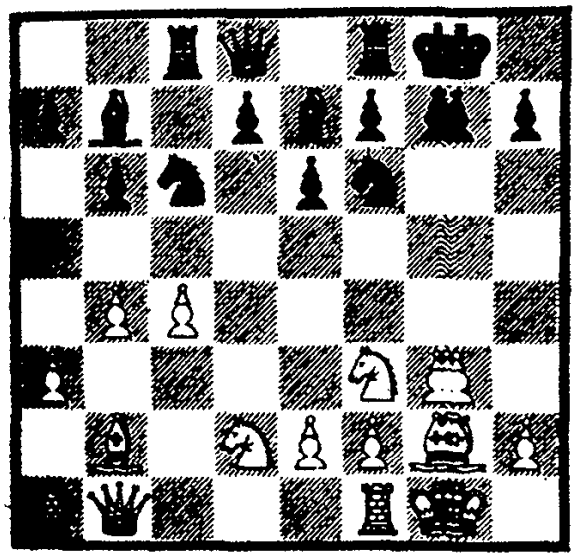
Ahora y en la siguiente jugada no es bueno el sacrificio 6. ..., A×f2+; 7. R×f2, Cg4+; 8. Re1, Ce3, ya que después de 9. Db3, C×g2+; 10. Rf2 se pierde el caballo de g2.

7.	**Cg-f3**	**b6**
8.	**0-0**	**Ab7**
9.	**a3**	**0-0**

A 9. ..., a5 seguiría 10O. Cb3, Ae7; 11. Af4 y las negras quedan retrasadas en el desarrollo. Por eso toleran la actividad del blanco en el flanco de dama.

10.	**b4**	**Ae7**
11.	**Ab2**	**Tc8**
12.	**Db1!**	...

Diagrama núm. 30



Esta típica maniobra de dama permite a las blancas conservar la iniciativa de la apertura. Ahora 12. ..., a5 se refutaría mediante 13. Cg5, g6; 14. b5 ganando una pieza.

12.	...	**h6**
13.	**Td1**	**Dc7**
14.	**Ce4**	**C×e4**
15.	**D×e4**	**f5**
16.	**Dd3**	**Tc-d8**
17.	**Ta-c1**	**d6**
18.	**Db3**	**Rh7**
19.	**c5!**	**d×c5**
20.	**D×e6**	**Dc8!**

Una buena maniobra defensiva. Ahora no reporta ninguna ventaja a las blancas el final que resultaría de 21. D×c8, A×c8. Por eso prefieren conservar la dama.

21.	**Db3**	**T×d1**
22.	**D×d1**	**c×b4?**

Este cambio de peones acarrea serias dificultades a las negras. Era mejor continuar 22. ..., De6; 23. b×c5, A×c5; 24. e3, Ca5 con buenas posibilidades de defensa.

23.	**a×b4**	**Td8**

A 23. ..., A×b4 seguiría 24. T×c6!, A×c6; 25. Dd4 con doble ataque.

24.	**Db3**	**A×b4**
25.	**Ch4!**	...

Fuerza un rápido desenlace. Se amenaza 26. A×c6 seguido de 27. D×b4.

25.	...	**Af8**
26.	**Ah3**	abandonan.

El punto f5 no puede ser defendido.

LA CONFESIÓN DE UN «CALCULADOR»

M. M. Tal
Ex campeón del mundo

[En esta «confesión», el gran maestro Mikhail Tal, ex campeón del mundo, nos habla de los rasgos tanto psicológicos como estrictamente ajedrecísticos que caracterizan el cálculo de las combinaciones. El presente artículo se basa en una conferencia de M. Tal ante un grupo de estudiantes con quienes analizaba al mismo tiempo algunas de sus partidas.

Quienes al leer estas líneas esperen encontrar en ellas recetas prefabricadas sobre cómo calcular con exactitud una larga combinación «sobre el tablero» quedarán defraudados. Y no porque M. Tal rehúse revelar sus «secretos», sino sencillamente porque tales recetas no existen.

Como es bien sabido, el gran maestro Tal pertenece a esa categoría de ajedrecistas netamente marcados por un estilo táctico. En todo momento trata de resolver los problemas de la posición de manera concreta y, por decirlo así, «quirúrgica», ayudado por un cálculo preciso y extensivo de la operación que se trae entre manos. El propio Tal subraya irónicamente su pertenencia al gremio de ajedrecistas «calculadores».

Su artículo es interesante porque nos permite echar una ojeada a ese «laboratorio de ideas» de donde surgen las creaciones de muchos grandes jugadores.]

Todo ajedrecista de alto nivel tiene, como si dijéramos, un modo personal y característico de actuar, un estilo de juego que le es propio. Con frecuencia sucede que al final de una partida, cuando nos ponemos a analizarla con nuestro reciente adversario, nos chocan las consideraciones de cada uno de los jugadores por su diversidad respectiva, para llegar en fin de cuentas a lo mismo: el hallazgo de la continuación más fuerte.

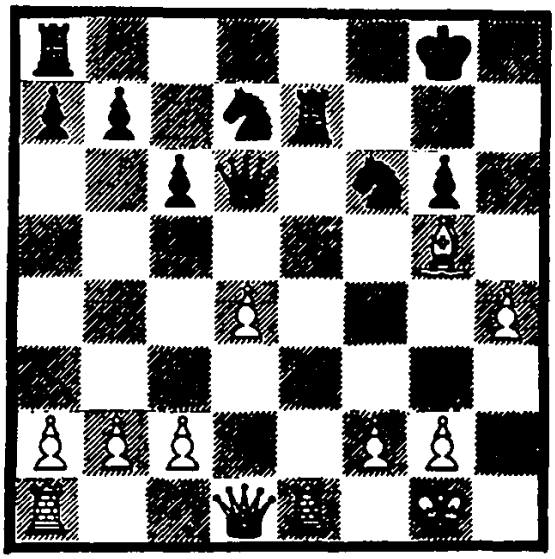
Es interesante observar, por ejemplo, cómo analizan una partida recién jugada los grandes maestros David Bronstein y Lev Polugajevski. Su análisis transcurre generalmente en silencio; ambos mueven con velocidad febril las piezas por el tablero para demostrarse el uno al otro complejísimas variantes. Estos ajedrecistas son quizá los más típicos representantes del grupo de los «calculadores», por expresarlo así. Para ellos todo es muy concreto. No aceptan ni un solo axioma sin verificación práctica, sin ilustrarlo con las más diversas variantes que el postulado posicional deberá confirmar o invalidar.

Sin embargo, existen también muchos jugadores de la misma clase excepcional que durante sus partidas dedican un tiempo relativamente breve al cálculo de variantes particulares.

El ejemplo más patente de esta segunda tendencia lo constituye sin duda Botvinnik. Parece como si tuviera siempre en sus manos la clave de cada posición. Aún recuerdo con viveza el estupor que experimenté cuando analizábamos juntos la 9.ª partida de nuestro match de 1960 para el campeonato del mundo.

En una de las variantes de la Defensa Caro-Kann hice yo entonces un interesante sacrificio de pieza, que había preparado en casa y que, después de 19 jugadas, nos llevó a la siguiente posición:

Diagrama núm. 31



Al acabarse la partida, le mostré a mi adversario una serie de variantes forzadas y, en mi opinión, muy originales. Mikhail Moiseyevich me escuchó atentamente, sólo por cortesía según me pareció, y luego dijo: «Todo eso es correcto. También yo al principio temí el sacrificio de pieza, pero después llegué a la conclusión de que en ese caso me bastaba con cambiar torres, conservando la dama».

Quedé estupefacto ante el comentario. ¡Esa evaluación posicional era demasiado abstracta! Pero más adelante, mientras proseguíamos el análisis, empecé a darme cuenta con espanto de que Botvinnik estaba absolutamente

en lo cierto. Si yo no hubiera logrado cambiar las damas, los peones blancos de ventaja habrían sido bastante más fuertes que el caballo de mi rival; por el contrario, la dama negra y el caballo, uniendo sus fuerzas, podían crear peligrosas amenazas contra el rey blanco, como de hecho sucedió.

Naturalmente, uno no puede, ni mucho menos, contentarse siempre con un enfoque tan general de la posición, como tampoco es posible atender durante el juego sólo el cálculo de variantes concretas.

Bronstein, Polugaievski y... Tal —¡yo también pertenezco al «sindicato de calculadores»— interrumpen sus «cuentas» de vez en cuando ante cualquier posición para evaluarla. Y, lo mismo que Botvinnik, gracias a esto han ganado muchas partidas, y otras gracias a un cálculo preciso y exhaustivo.

Por desgracia (¿o quizá por suerte?), no existe ningún jugador que guarde un absoluto equilibrio entre los «cálculos» y la evaluación general de la posición.

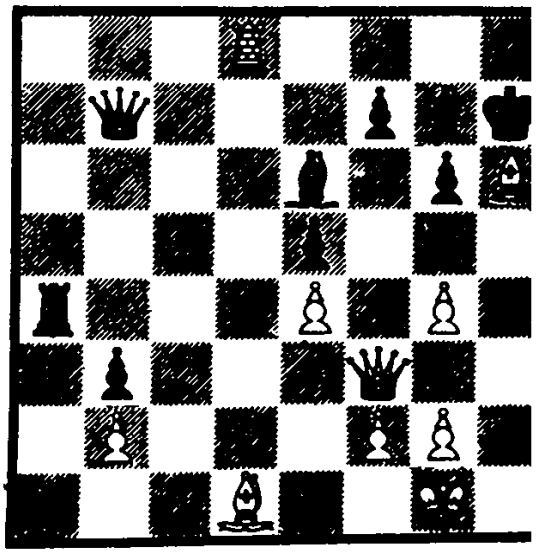
Podría aducir aquí no pocos ejemplos de partidas mías o de mis colegas donde la atención exclusiva a una de esas dos partes integrantes del ajedrez ha sido causa de trágicos fracasos.

Durante el 34.° campeonato de la URSS, en Tiflis, el ex campeón del mundo V. Smyslov obtuvo en casi todas sus partidas, allá por las jugadas 25-30, una superioridad posicional considerable, si no decisiva, pese a que a sus adversarios no habían cometido errores patentes. Sin embargo, acabó con sólo cuatro victorias. Esto tiene una explicación: llegado el momento de hacer valer la ventaja adquirida, no es posible eludir el cálculo concreto de variantes. Ahora bien, Smyslov siempre formó parte del grupo de ajedrecistas que dan neta preferencia a la evaluación general de la posición (y en aquel torneo ni siquiera para esto se encontraba en su mejor forma).

Recuerdo que en algunas de mis partidas con Smyslov, al verme en situación desesperada, no me quedaba más remedio que arriesgar el todo por el todo lanzándome a operaciones tácticas claramente incorrectas. Y, con gran asombro por mi parte, a menudo tenían éxito.

A su vez otros muchos jugadores se apresuraron a incluir en su panoplia esta arma psicológica. Gipslis, por ejemplo, jugando con las blancas una partida contra Smyslov y hallándose en una posición difícil, sacrificó inesperadamente una pieza. **34. A×h6!?**

Diagrama núm. 32



Los ajedrecistas que presenciaban esta partida cayeron en se-

guida en la cuenta de que, capturando el alfil (34. ..., R×h6; 35. Dh3+, Rg5), las negras quedaban con una sólida pieza de más, aunque al rey le costaría trabajo evitar el jaque perpetuo. Debo admitir que yo estaba completamente seguro de que Smyslov no tomaría el alfil, prefiriendo alguna otra continuación. ¿Por qué? Porque no se fía del cálculo de variantes concretas. Y, de hecho, Smyslov jugó aquí 34. ..., D×e4, con lo que renunció prácticamente a toda esperanza de ganar la partida. Al poco se levantó, vino hacia mí y me dijo: «Seguro que usted no habría dudado en tomar el alfil. También yo he visto que eso gana, pero me ha parecido que podía correr ciertos peligros».

Presento ahora unos cuantos fragmentos de partidas mías para mostrar cómo razona el ajedrecista durante el proceso concreto, y a veces fatigoso, que constituye el cálculo de variantes. He elegido aposta partidas jugadas por mí porque así me resulta mucho más fácil, como es comprensible, seguir el hilo del pensamiento matizándolo al máximo. En cambio, el análisis de ese proceso será mayormente bilateral, ya que después de las partidas solía comentarlas con mis rivales y así puedo también, hasta cierto punto, hablar en su nombre.

M. Tal — Brinck-Klaussen
17.ª olimpíada,
La Habana, 1966

La prehistoria de esta partida es bastante curiosa. En ella tuve que sostener un duelo contra mí mismo, pues la apertura era idéntica a la que había jugado ya en 1956 contra Lev Polugajevski en una de las semifinales del campeonato de la URSS, pero con los colores cambiados. En la partida contra el danés yo llevaba las blancas.

1.	Cf3	Cf6
2.	c4	c5
3.	Cc3	Cc6
4.	e3	e6
5.	d4	d5
6.	a3	c×d4
7.	e×d4	Ae7
8.	Ad3	0-0
9.	0-0	d×c4
10.	A×c4	b6

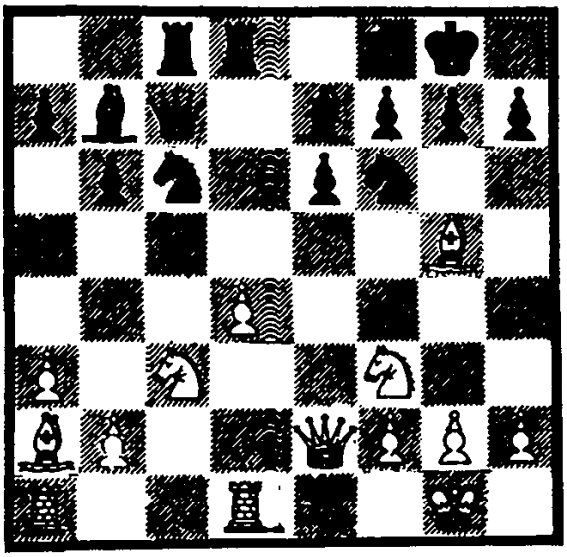
A esta misma posición, con algún ligero cambio en el orden de jugadas, habíamos llegado Polugajevski y yo en la partida a que antes me refería. Él la condujo muy bien entonces hasta encontrarse en una situación victoriosa. En la presente ocasión no me hacía mucha gracia recurrir al «plagio», pero, contando con la silenciosa complicidad de mis compañeros de equipo, acabé por adoptar la línea de juego empleada por Polugajevski contra mí.

11.	Dd3	Ab7
12.	Td1	Tc8
13.	Aa2	Dc7
14.	Ag5	Tf-d8
15.	De2	...

(Véase diagrama núm. 33)

A raíz de esta jugada mi adversario reflexionó largamente, y durante todo ese tiempo yo estaba en ascuas. Habían transcurri-

Diagrama núm. 33



do diez años desde mi partida con Polugajevski, sin que yo volviera nunca a analizarla. Ahora me hacía falta recordar las variantes que Polugajevski y yo habíamos examinado juntos. Mi angustia era terrible: ¿y si no habían resistido a la prueba del tiempo? Me acordaba de que, en 1956, la única jugada que me parecía relativamente normal y hasta atrayente era la activa 15. ..., Cg4 con la inmediata y concreta amenaza 16. ..., C×d4.

Así había yo continuado, en el total convencimiento de que en esta posición no era posible otra cosa, pues a todas luces las blancas preparan el avance d5 y hay que impedirlo cueste lo que cueste.

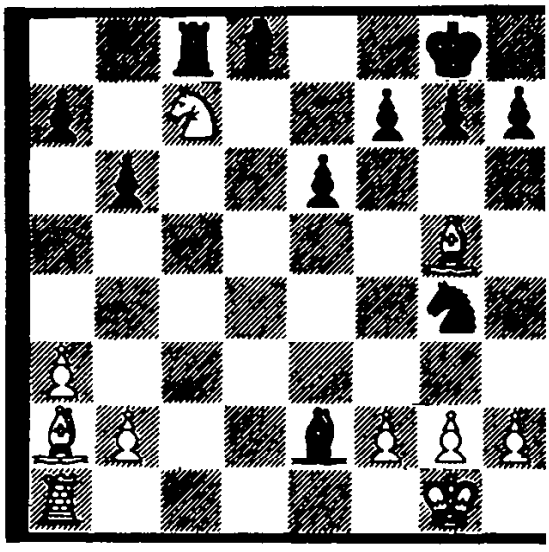
La continuación 15. ..., Cd5 llevaría, como ya en aquel entonces me lo pareció, a una posición sin esperanza para las negras después de 16. C×d5. Esto, naturalmente, sería el tributo de un ardor superfluo, y así lo sigo creyendo. En tal caso el negro tendría que hacerse a la idea de cargar durante el resto de la partida con el peso de una defensa difícilísima. Mientras aguardaba la respuesta de Brinck-Klausse —quien, dicho sea de paso, era bastante joven— me persuadí de que no haría esa jugada y de que tampoco podía pasarle inadvertida, por complicada que fuese, la réplica 15. ..., Cg4.

Veamos ahora qué había ocurrido en la partida Polugajevski-Tal (Tiflis, 1956): **15. ..., Cg4.**

Las negras no temen la captura 16. A×e6 a causa del contragolpe 16. ..., C×d4! Polugajevski halló aquí, sobre la marcha, una interesante posibilidad que puso en tela de juicio la jugada que yo acababa de efectuar. Él siguió **16. Cb5!**

De mis anteriores cálculos había yo deducido que esto no era posible en razón de 16. ..., C×d4, pero ante el hecho consumado me di cuenta de que entonces la partida continuaría 17. T×d4, A×f3; 18. C×c7, A×e2; 19. T×d8+, A×d8, llegando a la siguiente posición:

Diagrama núm. 34



Después de verificarlo todo bien, me convencí de que la idea de Polugajevski era enteramente justa, pues las blancas logran así un final muy ventajoso. Cierto que las negras parecen salir de la refriega con un peón de más, pero en este preciso momento el blanco les asesta el golpe táctico 20. C×e6!

Prosiguiendo esta variante, queda claro que después de 20. ..., A×g5; 21. C×g5, Ce5; 22. f4, h6; 23. f×e5, h×g5; 24. e6, las blancas gozan de una indiscutible superioridad. Alguien objetará que con 24. ..., Ac4 el negro se libra de todas sus dificultades. ¡De ningún modo! En ese caso las blancas ganarían inmediatamente por medio de 25. e7!, A×a2; 26. Td1.

Al acabarse la partida, ambos adversarios pudimos comprobar que los dos habíamos previsto esta misma posición en nuestros cálculos. Así se comprende por qué Polugajevski jugó 16. Cb5 y por qué yo no respondí ni 16. ..., C×d4, ni 16. ..., Db8. A esto último hubiera podido seguir con ventaja 17. A×e6!

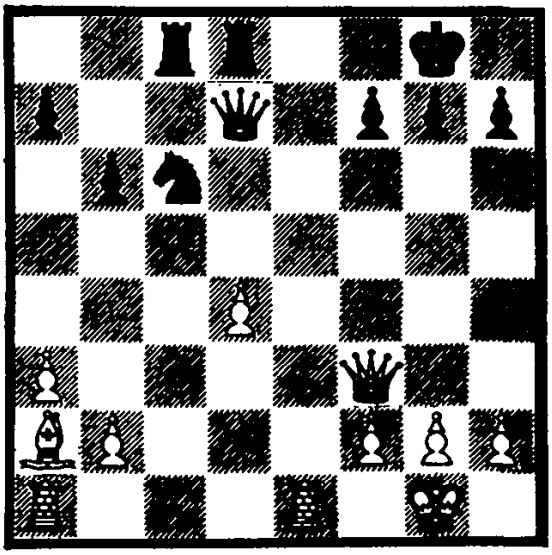
Los acontecimientos ulteriores no son menos interesantes. Después de 16. Cb5, las negras adoptaron la bonita réplica **16. ..., Aa6.** Ahora es obvio que la inmediata captura de la dama resulta mala, y entretanto el negro tiene la intención de cambiar las piezas enemigas más activamente situadas.

La continuación de Polugajevski fue tan brillante como fuerte.

¡Me agrada ese sentimiento particular que nace de ver una celada tendida por el adversario! En tales casos trato de descubrir sus redes cuidadosamente disimuladas, para dar luego con alguna respuesta o solución sorprendente que lo trastrueque todo de pies a cabeza. En esta ocasión Polugajevski, sencillamente, me ganó por la mano en los «cálculos».

17.	**D×e6!**	**A×b5**
18.	**D×g4**	**Ae2**
19.	**A×e7**	**D×e7**
20.	**Te1**	**A×f3**
21.	**D×f3**	**Dd7**

Diagrama núm. 35



He aquí la posición pretendida por ambos contendientes. A mí me parecía que las negras no tenían ya nada que temer, pues atacan el peón blanco y la única defensa de este último consiste en adelantarlo, a raíz de lo cual las blancas pierden la calidad.

22.	**d5**	**Cd4**
23.	**Dd3**	**Cc2**
24.	**Ab1**	...

Ahora se ve claramente la idea del blanco. Las negras están obligadas a capturar la torre de e1.

24.	...	**C×e1**
25.	**D×h7+**	**Rf8**
26.	**Af5**	

En el dédalo de variantes calculadas creía yo ver que ahora ganan las negras respondiendo simplemente 26. ..., De8, después de lo cual no sería posible 27. Dh8+, Re7; 28. T×e1+, Rd6; 29. T×e8? por quedar indefensa la primera fila de las blancas. El negro conservaría tranquilamente la calidad. Pero... ¡horror!, a las blancas nada les apremia. De pronto caí en la cuenta de que con la sencilla jugada 27. A×c8! ganaban inmediatamente la partida.

Tuve, por tanto, que continuar **26. ..., D×d5; 27. T×e1, f6; 28. A×c8, T×c8,** quedando con un peón de menos. El resto no ofrece especial interés.

Volvamos ahora a La Habana, es decir, a mi partida contra Brinck-Klaussen: las digresiones que preceden ayudan a comprender mi agitación mientras esperaba la 15.ª jugada del danés.

Cuando Brinck-Klaussen, renunciando a 15. ..., Cg4, escogió en su lugar

15. ... Cd5

me persuadí una vez más de que el valor que yo había atribuido a esa continuación diez años antes no debía de corresponder con la realidad, aunque las blancas logran una tangible ventaja posicional.

Después del juego le pregunté a Brinck-Klaussen por qué no había continuado activamente 15. ..., Cg4. Me dijo que le desagradaba la réplica 16. g3!? ¡El caso es que a mí ni siquiera se me había ocurido tal posibilidad, ya que le despeja la diagonal al alfil de dama negro!

La partida siguió:

16.	**C×d5**	**e×d5**
17.	**Dd3**	**Dd6**
18.	**A×e7**	**C×e7**
19.	**Te1**	**Cg6**
20.	**g3**	**Df6**
21.	**h4**	**Te8**
22.	**T×e8+**	**T×e8**
23.	**h5**	**Cf8**
24.	**Ce5**	**Dg5**
25.	**Df3**	**f6**

Las blancas, en las maniobras que siguen, tratan de explotar la circunstancia de que el alfil negro no toma parte activa en la batalla.

26. Cc4! ...

Toda la ventaja desaparecería después de 26. A×d5+, A×d5; 27. D×d5+, Te6! 28. Dd8, D×h5.

26.	...	**Td8**
27.	**Te1**	**Ac8**
28.	**Ce3**	**Ae6**
29.	**Tc1**	**Af7**

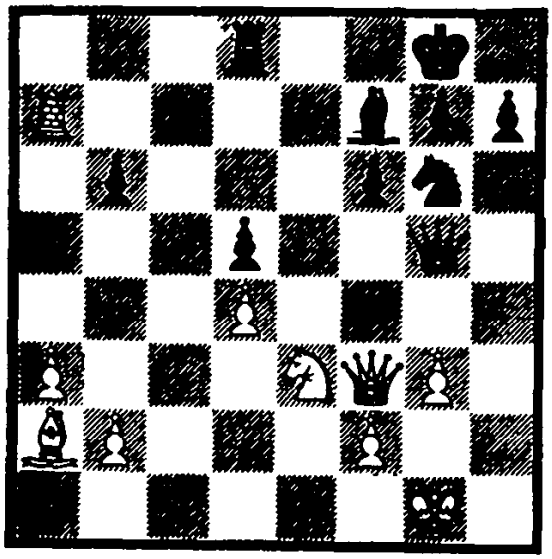
Aquí siguió una pequeña maniobra táctica para debilitar un tanto la posición de las negras.

30.	**h6**	**D×h6**
31.	**Tc7**	**Dg5**
32.	**T×a7**	**Cg6?**

El error decisivo. Era indispensable jugar 32. ..., h5!, después de lo cual yo no veía ningún modo forzado de mejorar mi posición, y, salvo encontrar algo más útil, pensaba proseguir 33. Rh2.

Ahora bien, mi adversario se hallaba ya en apuros de tiempo. Para las jugadas restantes, hasta el control, le quedaban siete minutos, mientras yo disponía de veinte. Era claro que la ventaja estaba de mi parte.

Diagrama núm. 36

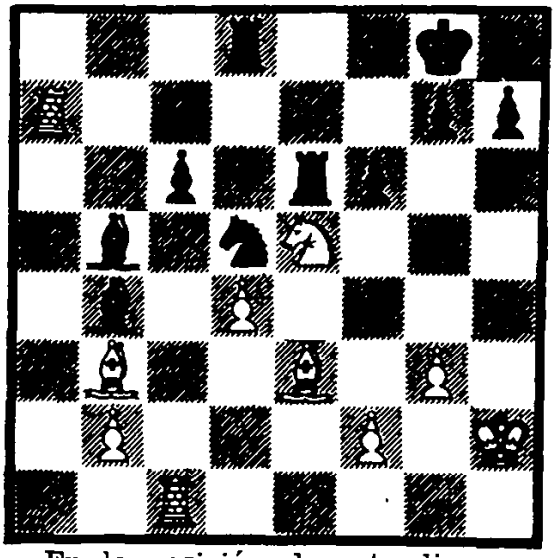


¿Cómo han de jugar ahora las blancas? Salta a la vista que el peón d5 está sólidamente defendido.

No hace mucho cayó en mis manos el resumen de unas conferencias dadas por D. Bronstein en la Universidad de Moscú a propósito de las combinaciones. Según Bronstein, la mayoría de éstas tienen su origen en partidas jugadas bastante tiempo atrás. En realidad, todo ajedrecista debe aceptar el hecho de que cualesquiera temas combinativos, tanto tácticos como estratégicos, cobran vida merced a recuerdos procedentes de partidas anteriores.

Y aquí, en mi partida contra Brinck-Klaussen, una vez más, actuó la asociación de ideas. Me acordé de la primera partida de mi encuentro con Boris Spassky en 1965.

Diagrama núm. 37



En la posición de este diagrama jugué yo entonces 28. C×c6, para responder a 28. ..., T×c6 con 29. Ta8!, aunque un análisis posterior mostró que ese sacrificio de pieza no era la mejor solución del problema planteado. A mí me atrajo por su carácter pintoresco. Las blancas, a decir verdad, no sacaron gran cosa en limpio después de 28. ..., A×c6; 29. Ta6, Rf8; 30. Ta×c6.

Volvamos ahora a mi partida con Brinck-Klaussen. Se daban aquí los elementos de una asociación visual con la posición que acabo de mencionar. No cabe duda de que así nacen también algunas combinaciones. Siguió:

33. C×d5! **A×d5**
34. Ta8! ...

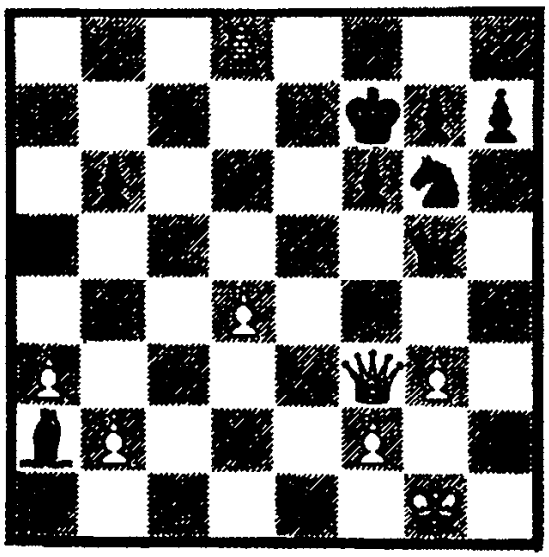
El mismo tema que en la partida con Spassky dio a las blancas una relativa ventaja es, en este caso, el motivo central de

una combinación claramente ganadora.

Esta combinación, iniciada con 33. C×d5, no la calculé en todos sus detalles hasta el fin. Al decidirme a jugar así me limité a prever «de prisa y corriendo» la variante ganadora en cada caso, teniendo necesariamente que corregirla después, ¡cosa que ocurre muchas veces, quieras que no, en los campeonatos por equipos!

34.	...	**A×a2**
35.	**T×d8+**	**Rf7**

Diagrama núm. 38



Aquí proseguía yo mentalmente 36. Db7+, Ce7; 37. Td7, f5; 38. d5, etc., interrumpiendo en este punto mis cálculos persuadido como estaba de que las negras no tenían defensa contra la amenaza 39. d6.

Pero al jugar mi adversario 35. ..., Rf7 me percaté de que la variante prevista por mí seguía un camino equivocado, ya que, faltando el caballo blanco, el alfil de las negras se hacía el amo de la situación: después de 38. d5, Re8!, las blancas no pueden ya continuar 39. d6 debido a 39. ..., Dc1+; 40. Rh2 (no es posible 40. Rg2? a causa de 40. ..., Ad5+), Dh6+ y tablas por jaque perpetuo.

Afortunadamente, esta circunstancia no dio al traste con mi convencimiento de que debía existir para las blancas una forma de ganar.

Y de hecho hallé, por fin, un camino forzado hacia la victoria:

36.	**Dc6!**	**Ce7**
37.	**De8+**	**Re6**
38.	**Tc8**	...

Ahora es muy difícil para las negras detener la amenaza 39. Tc6+. Además, y sobre todo, quedan privadas del jaque salvador en c1.

38.	...	**Dd5**

A 38. ..., Ad5 seguiría 39. Tc7, f5; 40. Dd7+ y las blancas ganan. Después de la jugada del texto, las piezas negras han quedado muy mal conectadas entre sí.

39.	**Tc3**	**Dd7**
40.	**Tc3+**	**Rd6**
41.	**Db8+**	**Rc6**

Aquí se aplazó la partida. El análisis «de casa» permitió encontrar la manera más contundente de lograr el triunfo:

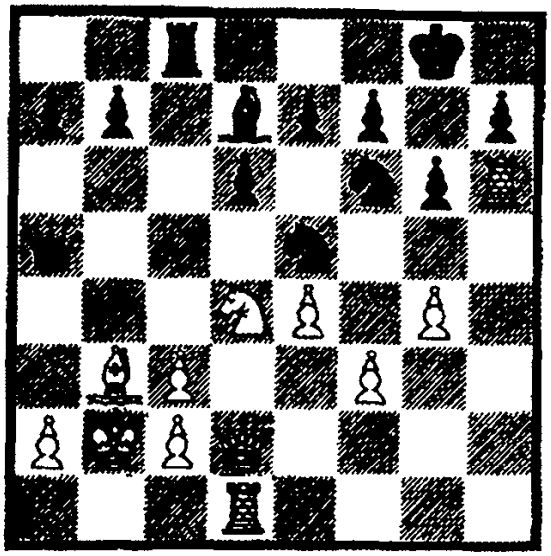
42.	**a4!**	**Cd5**
43.	**Te1**	**Dd6**
44.	**Tc1+**	**Rd7**
45.	**Dc8+**	abandonan.

A continuación mostraré algunos ejemplos en los que ambos ad-

versarios pretenden llegar a una misma posición, pero, naturalmente, cada cual la evalúa de modo distinto.

En una partida que jugué (con las blancas) contra el maestro inglés Wade, en España (torneo internacional, 1966), obtuvimos la siguiente posición:

Diagrama núm. 39

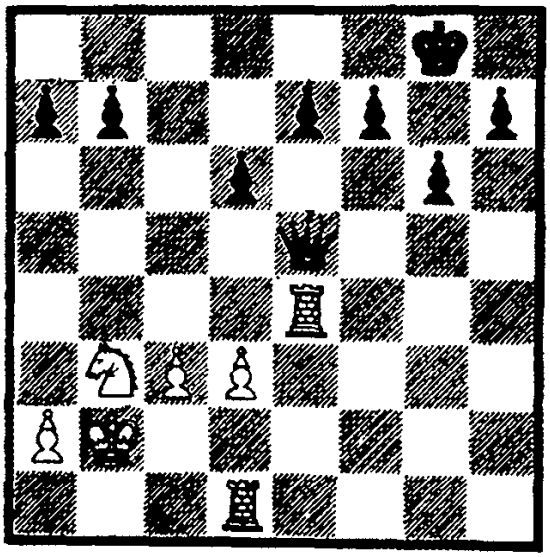


Aquí reflexionó Wade durante largo rato. A juzgar por lo que hizo, buscó llegar a una determinada posición que luego se le reveló desfavorable.

En este momento yo calculé que la continuación más fuerte era 18. ..., Cc4+!; 19. A×c4, T×c4; 20. Cb3, De5; 21. De3, A×g4; 22. f×g4. C×g4.

Mi adversario vio esa misma posibilidad, pero no estimó en su justo valor, después de 23. Dd3, la continuación 23. ..., T×e4!; 24. Th4, Cf2; 25. T×e4, C×d3+; 26. c×d3. Ahora tendríamos esta obra posición, que de ninguna manera podía yo evaluar «sobre el tablero»:

Diagrama núm. 40



Cierto que mis piezas valen mucho más que la dama negra, pero mi rival me supera ampliamente en peones y, si comienza a adelantarlos en masa, las piezas blancas quedarán arrolladas.

Wade no jugó 18. ..., Cc4+, sino **18. ..., b5**, que le sedujo porque así las negras fuerzan la apertura de la columna b. ¡Lo malo es que nunca pudieron explotar esa columna abierta!

19. Td-h1 Cc4+

Ahora no era posible 19. ..., C×f3; 20. C×f3, C×e4 debido a la brillante réplica 21. T×h7!!, C×d2; 22. Th8+, Rg7; 23. T1-h7+, Rf6; 24. T×f7++.

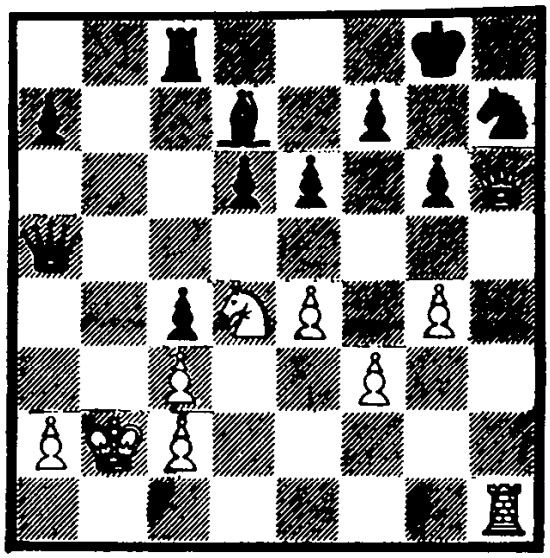
20. A×c4 b×c4
21. T×h7! ...

Con toda evidencia, mi oponente había considerado esta posibilidad, pero juzgando que la posición resultante le era ventajosa. ¿Dónde estaba su equivocación?

21. ... C×h7
22. Dh6 e6?

Esto hace ya perder la partida. Se imponía 22. ..., De5.

Diagrama núm. 41



Al ver que Wade había jugado rápidamente 22. ..., e6 me persuadí de que contaba con la respuesta automática 23. D×h7+, Rf8; 24. Dh8+, Re7, después de lo cual las negras están mejor.

Pero la idea combinativa de las blancas se basaba precisamente en que no es obligatorio capturar de inmediato el caballo negro, por lo demás condenado a perecer. Se les ofrece la posibilidad de reforzar tranquilamente su posición en el flanco de rey adelantando el peón f3. Esto es lo que no tuvo en cuenta mi adversario.

23. f4! e5

A 23. ..., Tb8+ seguiría 24. Rc1 y a las negras no les serviría de nada jugar D×c3.

24. f5! ...

Ahora ya está lista la red de mate. Las blancas amenazan una victoria forzada y el negro no tiene tiempo de capturar el caballo.

Wade continuó **24. ..., Ae8**, despejándole a su rey la casilla d7, pero después de **25. Ce6!** tuvo que rendirse. ¡Una jugada «tranquila» decidió inmediatamente el resultado de la lucha!

En este ejemplo hemos podido confrontar dos «cálculos» paralelos.

EL MATCH DE BAGUÍO

A. E. Karpov
Campeón del mundo

Cualquier match para el campeonato del mundo reclama de un jugador todas sus fuerzas físicas y morales. El encuentro de Baguío no constituyó una excepción a esta regla.

Mi tarea había de resultar dura. El curso de los acontecimientos se reveló dramático, incluso trágico a veces... pese a su final feliz. Tuve que pasar cuatro meses (menos dos días) lejos de casa y aguantar mucho. ¡La victoria no fue fácil!

Ya antes del match había yo dicho que Korchnoi era un fuerte jugador y que mi combate con él no tendría nada de «paseo triunfal». Esto quedó bien confirmado durante el encuentro, así como el poco respeto que suscita la personalidad del aspirante. Su comportamiento fue incorrecto, lo mismo que en 1974.

Con ocasión de la rueda de prensa organizada, antes del comienzo del match, en la tórrida Manila, indiqué que Korchnoi era un adversario difícil. Había jugado bien en los torneos de candidatos y logrado merecidos triunfos contra Polugajevski y Spassky. Cierto que no le fue tan sencillo vencer a Petrosian; sólo a un error totalmente incomprensible del ex campeón mundial se debió la derrota de éste.

Me preparé largamente para el match de Baguío. Sin embargo, he de hacer notar que el entrenamiento de un campeón del mundo para disputar el título máximo es casi siempre inferior al del aspirante. Recuérdese cómo Botvinnik no ganó ni uno solo de estos encuentros siendo él el campeón, y sí en cambio los de desquite. Ello tiene su explicación.

Antes del duelo supremo que acontece una vez cada tres años, el campeón del mundo no participa en los encuentros intermedios oficialmente instituidos para determinar quién ha de ser el aspirante, y por eso le es difícil mantenerse en la debida for-

ma deportiva. Desde luego, yo intervine en grandes torneos internacionales, pero ¿pueden éstos compararse con la batalla personal que uno libra en los matches contra los más fuertes ajedrecistas del mundo? En cambio, los candidatos adquieren el necesario temple en tales encuentros.

Así, al faltarme ese entrenamiento no pude ir a Baguio en plena forma ajedrecística como deseaba. Comprendí que, por lo menos al principio, debía seguir el ritmo de mi adversario, adaptarme a él, resistir a sus embestidas.

Las primeras rondas disiparon ya cualquier duda que hubiera podido existir al respecto: era claro que el aspirante se encontraba en buena forma deportiva. En especial se le daba bien el juego con las blancas. A pesar de todo, logré sostenerme en posiciones difíciles gracias al hallazgo de algunos inesperados recursos defensivos. Y aunque en estas primeras partidas pasé con frecuencia por situaciones delicadas, todas acabaron en tablas.

Korchnoi encontró nuevas continuaciones para las negras en la variante abierta de la Apertura Española y, hablando con franqueza, me privó de la ventaja de la salida en la segunda y cuarta partidas. Tampoco en la sexta obtuve nada sustancial.

La línea de juego adoptada por el aspirante me cogió hasta cierto punto por sorpresa y no me resultó fácil dar con el modo correcto de lucha para conseguir quedar mejor en la fase inicial de la partida.

Mi postura no era muy agradable: con las blancas no lograba nada y con las negras tenía que soportar cierta presión. Afortunadamente me fue posible hacer tablas en la tercera partida, en la quinta (¡un verdadero martirio!) y en la séptima.

La quinta partida merece que nos detengamos un poco en ella. Al principio todo transcurrió con normalidad; luego perdí un peón. Llegó el aplazamiento y anoté mi jugada 41. Mis entrenadores y yo pensábamos que la partida había de acabar en tablas, pero en nuestro análisis existía un «agujero» y el aspirante lo descubrió. Verdad es que, para encontrar una fuerte réplica, consumió casi todo su tiempo disponible. Le quedaron por hacer doce jugadas en minuto y medio. Dado que conservaba definitivamente su peón de ventaja, la alternativa para mí era clara: o resignarme a una derrota lenta, pero segura, o arriesgar el todo por el todo. Me decidí por esto último y... avancé con el rey. Mi adversario se desconcertó. En la nueva posición me podía dar mate en cuatro jugadas, pero debido a sus graves apuros de reloj se le pasó por alto esa evidente continuación, y con ella el modo de ganar. Siguió teniendo un peón de más, pero mi activo rey compensaba esa diferencia de material, por lo que las tablas eran ya prácticamente un hecho. En aquel momento yo estaba también muy agitado: ¡me acababa de librar del mate por los pelos! Ebrio de alegría jugué y... cometí dos errores seguidos. Aún eran posibles las tablas, pero no tan fáciles como antes. En la posición resultante dos peones míos luchaban contra un peón y el al-

fil de mi rival. Con un solo peón por mi parte, la nulidad no habría ofrecido problemas. ¡Se daba el caso paradójico en que un peón propio es más un estorbo que una ventaja! La partida se aplazó nuevamente.

Y he aquí que descubrí un curioso detalle. Al analizar a fondo la correlación de fuerzas en aquel final bien conocido por la teoría, acerté a dar con una nueva posición de tablas, por lo que el resultado del juego quedó ya decidido.

La séptima partida puso de manifiesto que, en mi preparación para el encuentro, no había yo quizás escogido la mejor táctica. Fiado en la experiencia del match de 1974, pensé que, como entonces, superaría a Korchnoi en las posiciones sencillas de carácter más bien técnico y que, por tanto, debía evitar las variantes complicadas o poco claras. Sin embargo, la quinta partida, y especialmente la séptima, mostraron que se habían vuelto las tornas, como no es de extrañar, y yo no acababa de explicarme por qué el aspirante obtenía ventaja en las posiciones técnicas y le iba peor en las complicadas. En otras palabras, aquel match, desde el punto de vista de la creación, era el polo opuesto del que habíamos jugado en 1974. Tal vez había yo adquirido desde entonces algunas nuevas cualidades y perdido otras... Esto es natural: no se puede ganar en todos los frentes.

Lo cierto es que, en el ínterin entre ambos encuentros, habíamos ido por distintos caminos: Korchnoi venía mejor preparado técnicamente, y yo quizá le superaba ahora un poco en inventiva. En todo caso, a juzgar por el desarrollo de la primera fase del match se imponía para mí un cambio de táctica: era preciso llevar la lucha por vías intrincadas y combinativas.

En la 8.ª partida, Korchnoi, jugando con las negras, introdujo una «novedad» dudosa. Considerando la posición, vi la posibilidad de un prometedor sacrificio de peón. Reflexioné veinte minutos y al fin adopté esta aguda continuación. Mi adversario aceptó el ofrecimiento, fue víctima de un ataque arrollador y su rey acabó por recibir mate.

Ello, supongo, debió de hacer profunda mella en el aspirante. ¡De los últimos años no recuerdo ni un solo caso en que le sacrificaran un peón ya en la apertura y luego le dieran mate!

Evoquemos ahora la 10.ª partida. Junto con mis entrenadores, había yo preparado una interesante idea relacionada con un sacrificio de pieza. La teníamos lista ya desde mucho atrás, en la URSS. Ese «producto de laboratorio» cogió desprevenido al aspirante, costándole 40 minutos de reflexión.

Conviene decir que en este encuentro Korchnoi, al toparse con algo inesperado en la apertura, no buscaba la continuación más fuerte, sino alguna otra que, a su juicio, mis entrenadores y yo no habíamos examinado ni analizado en casa.

Y en efecto, al cabo de aquellos cuarenta minutos, mi adversario hace una jugada que, francamente, no teníamos prevista. ¡Habíamos preparado de antemano una novedad y no fuimos capaces de

prever la réplica del contrincante ni siquiera en su primer movimiento!

En suma, logré una superioridad mínima y... otra vez tablas.

En la 11.ª partida me tocaron las negras, con las que obtuve una posición aceptable. Pero en seguida ocurrió algo que no me acabo de explicar. Vi una serie de buenas continuaciones, pero no me convencieron del todo por no sentirme a gusto con la posición en general. Equivocándome de nuevo, hice una jugada anodina. Fue como una especie de eclipse. Se me pasó por alto la inesperada respuesta de mi adversario y no tardé en verme en una situación grave, hasta el punto de no poder ya evitar la derrota.

En la 13.ª partida mi adversario obtuvo una ligera ventaja de apertura. Luego se igualaron las posibilidades de ambos bandos. Entonces emprendo yo una insólita e incomprensible maniobra con mis piezas, reagrupándolas muy mal. Pero el aspirante, ya en aprietos de reloj, se pone nervioso y, en vez de lanzarse al ataque, hace un movimiento que me concede cierto respiro. La partida está ya a punto de aplazarse y... ¡mi rival emplea casi 40 minutos en considerar la jugada secreta! En esa posición hay muchas continuaciones posibles, de las cuales tres son interesantes y de valor aproximadamente igual.

¡Al día siguiente nos enteramos con asombro de que Korchnoi había solicitado un «time-out»! Como se vio después, eso fue su principal error.

Al reanudarse el juego logré desconcertar al aspirante ya en la tercera jugada, pues no se esperaba mi réplica; pensó largo rato y volvió a estar mal de tiempo, mientras a mí me quedaba más que suficiente para examinar con calma las variantes. Todo el que juega en torneos sabe que, cuando el oponente se encuentra en apuros de reloj, uno se siente tentado a mover lo más de prisa posible, para que el otro no tenga tiempo de reflexionar. Yo no lo hice así. Me tomé tranquilamente diez minutos. Aún me quedaban cuarenta, mientras mi adversario disponía sólo de minuto y medio. Su nerviosismo era patente. Cuando por fin hice mi jugada, alargó el brazo hacia un lado del tablero, luego rápidamente hacia el otro, empuñó una pieza, la movió y... su dama quedó atrapada. En resumen, gané la 13.ª partida y luego también la 14.ª, después de otro aplazamiento. La puntuación era 3-1 a mi favor.

En cierta manera todo lo anterior fue «normal» si se compara con lo que sucedió en la 17.ª partida. ¡Un rey le pone al otro en situación de mate! A mí me quedaban una torre y dos caballos contra las dos torres y tres peones del aspirante. Una vez más se encontró éste en apuros de tiempo y, en la jugada 39, no vio el mate que se le venía encima: ¡un bonito mate, casi de problema! Me parece que nunca se ha dado una cosa así en encuentros para el campeonato del mundo. Puntuación: 4-1.

Para festejar esta victoria, los propietarios del hotel donde nos hospedábamos mandaron hacer una hermosa tarta sobre la que aparecía representada, en figuras de crema y chocolate, la po-

sición final. ¡Y yo tuve que comerme, en el sentido estricto de la palabra, al rey enemigo!

A raíz de esta partida faltó poco para que el aspirante diera al traste con el match. Se fue a Manila elevando una sarta de protestas a cuál más variada: que si yo no tenía que mirarle fijamente, que si no debía hacer girar mi sillón, que si habían de instalar un tabique de cristal entre el escenario donde jugábamos y el público... Exigía que se expulsara de la sala ahora a este miembro de nuestra delegación, luego a aquel otro... por más que ninguno de ellos había violado las reglas establecidas.

Durante la permanencia del aspirante en Manila, los organizadores se esforzaron al máximo para que el encuentro pudiera acabarse en plena conformidad con el reglamento.

En el torneo de candidatos de 1974 también le había ganado a Korchnoi la 17.ª partida. Y he aquí que, cuatro años después, este momento vuelve a ser para mí el punto crucial de una misteriosa influencia. En la primera mitad de todas las partidas siguientes obtuve sistemáticamente ventaja, peo luego, hacia el final, me sentía impulsado a jugar lo más rápido posible. Comprendía, claro está, que si lograba una quinta victoria tendría ya virtualmente ganado el match. Y, por lo visto, la sensación de que el triunfo estaba ya cerca, al alcance de la mano, empezó a perjudicarme. No gané ni la 18.ª ni la 20.ª partida.

En la 22.ª conseguí una enorme superioridad, pero, como si algún demonio me hubiera poseído, intenté vencer en seguida, evitando el aplazamiento, y cometí error tras error. Ni siquiera ahora soy capaz de explicar mi juego en esta partida entre los movimientos 40 y 46. Sentía que si aplazaba la partida mi adversario se rendiría sin reanudarla; pero era como si alguien desconocido me incitara a seguir jugando: ¡adelante, un movimiento más, una combinación! Sólo en la jugada 47 vi que era necesario el aplazamiento, mas, por desgracia, mi ventaja se había ya esfumado.

Mis entrenadores y yo repasamos toda la literatura ajedrecística habida y por haber, nos rodeamos de cuanto material de referencia pudimos encontrar sobre finales, pero, por más que buscamos e indagamos, no nos fue posible dar con un camino hacia la victoria.

En la 25.ª partida, Korchnoi volvió a tener problemas con el reloj. La posición se le puso difícil en un momento dado y no halló una continuación satisfactoria. Entonces habría yo podido sencillamente capturar la dama enemiga a cambio de torre y alfil.

Sin embargo, me pareció que eso era poco en vista de mi gran ventaja posicional y de que al aspirante no le quedaban sino treinta segundos para hacer cuatro jugadas. En aquel momento pensé que, si ganaba la dama, esas cuatro jugadas serían casi automáticas y se aplazaría la partida.

Resolví pues, una vez más, lograr un triunfo inmediato, y empecé a buscar la continuación más fuerte. Mientras así razonaba no me fijé mucho en los matices de

la posición y, tras dos jugadas indiferentes, se me pasó inadvertido el contragolpe de que disponían las blancas: Korchnoi sacrificó su caballo y, hablando sinceramente, mi posición quedó hecha una lástima. ¡Otra partida que acababa en tablas!

Cuando la puntuación llegó a 5-1 todo parecía ya decidido, como quien dice, y por todas partes se oía hablar de que se terminaba el match, de que la olimpíada de Buenos Aires estaba cerca y había que pensar en ella, etc. Precisamente en aquellos momentos tan «agradables» fue cuando más empeoró mi situación.

Sí, creí demasiado pronto en la victoria, pensé que todo sería ya miel sobre hojuelas... y perdí las partidas 28, 29 y 31. El estado de cosas se tornó crítico.

¡Qué verdad es eso de «ni un día vivirás sin aprender una cosa más»! A grandes rasgos casi se repetía la situación de la final del torneo de candidatos de 1974, cuando a raíz de la 18.ª partida llevaba yo una ventaja de tres puntos y luego por poco dejo escapar la victoria. En Baguio, según parece, comenzaron a flojear mis resortes internos tan pronto como obtuve el quinto punto. Esto se explica: mi último paso se detuvo en la diferencia de tres puntos. A partir de entonces, la superioridad psicológica cambió de bando, yéndose al del aspirante.

Pero también vi claramente una cosa: ¡tenía que movilizar todas mis fuerzas y mi voluntad para conseguir la victoria!

Habían transcurrido ya más de tres meses desde el principio del match, a los que se añadían cinco de preparación en los que habíamos trabajado sin concedernos prácticamente ningún reposo. En suma, llevábamos ocho meses y medio con la vista fija en el tablero, en sus casillas, en sus piezas..., y yo, como es natural, me sentía muy cansado. De nuevo debía confiar en mis propias energías para llegar fresco al juego. Rememorando la historia de mis encuentros con el aspirante (más de 60 partidas en total), adquirí la certeza de que podía derrotarle, pues en los momentos críticos siempre había logrado hallar continuaciones que agudizaran la lucha.

Antes de la 32.ª partida, todos los miembros de nuestra delegación hicieron lo posible por apartarme del ajedrez, ayudarme a descansar y recobrar la seguridad en mí mismo. El presidente de la Federación Soviética de Ajedrez y piloto-cosmonauta V. I. Sevastianov me persuadió a que me fuera con él a Manila para ver jugar a nuestro equipo de baloncesto en el campeonato del mundo. Nadie mejor que Vitali Ivanovich sabe lo que es ese estrés, esta sobrecarga psicológica, y conoce la manera de superarlos. Gracias a aquel viaje logré descansar, distraerme y salir de la crisis. Abordé pues la partida 32 con ánimo seguro y ganas de poner fin al suplicio, listo para librar la última y decisiva batalla.

Huelga decir que también Korchnoi vino a esta partida dispuesto a luchar; es más, después de haber ganado la partida 29 declaró por televisión que habíamos llegado a una importan-

te encrucijada y que ganaría él el match.

El día señalado para reanudar el encuentro, todos los miembros de nuestra delegación, ya desde la mañana, compartían un sentimiento común: el de que esta partida sería la última. Muy agitados, nos dirigimos a la gran sala del Palacio de Congresos. Mi adversario no cayó en la cuenta de la nueva situación, no la comprendió; siguió creyendo que la mejor táctica era imponerme una lucha para la cual, según él, yo no estaba preparado.

¡Pero yo ansiaba luchar! Recordé de pronto que durante todo el match el aspirante, jugando con las negras, había tratado de rehuir el combate frontal, prefiriendo llevar las cosas por vías tranquilas. En la 32.ª partida volvían a tocarle las negras.

La posición en el tablero empezó a ponerse tensa. A partir de la jugada 15 la ventaja estaba ya de mi parte. Conseguí trasponer el juego y llevarlo de la Defensa Ufimtzev a una estructura «española», donde el aspirante se desenvuelve peor. En un momento dado puede elegir entre gran número de continuaciones, y poco a poco acerté a crear serias amenazas contra el rey negro.

Aunque el escenario donde se desarrollaba la partida quedaba bastante lejos de los espectadores, muchos de éstos observaron entonces cómo Corchnoi iba poniéndose rojo, mientras yo palidecía.

Mi ventaja era ya muy grande y sólo la precipitación podía estropearme la victoria. Casi deseaba que me atasen fuertemente las manos para no replicar de prisa a las jugadas del contrario. En aquellos instantes me repetía dentro de mí mismo: ¡no corras, no combines, sobre todo ahora... no eches a perder la victoria!

Y por fin hice la jugada 41, la última y ganadora jugada de esta partida, después de la cual se aplazó el combate.

Regresamos al hotel y allí examinamos atentamente la posición: el adversario no tenía ninguna posibilidad de salvarse. A pesar de todo, no podía quitarme de la cabeza los muchos «milagros» que se habían producido en el encuentro...

Al día siguiente el árbitro principal nos comunicó que el aspirante abandonaba la partida y el match. Sin embargo, cuatro horas después de esta comunicación, el mismo árbitro recibió una carta del aspirante donde éste venía a decirle que no podía continuar la 32.ª partida, pero que ello no significaba que abandonara el match. Cómo había que entender semejante misiva es un misterio. El aspirante envió también un telegrama análogo a Max Euwe, el presidente de la FIDE. Euwe respondió que daba el match por concluido. Poco antes, el presidente y el secretario general de la FIDE me habían felicitado por la victoria. ¡Así acabó el encuentro!

El 20 de octubre fue un día especialmente memorable para mí: a mi nombre llegó un telegrama de felicitación del secretario general del partido comunista de la Unión Soviética y presidente del Soviet Supremo de la URSS Leonid Ilich Bredznev. Todos los miembros de nuestra delegación se reunieron en el hotel para asistir a la lectura de ese telegrama,

que fue acogida con ruidosos aplausos. Me resulta difícil expresar aquí el sentimiento de gratitud que experimenté ante tan alto honor. Tanto yo como los demás ajedrecistas soviéticos estamos obligados a responder con nuevos éxitos a los cuidados de que nos hace objeto nuestro pueblo, el partido y el gobierno.

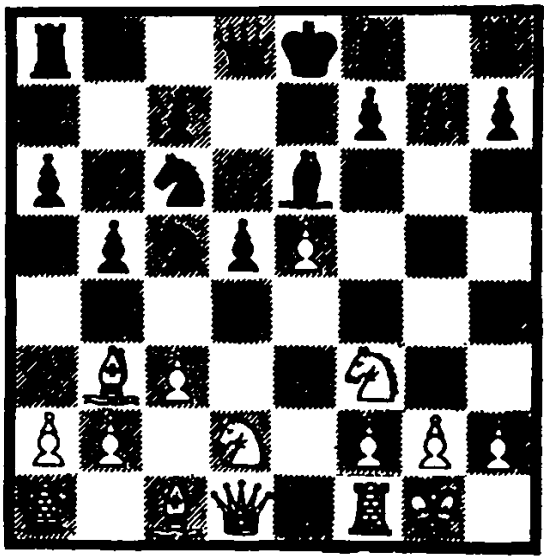
Ni yo ni mis camaradas nos sentimos un solo día o tan siquiera una sola hora en Baguío separados de nuestra patria. De allí recibíamos de continuo cartas y telegramas, a menudo también llamadas telefónicas. Varias veces pude conversar con mis parientes de Leningrado y me escribía regularmente con ellos. Los turistas soviéticos nos traían las voces de allegados y amigos grabadas en magnetófono; entre otras nos llegaron las de nuestros cosmonautas Alexandr Ivanchenkov y Vladimir Kovalenko (que me transmitieron un saludo mientras volaban sobre las Filipinas).

El congreso de la FIDE en Argentina reconoció casi por unanimidad que el encuentro para el campeonato del mundo se había desarrollado en condiciones normales y que los organizadores filipinos habían hecho todo lo posible por que así fuera. El resultado final, 6-5, era definitivo y no sujeto a ninguna revisión.

A. Karpov — V. Korchnoi
8.ª partida del match, Baguío, 1978

1.	**e4**	**e5**
2.	**Cf3**	**Cc6**
3.	**Ab5**	**a6**
4.	**Aa4**	**Cf6**
5.	**0-0**	**C×e4**
6.	**d4**	**b5**
7.	**Ab3**	**d5**
8.	**d×e5**	**Ae6**
9.	**Cb-d2**	**Cc5**
10.	**c3**	...

Diagrama núm. 42



10. ... g6?!

Esta «novedad» de las negras es dudosa. También sería malo 10. ..., C×b3?; 11. C×b3, Ae7 a causa de 12. Cf-d4, C×e5; 13. Te1, Cg6; 14. C×e6, f×e6; 15. Cd4, Cf8; 16. Dg4 con clara superioridad de las blancas (Kuzmin-Beliavski, 1.ª liga del 45.° campeonato de la URSS, 1977).

La respuesta usual en la posición del diagrama es 10. ..., d4, como se hizo ya en una partida Capablanca-Lasker (San Petersburgo, 1914). Así continuó Korchnoi en la 10.ª partida de este match, a lo que yo seguí con el interesante sacrificio de pieza 11. Cg5!

11.	**De2**	**Ag7**
12.	**Cd4!**	...

Después de reflexionar durante 20 minutos, me resolví a ofrecer el peón e5, cuya captura es prácticamente forzada, ya que a 12. ... Dd7 seguiría 13. C×c6, D×c6; 14. Cf3 con problemas para las negras. También sería difícil su posición en caso de 12. ..., C×d4; 13. c×d4, C×b3; 14. C×b3.

A veces me acuso a mí mismo de aridez, racionalidad y prudencia excesivas. No cabe duda que soy práctico, y mi juego se basa mayormente en la técnica. Procuro adoptar líneas «correctas» y nunca arriesgo tanto como, por ejemplo, B. Larsen. Con las blancas me esfuerzo, como todos, por obtener ventaja desde las primeras jugadas, y con las negras intento equilibrar cuanto antes la posición.

Aun así, entre varias decisiones posibles no me atengo ni muchísimo menos a lo más sencillo, sino a lo más congruente con las exigencias del momento. Cuando dispongo de algunas continuaciones de valor equivalente, mi elección depende sobre todo del adversario. Por ejemplo, con M. Tal prefiero ir a posiciones sencillas, en desacuerdo con sus gustos y creatividad, mientras que con T. Petrosian trato de complicar el juego. Pero si sólo veo un camino correcto, éste es el que escojo, como sucede en la presente partida. Dicho sea de paso, creo que mi estilo ha experimentado últimamente algunos cambios.

12.	**...**	**C×e5**
13.	**f4**	**Cc4**
14.	**f5**	**g×f5**
15.	**C×f5**	**Tg8**

El rey negro se ha quedado en el centro y las piezas blancas se abren paso hacia él sin especial dificultad. A 15. ..., 0-0 podría seguir 16. C×g7, R×g7; 17. C×c4, d×c4; 18. Ac2, Cd3; 19. Dh5 con ataque decisivo de las blancas.

16. C×c4 d×c4

Si 16. ..., b×c4, las blancas tendrían a su disposición la fuerte jugada 17. Ae3.

17. Ac2 Cd3

Tampoco facilita la defensa de las negras 17. ..., Dd5, a lo que el blanco respondería con ventaja 18. Ah6! Pero, en caso de 18. ..., A×h6; 19. C×h6, Tg7 las blancas obtendrían una clara superioridad mediante 20. Tf5!; si 18. ..., Af6, decide 19. Ce3!, De5; 20. Af4; y la continuación 18. ..., Ae5; 19. Ta-d1, Cd3; 20. A×d3, c×d3; 21. T×d3, Dc5+; 22. Rh1, Td8; 23. Tf-d1, T×d3; 24. D×d3, Af6 (o 24. ..., Ad6); 25. Cg7+ procura a las blancas una ventaja de material.

18. Ah6! Af8

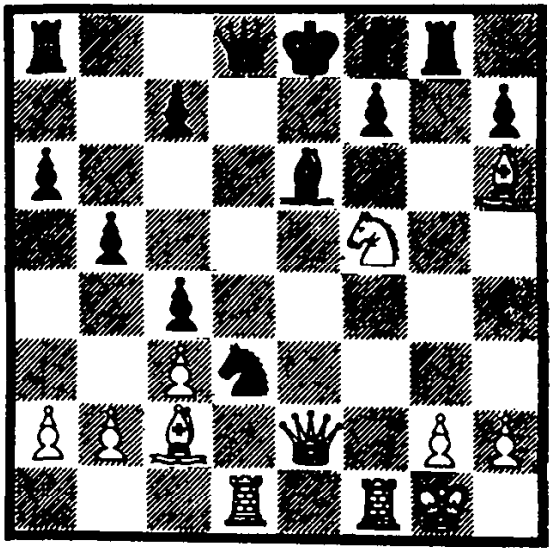
Si 18. ..., A×h6; 19. C×h6, Tg7, las blancas ganarían mediante 20. T×f7!, T×f7; 21. D×e6+, Te7; 22. Dc6+, Td7; 23. Tf1, Tb8; 24. De6+, Te7; 25. Tf8+! y mate a la siguiente jugada.

(Véase diagrama núm. 43)

19. Ta-d1 ...

Una simple ojeada a la posición basta para darse cuenta de la decisiva superioridad de las blancas. Todas sus piezas toman parte

Diagrama núm. 43



activísima en el juego, mientras el negro se halla retrasado en el desarrollo y sus fuerzas están desconectadas.

19.	...	**Dd5**
20.	**A×d3**	**c×d3**
21.	**T×d3**	**Dc6**
22.	**A×f8**	**Db6+**
23.	**Rh1**	**R×f8**
24.	**Df3**	**Te8**

Tampoco salva la partida 24. ..., Tb8, ya que seguiría 25. Ch6, Tg7; 26. Df6, c5; 27. Te1, Te8; 28. Cf5! y las blancas ganan.

25.	**Ch6**	**Tg7**
26.	**Td7!**	**Tb8**

Naturalmente, no 26. ..., A×d7?, a causa de 27. D×f7+ seguido de mate.

27.	**C×f7**	**A×d7**
28.	**Cd8+**	abandonan.

En efecto, después de 28. ..., Af5 (a cualquier jugada de rey sigue 29. Df8++); 29. D×f5+, Re7; 30. Df8+, Rd7; 31. D×g7+, las negras quedan con una pieza de menos.

Y mañana... otra vez en la brecha

Los tres años de intervalo entre el match de Baguío y el de Merano transcurrieron sin que casi me diera cuenta. Fueron tantos y tan diversos los acontecimientos —importantes e importantísimos, buenos y no tan buenos, alegres y tristes— que sencillamente no vi cómo pasaba el tiempo...

A poco de regresar de Baguío contraje matrimonio con Irina Kuimova. Irina es de Moscú. Nos conocimos en uno de los campamentos juveniles («Sputnik») de las afueras de la capital, y nos enamoramos.

Así me convertí a la vez en padre de familia y moscovita. En noviembre de 1979 nos nació un hijo. Le pusimos por nombre Anatoli. Cuando partí para Merano nuestro hijo tenía cerca de dos años. Tolik sabía ya andar y los dos hacíamos «deporte» juntos: un poco de gimnasia y pequeños paseos. Además de las palabras «mamá», «papá», «abuelito», «abuelita» y otras muchas, conocía los nombres de todas las piezas de ajedrez. Incluso jugábamos con ellas, no al ajedrez, claro está, sino a las «figuritas». Éstas eran sus juguetes preferidos. No, no queremos forzar las cosas; con el tiempo, Anatoli «junior» decidirá por sí mismo si el ajedrez será para él lo que ha sido para mí, Anatoli «senior». Por de pronto la preocupación de sus padres se

limita a educarlo para hacer de él un hombre fuerte, sano, inteligente y bueno. Y si acaso manifiesta en algún momento interés por el ajedrez, yo seré su primer maestro, como lo fue para mí mi padre.

Lo fue... Actualmente sólo puedo hablar de mi padre, Yevgeni Stepanovich, en tiempo pretérito... Falleció en la primavera de 1979.

Habiéndose trasladado a vivir a Moscú y ya especialista diplomado,* comencé a colaborar con la Universidad en la cátedra de economía política de la facultad de Ciencias Sociales, bajo la dirección del profesor F. I. Volkov. Allí proseguí mi trabajo sobre el tema «Problemas relativos al tiempo libre de los trabajadores en el contexto del socialismo avanzado». Quizá esta disertación se convierta luego en mi tesis de candidatura.**

A ese cuidado vino a añadirse otro, a causa de mi nuevo nombramiento como redactor jefe de la revista **64 - Shakhmatnoe obozrenie.**

Tampoco puedo pasar por alto un solemne acontecimiento que tuvo lugar en estos años: mi admisión como miembro del Partido Comunista de la Unión Soviética.

Así pues, de suceso en suceso, volaba el tiempo... Y llegó el momento de prepararme de nuevo para el inminente encuentro donde había de defender una vez más mi título de campeón del mundo.

A principios de 1981 terminaron los torneos de candidatos. Mi adversario volvía a ser Korchnoi.

Teníamos que elegir el lugar donde se jugaría el nuevo match. Entre los países propuestos —España, Italia, Islandia— yo escogí España, donde había participado en muchas competiciones y donde me habían concedido «Óscares» de ajedrez. Korchnoi prefería Italia, país en el que había ya jugado algunos encuentros de candidatos. Además, la ciudad de Merano, sugerida para la celebración del match, no estaba muy lejos de la frontera suiza, «a tiro de piedra», por así decirlo, de donde vivía el aspirante.

Esta vez el nuevo presidente de la FIDE, Olafsson, decidió que la elección del lugar se echaría a suertes. Él mismo «sacó el papel» y salió Italia. El encuentro se celebraría, pues, en Merano.

Me encontré en una situación incómoda. Ese país y esa ciudad eran objeto de las preferencias declaradas de mi rival, y yo, como quien dice, no estaba muy conforme. En julio de 1981 efectué un viaje «de exploración» a Merano: inspeccioné la sala del torneo, el hotel y las zonas de descanso de aquella pequeña localidad balnearia. Todo me gustó. La gente me recibió con cordialidad, los organizadores del match se mostraron muy afables conmigo y dispuestos a darme satisfacción en cualquier deseo razonable. Aun así, se notaba que su favorito era Korchnoi y también la prensa italiana estaba de parte de mi adversario.

¡Pronto comprendí que las co-

* Grado universitario en la URSS que permite enseñar como "profesor adjunto" en una facultad.

** Grado universitario en la URSS, superior a nuestra licenciatura e inferior al doctorado.

sas no me iban a resultar allí más fáciles que en Baguío! Sobre todo porque conocía bien a mi contrincante, así como sus métodos de «preparación» y «enfoque práctico» del match. Nada me extrañó, pues, leer en los periódicos ciertas disquisiciones sobre «nuevos modos de hacer la guerra psicológica».

He aquí lo que, acerca del proceder de Korchnoi, escribía el diario **Sovietski Sport**, con fecha del 30 de septiembre de 1981, en un artículo de Dm. Orlov y Vl. Petrov titulado «La calumiosa campaña del aspirante»:

«Este verano, ya en los umbrales del match, el aspirante, en numerosas entrevistas concedidas acá y allá, ha empezado a arrojar tal cantidad de lodo sobre el campeón y hacer declaraciones tan insultantes que, de haber ocurrido semejante cosa en tiempos de Steinitz y Lasker, todo habría probablemente acabado en un duelo.

»No contento con esas inmundicias, el aspirante ha propagado de nuevo —en una "segunda vuelta", como suele decirse— el rumor de que él ha de jugar contra el campeón "en condiciones desiguales" por no poder "reunirse con su familia"... Recurriendo a sus excepcionales dotes de chantajista, ha logrado en poco tiempo mezclar en sus intrigas al propio presidente de la FIDE, el gran maestro islandés F. Olafsson. Para ello Korchnoi no ha reparado en medios. En una de sus entrevistas con el corresponsal de la agencia TANYUG se desahogó a fondo, reconociendo con el mayor cinismo que se iba a Islandia, la patria de Olafsson, únicamente para hablar con ciertos personajes influyentes del gobierno de aquel país y solicitarles una intervención ante el presidente de la FIDE a fin de que éste "apoyara" sus pretensiones.»

Las personalidades en cuestión abogaron por la causa del aspirante y «presionaron» sobre Olafsson. Los autores del artículo relatan cómo en un principio tuvo éxito la iniciativa de Korchnoi: el presidente de la FIDE mordió el anzuelo y hasta se resolvió a aplazar el comienzo de nuestro encuentro. Pero luego, a la vista de los documentos presentados a él mismo y al estado mayor de la FIDE por la Federación Soviética de Ajedrez y convencido de que Korchnoi no había emprendido ninguna acción legal para «reunirse» con su familia, sino que más bien temía tal reunión y había ya parlamentado con su mujer en el sentido de que, en caso de salir al extrajero, ésta no debía inmiscuirse en su vida, Olafsson anuló la decisión tomada y por fin, en una sesión del Comité Ejecutivo de la FIDE celebrada en la ciudad de Atlanta (EEUU), se fijó terminantemente la fecha en que había de dar comienzo el match.

Al no haber logrado que se aplazara al encuentro por tiempo indefinido, Korchnoi empezó a caldear a conciencia el ambiente con declaraciones irresponsables, cubriendo de oprobio a los ajedrecistas soviéticos y ni siquiera ahorró injurias hacia mi persona.

Haciéndole el juego a Korchnoi, los directores de muchos periódicos italianos (precisamente en el país donde iba a jugarse nuestro match) no se anduvieron con re-

milgos para imprimir toda aquella basura.

Cuando nosotros llegamos a Merano, pocos días antes de la inauguración del match, aún continuaba aquella campaña en las páginas de los diarios italianos. Verdad es que la mantenían gentes ajenas al ajedrez. Por entonces, los especialistas del noble juego se ocupaban ya de los pronósticos: todos a mi favor. El danés Bent Larsen llegó incluso a predecir el resultado, 6-2. Solamente se equivocó en el número de partidas: él anunció que serían 22, y fueron 18.

Pero me estoy anticipando un poco...

El match no había empezado aún, ni nos hallábamos sentados ante el tablero, cuando una nueva ola de guerra psicológica nos invadió de nuevo. Las declaraciones de Korchnoi parecían brotar del cuerno de la abundancia. Se profetizaba a sí mismo la victoria, proclamaba a bombo y platillo que aniquilaría a Karpok, que le haría morder el polvo. Pero yo ya conocía a mi adversario; sabía de sobras que en esas situaciones tormentosas y «candentes» él se sentía como el pez en el agua, y por ello resolví hacer caso omiso de sus diversas provocaciones.

Esta vez nuestra delegación no puso reparos al deseo del aspirante de adoptar la bandera suiza. Si los suizos permitían que tan embarullador personaje jugara bajo su bandera, ¿por qué impedírselo? Para ellos sería la vergüenza...

Tampoco estaba yo en contra del apretón de manos antes de cada partida, en el que insistían los organizadores del match. A la pregunta que me hicieron en una rueda de prensa, «¿estrechará usted la mano a su adversario?», respondí que si Korchnoi renunciaba a sus invectivas contra mi país o contra los miembros particulares de nuestra delegación, me hallaba dispuesto a actuar conforme a la tradición de los encuentros para el campeonato del mundo. Pero cuando los organizadores le dirigieron la misma pregunta a Korchnoi, éste contestó que no podía darles ninguna garantía, y el asunto del apretón de manos quedó arrumbado.

Korchnoi incluso exigió que no hubiera ninguna comunicación directa entre ambos contendientes durante el juego: ¡hasta las tablas debían ofrecerse a través del árbitro!

Tampoco me opuse a esas estúpidas condiciones. ¿No lo quiere? ¡De acuerdo! A mí no me perjudicaban en lo más mínimo y a Korchnoi apenas le reportaban algo... Todavía formuló el aspirante otros «deseos» igualmente absurdos, pero yo me abstuve de reaccionar.

La apertura del match en Merano revistió al menos tanta solemnidad como en Baguío. Los organizadores lo hicieron de maravilla. Toda la sala estaba llena de flores, que recubrían el escenario, los pisos, las columnas y el techo mismo.

El fondo del escenario aparecía todo él tapizado de banderas, ante las cuales se elevaba una grandiosa construcción con el emblema del match; a través de unas pantallas que representaban el tablero de ajedrez, se divisaban los perfiles como de una antiquí-

sima y fabulosa ciudad... El conjunto era bello, majestuoso. Y el ambiente de la inauguración, en consonancia con el decorado, rezumaba calma y solemnidad. Parecía como si se hubieran apaciguado los ánimos, como si el bando de mi rival se hubiera también serenado. Pero sólo lo parecía...

En efecto, ya durante la primera partida hicieron su entrada en la sala, envueltos en llamativas túnicas anaranjadas, los secuaces de Korchnoi, miembros de la nefasta secta «Ananda Marga» a quienes habíamos ya conocido en Baguío. Los acaudillaba la famosa Victoria Sheppard, en esta ocasión sola, es decir, sin su habitual satélite Dwyer. A ella la habían puesto en libertad, pero Dwyer cumplía condena en la cárcel por cierto atentado contra un diplomático indio y otros delitos.

Como es natural, la presencia de tales personajes en el local de juego no me entusiasmaba, pero traté de olvidarlos y concentrarme en el ajedrez. Generalmente muchas cosas dependen de la primera partida: a veces predetermina el carácter del encuentro e influye no poco en los resultados.

En esta primera partida me tocó jugar con las negras. Surgió la variante Tartakover-Makogonov-Bondarevski del Gambito de Dama. Los ocho primeros movimientos fueron copia exacta de nuestra primera partida en Baguío, lo cual nada tiene de extraño. Pero en seguida me percaté de que mi adversario debía de haber analizado mal esa variante, ya que salí de la apertura con una posición preferible: piezas mejor situadas y peones «colgantes» no desfavorables en el centro. Korchnoi, tratando de sobreponerse a los acontecimientos, empezó a jugar algo alambicadamente, pero yo conseguí disponer mis piezas de modo armónico. Sin presentir, por lo visto, el peligro que le amenazaba, el aspirante adelantó un paso el peón torre dama en su 24.ª jugada. Este error me permitió efectuar una brusca ruptura en el centro, y pronto las blancas tuvieron que elegir entre sufrir pérdidas materiales o debilitar gravemente su posición. La única esperanza de mi rival residía en el reloj, ya que ambos estábamos muy apurados de tiempo. A pesar de todo, logré jugar con precisión, sin darle ninguna oportunidad. Korchnoi ni siquiera accedió a aplazar la partida o declararse vencido en el movimiento 43, mostrando en esto mismo que aún no había aprendido a perder con dignidad. Una vez hecha su última jugada se fue de la sala, y sólo al cabo de algunos minutos los espectadores se enteraron de que la partida había terminado.

Me recompensaron entonces con una ovación.

Me alegré de esta victoria, pero no di, como suele decirse, rienda suelta a mis sentimientos. Conocía demasiado bien los peligros que acechan al ajedrecista en la embriaguez de su primer triunfo...

En la segunda partida me correspondieron las blancas. Al parecer Korchnoi quiso sorprenderme con una nueva arma, una variante de la Apertura Española que nunca había utilizado antes jugando conmigo, ni con otros, que yo sepa.

Disimulé mi extrañeza. Sin permitirle tomar la iniciativa, situé

convenientemente las torres en sendas columnas abiertas. Korchnoi empezó a ponerse nervioso, como era visible, e hizo algunas jugadas indecisas que redundaron en un aumento de mi ventaja.

Un detalle curioso: en nuestra primera partida yo había replicado a la jugada 24 de Korchnoi, a3, con el avance 24. ..., d4. En esta segunda, precisamente también en la jugada 24, Korchnoi efectuó el mismo avance del peón de dama. Ahora bien, en el primer caso dicha ruptura central fue para mí la clave de la victoria, mientras en la partida que estamos comentando le llevó a mi rival a la catástrofe. Cierto que esta vez consiguió aplazar el juego, pero al día siguiente sólo me fueron necesarios 16 movimientos más para ganar. Puntuación: 2-0.

Y de nuevo Korchnoi empezó a recurrir a sus «trucos». Todos creían que el aspirante iba a solicitar aquí un descanso. En los periódicos locales de la mañana apareció una nota dando a entender que había hecho sus maletas y alguien le había visto salir de Merano en coche...

Sin embargo, el corresponsal de prensa se guardó muy bien de comunicar la segunda parte de la historia, a saber, el rápido regreso de Korchnoi a su hotel. Es claro que esta «jugarreta» apuntaba hacia mí. Él se decía que Karpov, al enterarse del viaje de su adversario, no se prepararía inmediatamente para la tercera partida. Pero yo no caí en la trampa...

La tercera partida se jugó, pues, en el día señalado.

Una vez más se abrió con el Gambito de Dama y se repitieron los ocho primeros movimientos de la partida inicial. Aquí yo, quizás en contra de lo que esperaba el aspirante, adopté un plan algo distinto de juego y no tardé en quedar mejor.

Evitando todo riesgo, Korchnoi renunció a las continuaciones activas que se le brindaban y decidió simplificar la posición. Yo no vi manera de abrir brecha en el bloqueo de mi adversario y le ofrecí tablas. Al instante mismo se excitó y, en tono abrupto, me respondió que entre nosotros no debía haber ningún contacto personal, y que cualquier ofrecimiento de tablas había de hacerse por mediación del árbitro principal. Me encogí de hombros y continué jugando. No tardó en repetirse la misma posición tres veces, y entonces llamé al árbitro para que declarara las tablas.

En la cuarta partida apareció una nueva apertura, empleada sólo una vez en nuestros encuentros anteriores: la Defensa Petrov. Sin duda Korchnoi no estaba contento con las posiciones que había obtenido en las partidas jugadas con la Apertura Española, y por eso cambió aquí de rumbo. Los ocho primeros movimientos fueron «los del libro», pero las negras se salieron de la teoría en el noveno. Korchnoi introdujo una idea nueva, y debo decir que no era mala...

Afronté esta novedad con calma, desarrollando mis piezas con miras a entablar la verdadera lucha en el medio juego.

Muy probablemente Korchnoi intentaba hacer tablas, dada la serie de cambios que provocó. Logró nivelar la posición y ya era posible acordar la nulidad; pero

yo, que no deseaba suscitar de nuevo la furia de mi adversario, me callé. Tampoco él dijo nada. A mí las cosas no me corrían ninguna prisa. Jugaba con las blancas, mi posición era sólida... Si el aspirante quería tablas, ¡que tomara sus medidas para hacerlas! Confieso que si Korchnoi me hubiera ofrecido tablas en cualquier momento hasta la jugada 29, las habría aceptado. Pero... al debilitar él ligeramente las casillas blancas de su campo adelantando el peón g7 a g6, y luego el peón h7 a h5, se me brindaron buenas posiciones de ataque. Lo emprendí y comencé a «apretar» a mi rival por todas partes. A ello se le añadieron, como de costumbre, los apuros de tiempo, aunque es cierto que los superó y consiguió aplazar la partida. Al día siguiente, sin embargo, todo se acabó en 20 minutos. La puntuación en Merano era ya 3-0 a mi favor después de la cuarta partida: ¡la mitad de lo que necesitaba para ganar el match! El aspirante se tomó su primer «time-out», que aprovechó para irse a «su casa» en Suiza.

A raíz de mi tercera victoria me encontré con el presidente del comité organizador, Siegfried Unterberger, ingeniero de profesión y gran aficionado al ajedrez. Nos saludamos y me felicitó por mi triunfo. Yo intuí, no obstante, una cierta pesadumbre por parte de él. ¿Por qué? ¿Qué interés podía tener él en tal o cual resultado? Unterberger entonces me confesó que esas victorias, tan gratas para el campeón del mundo, amenazaban con plantear graves problemas a los organizadores:

—Si el match es demasiado corto, nos vamos a pique... ¿Es posible que Korchnoi no pueda oponerle a usted ninguna resistencia?

«Tranquilicé» al presidente del comité organizador recordándole lo que había sucedido en el encuentro Smyslov-Botvinnik. También en aquella ocasión hubo al principio tres partidas «contundentes» y parecía que todo iba a terminar pronto, pero luego las cosas empezaron a durar...

Más tarde me enteré de los motivos exactos de la desazón de Unterberger. El comité organizador había firmado un contrato con las televisiones de Inglaterra y Alemania Federal, en el que se estipulaban ciertos puntos precisos. Uno de ellos consistía en que si el encuentro duraba menos de 14 partidas, los organizadores no sólo quedaban privados de todo beneficio económico, sino que incluso debían responsabilizarse de los gastos de producción. Cuanto antes se acabara el match, mayores serían las pérdidas; cuanto más se prolongara y sobrepasara el número «fatídico» de partidas, mayores los beneficios.

No deja de ser curioso que después de la tercera derrota del aspirante los hombres de la televisión organizaran en su residencia, el hotel Palace, una fiesta de «rogativas para pedir la victoria de Korchnoi». Cierto que el propio Korchnoi no participó en el «espectáculo» y rumió sus derrotas «en casa».

Yo aproveché muy bien los días libres que me había concedido el aspirante. Me dediqué sobre todo a descansar, saliendo con Irina de excursión a la montaña, jugando al tenis, nadando en la pisci-

na, examinando nuevos catálogos filatélicos...

Una tarde nos dieron una sorpresa a Irina y a mí. En el vídeo nos pusieron una película cómica de fútbol: sobre un fondo musical especialmente compuesto para la circunstancia, unas veces a ritmo lento y otras a ritmo rápido, los jugadores se movían ridículamente de acá para allá por el campo. Nos reímos a carcajada limpia.

Antes de acostarme, recibí en la habitación una breve visita de Roshal, nuestro agregado de prensa. Acababa de examinar el correo y dijo que me habían llegado muchísimas cartas y telegramas. Todo el mundo me felicitaba por mis primeras victorias. Me mostró una parte de aquella correspondencia.

Con particular satisfacción leí el telegrama del secretario del Comité Central de la Unión de Juventudes Comunistas de la URSS, Boris Nikolaevich Pastukhov, que me congratulaba en nombre de los 40 millones de jóvenes «komsomoles».

Al día siguiente fuimos a ver la fiesta de la vendimia, que se celebraba en Merano. Se reunieron en esta ciudad miles de personas de todo el sur del Tirol. Entre músicas y cantos, la gente se dirigió hacia una tribuna especialmente erigida para el caso. En una plataforma móvil, arrastrada por caballos, transportaban una inmensa corona real hecha de grandes manzanas maduras y racimos de uva. Asistimos al desfile con mucho interés.

Y llegó la quinta partida... Como en las anteriores, cuando al aspirante le tocaban las blancas, surgió en el tablero la variante Makogonov-Bondarevski del Gambito de Dama. Tras algunas complicaciones de poca monta llegamos en el movimiento 30 a un final de tablas teóricas.

El aspirante, obstinado, «estiró» otra vez la partida. Ésta fue aplazada y su continuación revistió un carácter puramente formal.

En la sexta partida hubo una lucha tensa y aguda. Jugamos una variante de la Apertura Española que ya se había visto en Baguío. En el movimiento 17, Korchnoi introdujo una novedad, pero pronto encontré una fuerte respuesta que le hizo pensar durante 40 minutos. El caso es que de algo debieron servirle sus reflexiones, pues consiguió activar sus piezas. Yo, en cambio, aflojé, y justo antes del control de tiempo cometí un error.

Decidí rendirme sin reanudar la partida. La puntuación era 3-1.

«¡Ahora ya sólo ganaré yo!», declaró mi rival a los corresponsales de prensa. Y nuestra bien conocida Sheppard, de «Ananda Marga», añadió con aires proféticos: «Cada día que pase, Korchnoi jugará mejor y Karpov peor».

No cabe duda que creía de veras en sus oraciones...

Pero este revés no me desanimó en absoluto. El juego es el juego. Mi adversario era fuerte y yo no estaba vacunado contra la derrota. Sólo importaba que sus victorias fueran menos que las mías.

Naturalmente, me disgustaba haber perdido la partida nada más que por una mala jugada, pero lo principal era conservar la presencia de ánimo y no dejar escapar la iniciativa.

La séptima partida acabó en tablas. Sin embargo hubo lucha y lo que es más importante, tuve yo la iniciativa todo el tiempo. En cuanto a la octava partida, que por cierto fue la más larga, llegando a 80 jugadas, me produjo en general verdadera satisfacción creadora; a mí y, según creo, también a los espectadores, sobre todo los italianos, pues escogí como apertura el Giuoco Piano, que se ve rarísimamente en los encuentros «de alto nivel».

Los periódicos del país comentaron de modo especial ese acontecimiento: «Hace 400 años se inventó entre nosotros, aquí en Italia, esta apertura; su empleo en el presente match es un natural tributo a los anfitriones y propietarios del "campo de armas"».

El día en que debía jugarse la novena partida llegó a Merano un gran grupo de turistas de nuestro país. Caí entonces en la cuenta de una coincidencia: en Baguío, ese mismo día, también un sábado y jugando yo igualmente con las negras, la fortuna me había sonreído y premiado con una victoria, elevando la puntuación a 4-1. ¿Se repetiría todo esto? Cierto es que a la sazón jugábamos la 17.ª partida, y ahora estábamos en la 9.ª, pero... ¿no dicen que cuanto antes ocurre una cosa mejor sale?

De nuevo se abrió el juego con el sistema Makogonov-Bondarevski del Gambito de Dama. Esta vez, no obstante, yo tenía reservada una sorpresa a mi adversario, una continuación que había preparado «en casa» con mis entrenadores y que ni siquiera se mencionaba en los manuales de aperturas. Su efecto psicológico se dejó sentir claramente. Korchnoi meditó largo rato, pero al parecer no encontró nada original, y en la jugada 18 su posición era peor. Yo concentré todas mis piezas pesadas contra su peón dama aislado. En la jugada 35 logré romper el débil bloqueo de las blancas e irrumpir con la torre en su segunda fila. Al llegar al movimiento 44, ante la inevitable pérdida de su dama, Korchnoi paró el reloj.

Nuestros turistas manifestaron clamorosamente su entusiasmo y durante un buen rato no me permitieron abandonar la sala. No niego que también yo me sentía muy contento. ¡Cada vez que venían los turistas venía con ellos la victoria! Buen signo.

Las tres partidas siguientes terminaron en tablas, aunque el combate fue duro en todas ellas. Tanto yo como mi adversario abandonamos nuestros tradicionales sistemas de apertura. Cierto que en la décima volvimos a emplear el Giuoco Piano, con gran placer de nuestros anfitriones, pero en la undécima Korchnoi adoptó una nueva variante del Gambito de Dama, renunciando por vez primera al sistema Makogonov-Bondarevski; y en la duodécima, donde yo llevaba las blancas, surgió al cabo de muy pocas jugadas una posición característica de la Defensa Grünfeld y nueva en este match.

En esta duodécima partida, que podía haber ganado, cometí una lamentable imprecisión. Ello permitió a las negras activar la dama y evitar así la catástrofe.

Acabado el juego, me encontré otra vez en los pasillos con Sieg-

fried Unterberger. En esta ocasión él sonreía dichoso: era ya obvio que el match pasaría de 14 jugadas y el comité organizador podía esperar pingües beneficios...

Para ser justo con él y sus colegas, debo añadir que el encuentro estaba bien organizado. La gran sala de juego, bellamente decorada, rebosaba casi siempre de público. Y aunque de ordinario no quedaba en ella ningún asiento libre, reinaban un orden y silencio ejemplares. La sala adyacente, más pequeña (de 400 plazas), también solía llenarse. Pero allí, como me dijeron, se hacía bastante ruido. Los espectadores reaccionaban tumultuosamente a los ingeniosos comentarios de los grandes maestros Najdorf, Larsen, Hort...

A todos les llamó mucho la atención la ingente estructura metálica del premio que los organizadores destinaban al ganador del match y que habían instalado en la sala de juego. Abajo, en los quioscos, hacía furor el negocio de «souvenirs», tarjetas postales y fotos de los contendientes, medallas conmemorativas, etc. Pese al elevado precio de estas medallas —las de bronce costaban 35.000 liras, y las de plata u oro mucho más—, todas se vendieron rápidamente.

Así pues, la organización del match fue en general magnífica, y los organizadores hicieron cuanto estuvo en su mano por que todo saliera bien. Sólo una cosa no pudieron conseguir: que mi adversario se comportara con educación.

A despecho de su exigencia de que no hubiera ningún contacto personal entre ambos rivales, me dirigió con frecuencia rudas observaciones durante las partidas mismas. Hablando entre dientes, me soltaba cosas como «¡deje de mirarme a la cara, me impide pensar!», «¡pare de sonreír!», «¡estése quieto con el sillón!». En la 12.ª partida se puso bruscamente en pie y empezó a gritarme una serie de indecencias. Acudió en seguida el árbitro y, con palmaditas en el hombro, trató de calmarlo como a un niño. Pero yo ya estaba harto de semejante conducta. Elevé pues una protesta formal ante el jurado de apelación, pidiendo que se les hiciera ver a los árbitros la necesidad de tomar oportunamente las medidas previstas para estos casos por el reglamento de las competiciones de ajedrez y las normas de la vida deportiva. Ya en 1979, durante la sesión del Comité de la FIDE reunido en la ciudad austríaca de Graz, al hacer el balance del match de Baguío se declaró por escrito lo siguiente: «Debemos reprobar las acciones y maniobras llevadas premeditadamente a cabo por el aspirante en el transcurso del campeonato del mundo, las cuales, por ser contrarias a la ética deportiva y a las reglas de conducta social, van en detrimento de la dignidad y el prestigio de la FIDE».

¿Resultado? En Merano, Korchnoi prosiguió impunemente con sus insolencias. Y el jefe de su delegación, el abogado suizo A. Brodbeck, en vez de condenar los actos de su «cliente», alegó con no poca desfachatez que el comportamiento del aspirante era un método legítimo de presión sobre su rival y que seguiría recurriendo a él en el futuro.

El jurado de apelación —Gligoric (Yugoslavia), Kintzel (Alemania Federal) y Prins (Holanda)— desaprobó por unanimidad el proceder de Korchnoi y, a sugerencia de Kintzel, adoptó la resolución de advertir al aspirante que tales hechos eran considerados inadmisibles y que, en caso de repetirse, se le impondría una multa de 15.000 francos suizos.

Korchnoi «apeló» contra esta decisión y hasta escribió una carta personal a Olafsson, el presidente de la FIDE, pero no dirigió sus protestas a los órganos competentes de la FIDE, pues antes se había decidido establecer una «fianza»; es decir, el bando que acudiera al jurado de apelación o al árbitro con una protesta depositaría previamente una fianza pecuniaria; ésta le sería devuelta si su reclamación era aceptada, y no en caso contrario.

Es interesante observar que, al dirigirse al presidente de la FIDE, Korchnoi no impugnaba mi protesta contra su comportamiento antideportivo, sino sólo la legalidad de la decisión del jurado a propósito de la multa.

El presidente no adoptó una postura neta en este asunto, pero Korchnoi, al no saber con certeza a qué bando daría la razón Olafsson de producirse un nuevo litigio, se vio obligado a «cerrar el pico».

El ambiente de la sala se normalizó un tanto. La «señora» Leeuwerik, sin embargo, no perdió el tiempo y movilizó a un grupo de jovenzuelos que organizaron una «manifestación» junto a la entrada de la sala de congresos donde se jugaba nuestro match. Acogieron mi llegada con exclamaciones groseras y consignas antisoviéticas. A nuestra protesta los organizadores respondieron con un gesto de impotencia: se trataba, decían, de una «expresión libre de opiniones» en un país «libre», nada podían hacer contra aquellos energúmenos, y más cuando la «manifestación» se desarrollaba fuera de los límites de su campo jurisdiccional.

Sólo puedo añadir que mi adversario no logró organizar muchas algaradas de ese tipo. La mayoría de los habitantes del lugar, en especial los jóvenes, me dieron múltiples muestras de simpatía. Dondequiera que me encontrara, siempre se me acercaban con palabras cordiales y me pedían autógrafos. En algunas ocasiones llegué a ver pancartas donde se leía en ruso: «¡Karpov, vence pronto!»

El 5 de noviembre tuvo lugar la 13.ª partida. Jugamos una rara variante del Gambito de Dama, vista por última vez en los encuentros para el campeonato del mundo en 1963, entre Botvinnik y Petrosian.

Korchnoi adoptó aquí una nueva táctica de presión «psicológica»: constantemente se retiraba a su «perrera», una salita que le habían asignado para descansar, y se quedaba allí un buen rato, incluso dejando correr su propio reloj. Ni siquiera ahora soy capaz de decir si esto influyó en mi ánimo o no. Logré dominarme, al menos en apariencia, pero sin duda siguió corroyéndome cierta irritación interior. El caso es que tampoco me gustaba mi posición, y bruscamente se apoderó de mí tal apatía que se me fueron las ganas de reflexionar...

Comprendiendo que en semejante estado no se puede seguir jugando con normalidad, agudicé la posición artificialmente y le asesté a mi rival un enérgico golpe combinativo. Esto me reanimó por algún tiempo, en el que hice algunas jugadas activas.

Por desgracia, el respiro no duró mucho. En el movimiento 29 tenía que haber dado jaque con el caballo (29. ..., Ch4+), lo que me habría evitado las dificultades posteriores. Pero moví el alfil (29. ..., Ae7) y, tres jugadas más tarde, se me plantearon graves problemas, viéndome obligado a entregar la dama por una torre y un pieza menor. Luego sufrí nuevas pérdidas y, aunque la partida se aplazó, consideré que no tenía sentido reanudarla.

Esta derrota me afligió terriblemente. No tanto por el punto, pues eso es normal en un match, y de todos modos la puntuación de 4-2 a mi favor no era como para tomarse la cosa por lo trágico, sino por haber perdido la partida en vísperas de nuestra gran fiesta nacional: el 64.° aniversario de la Revolución de Octubre. Con esa pérdida les hacía un mal regalo a mis «hinchas».

Por lo que a mí respecta, las derrotas me hacen a veces reaccionar con fuerza. En lugar de quitarme los ánimos, me los levantan y excitan mi furia deportiva.

A pesar de todo, en esta ocasión decidí descansar por algún tiempo del ajedrez y tomarme mi primer «time-out». Con un pequeño grupo me fui de excursión a Venecia. Nos sorprendió aquella ciudad sobre el agua, con sus célebres canales, y visitamos sus museos. A nuestro regreso nos detuvimos en Verona, donde habían vivido los personajes de Shakespeare.

El 7 de noviembre, la televisión nacional italiana nos mostró el desfile de la plaza Roja de Moscú. Ese día recibí un obsequio del comité local del partido comunista italiano: un ramo de 64 claveles rojos. A Merano me llegaron decenas de cartas y telegramas de felicitación. Todos mis corresponsales me deseaban una pronta victoria.

Así pues, el 10 de noviembre me senté de buen humor ante el tablero de ajedrez. Mis entrenadores y yo habíamos trabajado a conciencia y decidido brindarle al adversario la oportunidad de reanudar la discusión teórica sobre la variante abierta de la Apertura Española. De nuevo hicimos con rapidez las diez primeras jugadas. Luego yo, como estaba previsto, me aparté de lo acostumbrado. El aspirante empezó entonces a jugar más despacio y a pensar... hasta que, después de mi 13.° movimiento (Ce4), «se durmió», tomándose 78 minutos de reflexión: ¡un récord! Aun así, no le fue posible reforzar la posición de las negras. Yo comencé a ejercer presión sobre su rey y sacrifiqué un caballo. Korchnoi no aceptó este sacrificio. Sobrevinieron los apretos de reloj. A Korchnoi le quedaban sólo 5 minutos para 10 jugadas. Me lancé con los peones a un ataque decisivo contra el rey negro. El aspirante logró efectuar su jugada 40. Probablemente se dio cuenta de que su posición no tenía esperanza, pero prosiguió su inútil resistencia y por poco logró que se aplazara la

partida... No deseando, a todas luces, estar presente durante los aplausos dirigidos al vencedor.

No hubo, pues, aplazamiento. La puntuación era ya 5-2.

Después de su derrota en la 14.ª partida, el aspirante «arrió bandera»: ni siquiera con las blancas hizo nada por agudizar la lucha, tratando más bien de cambiar piezas. En este sentido fue muy significativa la 17.ª partida, que resultó la más corta del encuentro (23 jugadas).

Por mi parte, consideré esta partida como la «carrerilla» para dar el salto decisivo. En las partidas impares, 15 y 17, en que me tocaban las negras, evité complicar el juego, aunque tampoco permití que mi adversario explotara a fondo la iniciativa de la salida.

En la partida 16, con las blancas, le «apreté», pero no puse toda la carne en el asador y, cuando me convencí de que no era mucho lo obtenido, me avine a hacer tablas.

Llegó por fin la 18.ª partida. Muchos estaban persuadidos de que sería la última. ¡Mi propio humor era belicoso! Además, veía y sentía que mi rival, aunque no del todo quebrantado, se hallaba deprimido.

Aparentemente, aquella impresión no era sólo la de mis amigos; en esta ocasión la sala rebosaba de público, y numerosos espectadores se habían quedado de pie por no haber encontrado asientos libres.

Junto con mis entrenadores preparé al aspirante una sorpresa en la Apertura Española y se la «serví» en la jugada 13. Hasta entonces habíamos hecho nuestros movimientos a toda prisa, y Korchnoi esperaba llegar a la jugada 15 de la 16.ª partida habiendo a su vez preparado una buena contraofensiva. Sólo que yo me adelanté a sus propósitos y, en lugar de 13. Ce4, jugué 13. a4.

Korchnoi reflexionó aquí durante 50 minutos, pero esta vez no acertó a dar con ningún contrajuego. Obtuve una ventaja bien palpable y, pese al cambio de damas, mi presión sobre el campo de las negras no disminuyó. Avancé con los peones centrales, y una de mis torres se instaló en la séptima fila, donde comenzó su tarea destructora. Korchnoi se defendía tenazmente, pero no consiguió nada sustancial. Tuve incluso la impresión de que había abandonado toda esperanza y sólo aspiraba a una cosa: aplazar la partida para no asistir a mi «triunfo final». En esto tuvo éxito. La partida se aplazó, aunque en una posición desesperada para las negras.

Mi adversario no quiso reanudarla. Comunicó su rendición al árbitro princial y se fue rápidamente de Merano. También yo, satisfecho, regresé a casa con un buen regalo para mi hijo, que cumplía dos años el 21 de noviembre.

Así dio fin mi tercer match contra Korchnoi. La victoria esta vez fue más convincente. Si en Baguío el encuentro había durado 93 días con 32 partidas jugadas, en Merano sólo duró 50 días y el triunfo se logró en la partida 18. Allí la puntuación terminó en 6-5, aquí en 6-2.

Con el sentimiento del deber cumplido, envié al secretario ge-

neral del partido comunista de la Unión Soviética y presidente del Soviet Supremo, Leonid Ilich Bredznev, el siguiente telegrama: «Mandato de la Patria ejecutado; título de campeón mundial de ajedrez conservado para nuestro país.»

El mismo día me llegó la respuesta:

«Querido Anatoli Yevgenevich —escribía Leonid Ilich—, gracias por su telegrama. Me ha causado gran alegría de nuevo, como hace tres años. Viva y cordialmente le felicito por su magnífico éxito, el título de campeón mundial de ajedrez. El pueblo soviético ha seguido su juego con inmenso interés y acogido su victoria con profunda satisfacción. Me es grato añadir que, en una competición tan difícil y llena de responsabilidades, ha mostrado Vd. un alto nivel de maestría y creatividad, un genuino carácter soviético, firmeza y dominio de sí mismo, enalteciendo así todavía más las gloriosas tradiciones de nuestra escuela nacional de ajedrez.

»Le deseo buena salud, suerte y nuevas victorias que honren a nuestra Patria socialista.»

Al día siguiente me comunicaron que el Presidium del Soviet Supremo de la URSS había decretado condecorarme con la Orden de Lenin. También fueron condecorados mis camaradas, los miembros de nuestra muy unida delegación deportiva. Sin la ayuda y el apoyo de estos amigos, creo que no me habría sido posible lograr tan rápida y contundente victoria...

A mi regreso de Merano a Moscú, descansé del ajedrez. Verdad es que, dada la situación, la palabra «descansar» tiene aquí un significado muy relativo. Mis «cargas» fueron literalmente ingentes, sobre todo los primeros días: recepciones, entrevistas, intervenciones por radio y televisión, en los periódicos, etc., para satisfacer a numerosísimos aficionados y admiradores. Tuve también que trabajar mucho en la redacción de la revista, y los editores me sugirieron que escribiera un nuevo libro.

Mi familia no apreciaba mucho que otra vez estuviera tanto tiempo fuera de casa. En especial a mi madre le disgustaba no poder ni siquiera hablar un rato conmigo: siempre de acá para allá, siempre de prisa... ¡Y hasta el nene manifestaba vivamente su descontento porque papá no jugaba con él a las «figuritas»;

El caso es que ni este «descanso» duró mucho. Ya a principios de febrero se decidió mi participación en el torneo internacional que había de jugarse en la ciudad argentina de Mar del Plata.

Durante mi viaje hice escala en París, donde la UNESCO me había invitado a dar una conferencia sobre ajedrez. Allí mismo hubo después una sesión de partidas simultáneas a mi cargo con los empleados de esa organización internacional. Por el camino me enteré también de que los periodistas me habían concedido un octavo «Óscar».

A modo de conclusión

La mera acumulación de informaciones, incluso la más copiosa, no basta para garantizar el éxito, para ampliar el horizonte intelectual del jugador o hacerle ver las cosas en profundidad. La preparación del ajedrecista actual ha de ser multiforme. Abarca también sus análisis personales y el estudio de los clásicos.

Esto último es especialmente fructuoso. En ello no es posible fijarse límites, decirse uno mismo: ya lo sé todo. Cada repaso nos trae una nueva visión. Por ejemplo, cuando estudié en la escuela por primera vez **Eugueni Oneguin**, creí que conocía ya y entendía bien esa obra, pero al releer la novela dos o tres años después y experimentar gracias a ella nuevas sensaciones, ideas, etc., penetré en un mundo también nuevo para mí. Ahora estoy seguro de que, si la volviera a leer, mi espíritu seguiría enriqueciéndose.

Precisamente hace poco me ha venido el deseo de repasar a fondo a Capablanca. Claro está que conozco todas sus partidas, pero esto se remonta a mucho tiempo atrás: con él aprendí a jugar al ajedrez, y desde entonces no he vuelto a recorrer su obra con detalle. Ahora quiero seguir sistemáticamente el camino que él siguió, estudiar su vida y sus creaciones, entender con el tablero delante el cómo y el porqué de la evolución de sus ideas y puntos de vista.

El mismo interés merecen Lasker y Alekhine. De ninguno de estos clásicos podría decirse que haya envejecido o ya no sirva, pues todos ellos conservan intacta su originalidad propia. Es más, la creación de un artista tan lejano de nuestra época y de nuestro ajedrez como Morphy continúa siendo instructiva, porque, aparte de su don especial para disponer armónicamente las piezas y descubrir «puntos flacos» en el campo enemigo, su técnica para pasar del ataque al juego posicional es juzgada excelente incluso en nuestros días. Atacando se aseguraba la superioridad, y luego la convertía en victoria por procedimientos sólidos y no combinativos. Este importantísimo rasgo lo diferenciaba netamente de sus contemporáneos. De él podemos también aprender su brillante intuición de la iniciativa, que le permitía estar siempre listo para sacrificar piezas, por no hablar de los peones...

En tiempos de Anderssen floreció el ajedrez romántico: el sacrificio se consideraba como la máxima belleza del juego; no aceptarlo se consideraba una cobardía. De hecho, aunque no constara por escrito en ninguna parte, se observaba en el ajedrez la misma regla que en el juego de damas: si ofrezco algo, el adversario está obligado a capturarlo. La concepción del juego era «neta». Con el advenimiento de Steinitz y su nueva visión profunda de la partida, así como sus leyes posicionales y sus distintas ideas respecto a la belleza, se modificó el carácter del ajedrez. Los nuevos enfoques fueron llevados brillantemente a la práctica por Alekhine, profundizados y desarrollados por Botvinnik... Había hecho su aparición el ajedrez «científico».

Los primeros seguidores de Steinitz, Lasker y en especial Capablanca, apenas estudiaban las aperturas. Ambos eran tan geniales —y lo sabían— que lograban resolver sobre la marcha los problemas planteados en la fase inicial del juego y salir indemnes de ésta. He aquí un ejemplo particularmente notable: al enfrentarse Capablanca por primera vez ante el tablero con la inspirada invención de Marshall —su contraataque en la Apertura Española—, acertó a eludir todas sus agudezas y efectuó una jugada que todavía hoy figura entre las más fuertes contra dicha variante.

Alekhine, en cambio, trabajaba mucho en casa. Ganó toda una serie de célebres partidas sorprendiendo al adversario desde la apertura con innovaciones preparadas de antemano. Su «zarpa» era férrea: una vez hacía presa en su víctima, ya no la soltaba.

Botvinnik empezó a actuar precisamente en esta dirección, y con él pasó poco a poco a un primer plano el enfoque científico del ajedrez. A mi juicio, durante sus análisis caseros no le preocupaban cosas tales como encontrar una nueva jugada o idea en un momento dado de tal o cual variante. Elaboraba sistemas completos. Ahí residió su gran oportunidad: el ajedrez era en gran parte tierra virgen, y él fue el primero en «ararla». Hoy todavía nos contentamos con «novedades» en la duodécima o decimoquinta jugada... ¡y ni siquiera nos salen siempre bien!

Botvinnik podía permitirse el lujo de hacer largas pausas en su actividad ajedrecística, retirándose de ella, por ejemplo durante un año, para dedicarse a su labor científica. Incluso hablando en general, no se puede decir que jugara muy a menudo. En nuestros días a un ajedrecista no le es factible obrar de la misma manera. Por un lado se lo impiden el tratamiento actual de los datos y la difusión de los nuevos descubrimientos teóricos; por otro, si uno dejara de jugar tan siquiera medio año, empezaría pronto a sentir los perniciosos efectos de ese paréntesis. Uno tiene la impresión de que se le va algo, pierde la seguridad en sí mismo, le parece como si debiera comenzar todo de nuevo... y no ve claramente cómo. Por eso los ajedrecistas de hoy tratan de participar con regularidad en las competiciones. Todos trabajan en casa, pero esto no es ya suficiente.

Botvinnik dio impulso a la concepción seria del ajedrez como deporte. ¿En qué consiste tal cosa? Antes se jugaba según un esquema bastante sencillo: un ajedrecista elaboraba una idea y la llevaba a la práctica; su adversario replicaba con una contraidea; y cuando quedaba claro qué idea era la mejor y quién se había equivocado, en ello mismo se descubría el vencedor y el vencido. Nuestros jugadores fueron los primeros en explotar a fondo los recursos defensivos. En posición peor, uno continúa luchando; si esta o aquella idea empeora todavía más la posición, prosigue la batalla a pesar de todo... hasta que el adversario no deje la menor escapatoria. Esta persistencia bélica le exige al jugador un entrenamiento

especial para habituarse, ya desde un principio, a aguantar la carga física y nerviosa inevitable en tales casos.

Quien mejor ha sabido adaptarse a estas nuevas condiciones es Smyslov, gracias a sus dotes naturales de jugador de ajedrez y de deportista. Su técnica, su elegancia, su estabilidad y «flema rusa» son para todos un ejemplo que ha de durar muchos años.

Después de Botvinnik vendría Tal, que reveló sus inmensas y fulgurantes cualidades de artista. Pasó como un vertiginoso ciclón, quitándole el puesto a su antípoda Petrosian. El «columpio» ajedrecístico fue equilibrado por Spassky, jugador plena y cabalmente universal que con la misma habilidad atacaba, se defendía o acumulaba una tras otra pequeñas ventajas posicionales. Gracias a él, este «juego completo» se convirtió en una moda que aún dura.

Si a Tal, que llegó a ser campeón del mundo, le bastaba con embrollar a sus adversarios y aturdirlos con sacrificios en serie (Petrosian también sabía combinar, pero reprimía sus ímpetus, ateniéndose a un juego puramente posicional), esto no es ahora suficiente para obtener grandes éxitos. Hoy hay que hacerlo todo moderadamente bien (sin manifestar graves deficiencias) y destacarse, además, en alguna que otra cosa.

En la época de Petrosian y Spassky el ajedrez «se relajó». Los jugadores se concedían a sí mismos treguas durante las partidas o las competiciones consideradas en bloque. Y surgió entonces Fischer... que les obligó a jugar de un modo desacostumbrado: ¡cinco horas seguidas de lucha intensísima, sin un solo respiro! Tal vez en esto radique la causa de que tantos grandes ajedrecistas sufrieran espantosos reveses en sus manos.

Fischer devolvió al ajedrez su antigua «garra», agudizándolo y dando el máximo relieve a su faceta deportiva: la lucha «cuerpo a cuerpo» entre dos reyes. Realzó aún más la universalidad de estilo mostrándose admirable en la técnica de hacer valer la ventaja adquirida, sobresaliendo en el juego tanto combativo como posicional. Pero el rasgo más característico de Fischer fue su ardor deportivo: la explotación, hasta el límite, de todas las posibilidades que le brindaba la lucha.

Actualmente el ajedrez experimenta un desarrollo todavía más acelerado. Los abundantes torneos proporcionan un rico material de análisis que no sólo es acumulado, sino sometido a constante escrutinio. Ante nuestros ojos desfilan sin cesar nuevas evaluaciones de variantes y sistemas enteros. En otros tiempos se jugaban ciertas variantes; luego la teoría cambiaba y hacía ver que esos esquemas favoritos no eran tan practicables como se creía. Por ejemplo, las negras descubrían el modo de nivelar posiciones antes tenidas por peligrosas, y en otras donde les parecía encontrarse muy bien se veían de pronto en tales aprietos que acababan por eludirlas aposta. Por eso los verdaderos ajedrecistas están obligados a buscar sin descanso ideas nuevas, a modi-

ficar los sistemas y variantes de apertura.

En ajedrez, sobre todo durante los matches, hoy también son muy importantes los factores psicológicos: entenderse a sí mismo, descubrir las fisuras en la coraza del adversario, aprender a servirse de sus conocimientos tanto como de los propios en las situaciones concretas que surgen sobre el tablero. De cuando en cuando hay que saber renunciar a la continuación más fuerte para empujar a nuestro rival hacia posiciones en las que se halle incómodo. Cuanto más avanzamos, más va pesando en la balanza esta habilidad, este aspecto psicológico.

La «pirámide» del ajedrez soviético es gigantesca, y su base la constituyen las numerosas competiciones organizadas para pioneros y escolares en todo el territorio de la Unión. En nuestro país se estudia ya el ajedrez como una ciencia y un arte. Acaso convenga hacer mayor hincapié en su tercera faceta: no sólo ciencia y arte, sino también... deporte. Esto significa que, además de instruir a nuestros muchachos en la «visión del tablero» y el cálculo de variantes, hemos de inculcarles otras muchas cualidades: valentía, decisión, tenacidad, diligencia... Así, cuando les llegue la hora de medirse con los más fuertes ajedrecistas del mundo, la patria podrá confiar en ellos y sentirse orgullosa.

Quiero creer que junto a mí, separados únicamente por el tablero de ajedrez, se encontrarán muy pronto muchos jugadores de mi edad y muchos de mis jóvenes compatriotas que piensen como yo. Participarán en competiciones al lado de los mejores maestros del mundo, en los torneos internacionales de máximo nivel y aun en los encuentros de candidatos. ¡Es ya hora de tomar el relevo de la gloriosa generación que nos ha precedido!

Por lo que a mí respecta... ya me he acostumbrado a trabajar mucho, y ello me hace vivir alegre. ¡He de prepararme, pues mañana estaré de nuevo en la brecha!

PROBLEMAS RELATIVOS A LA PREPARACIÓN PSICOLÓGICA DEL AJEDRECISTA

V. B. Malkin
Doctor en medicina

El ajedrecista-pedagogo no sólo ha de ser un aficionado al noble juego, sino también un psicólogo, consciente de que el ajedrez influye en el espíritu y la salud general del hombre. Dado el influjo desfavorable que a veces el ajedrez puede ejercer en la salud del niño, se requiere, antes de empezar a trabajar sistemáticamente en este campo con muchachos muy jóvenes, una selección médica cuyo fin principal es excluir del entrenamiento a los niños enfermizos, en especial los inestables desde el punto de vista psíquico y los que padecen afecciones del sistema cardiovascular. En efecto, al ser el ajedrez una forma de actividad deportiva que impone al jugador una gran carga emocional e intelectual, su práctica intensa puede agravar el estado de los niños con nervios frágiles o dolencias cardiovasculares. De todo ello se deduce que los jovencitos que frecuentan clubs y escuelas de ajedrez, y en particular los más apasionados por el juego, deben ser regularmente sometidos a observación médica. Por desgracia no sucede así de ordinario, y la responsabilidad de que los pequeños ajedrecistas en ciernes conserven la salud recae sobre el pedagogo.

¿Cómo instruir a los niños en el juego de ajedrez? ¿Por dónde empezar? Preguntas difíciles cuya respuesta exige los conocimientos de fisiología y psicología que se le dispensan al entrenador en las escuelas superiores. Ante todo es preciso que sepa distinguir las características propias del desarrollo psíquico en cada edad, así como la capacidad de reflexión y trabajo intelectual de sus alumnos.

Hasta la fecha no se ha tenido suficientemente en cuenta esta circunstancia, ni siquiera por la FIDE, la Federación Internacional de Ajedrez, que a nuestro juicio debería reglamentar las com-

peticiones basándose en datos científicos y prestando atención a la edad de los participantes. Por ejemplo, en uno de los últimos campeonatos juveniles de Europa (hasta 17 años), competían en las mismas condiciones muchachos de distintas edades. Hacia el final del torneo, el «campeón» inglés, un niño de 12 años, perdía todas las partidas. Naturalmente, no le quedaban fuerzas para luchar contra jóvenes de 16 años. Esto equivalía a excluirle a priori de un campo de batalla donde, por supuesto, chicos de 16 años han de salir siempre vencedores contra un muchachito de 12...

Muy pronto, a menudo en edad preescolar, los niños suelen apasionarse por el ajedrez. La cuestión de cuándo conviene instruirles en el juego es bastante compleja. Para decidirlo deben tenerse en cuenta las cualidades individuales y rasgos distintos del desarrollo psíquico del niño. La edad más favorable en la mayoría de los casos se sitúa entre los 9 y los 12 años. Claro está que hay excepciones: se conocen niños de muy tierna edad especialmente dotados para el ajedrez, y su instrucción pide entonces un enfoque todavía más personal. El régimen de juego y trabajo con ellos ha de estar en consonancia con su naturaleza y sus fuerzas; es decir, debe evitarse que lleguen a manifestar síntomas de fatiga. Hasta ahora no se ha elaborado ningún sistema de instrucción infantil con base científica: se ignora por dónde hay que comenzar, qué forma ha de adoptar la enseñanza e incluso cuánto tiempo debe dedicarse al ajedrez.

Al principio el niño se familiariza con el tablero y aprende los movimientos de las diversas piezas. Las observa todas con atención y teme lanzarlas a la batalla. Poco a poco va cayendo en la cuenta de su acción recíproca y acaba por asimilar el concepto de cooperación de fuerzas. A partir de este momento es cuando de veras empieza a jugar al ajedrez. Aparecen en él algunos hábitos, se le desarrolla la intuición, y cada vez va gustándole más el juego.

La dificultad de la enseñanza ajedrecística radica principalmente en la falta de material didáctico adaptado a niños en edad preescolar o propia de las clases elementales. Los manuales de ajedrez están pensados en general para adultos, y sus autores, algunos de ellos tan ilustres como Em. Lasker y J. R. Capablanca, no imaginaban que sus lecciones podrían también interesar a los niños.

Por eso a estos últimos les es difícil aprender a jugar al ajedrez con los manuales existentes. Un ejemplo típico lo tenemos en el manual del gran maestro G. Löwenfisch, donde en el primer cuestionario se le pregunta al alumno el color de la casilla g4, exigiéndole una memorización detallada del tablero. Esto es arduo, y en especial carece de interés para un niño. Si la instrucción empieza de esa manera, es grande el riesgo de que a los jóvenes alumnos se les vaya pronto todo deseo de practicar el ajedrez.

No debemos olvidar que, para

los niños, cualquier actividad reviste ante todo el carácter de juego. Así también el ajedrez ha de ser un equivalente de los juegos a los que ellos están acostumbrados. En el juego el niño encuentra placer y aprende cosas nuevas con menos fatiga. Durante la enseñanza hay que procurar que, además del placer, adquiera conocimientos concretos.

El tiempo dedicado a la instrucción ajedrecística de niños hasta los 11 o 12 años de edad deberá ser breve, con tareas cortas y diversificadas: exposición somera de las aperturas con sus celadas más características, solución de problemas elementales en dos o tres movimientos y, por supuesto, práctica directa del juego unos con otros. En estos comienzos, al pedagogo le será utilísimo aprovechar partidas jugadas por niños para mostrar a sus alumnos los planes estratégicos más sencillos e ilustrarles los errores típicos. Es lástima que en ninguno de los manuales de ajedrez publicados hasta el presente se encuentre una selección crítica de partidas infantiles. Al común de los niños con dotes ajedrecísticas ordinarias la lectura de dichos manuales, y aun de los clásicos (Capablanca, Lasker...), les resulta poco interesante. En general comienzan a leerlos con gusto sólo cuando poseen ya la fuerza de un jugador de 3.ª o 2.ª categoría, ya que tales libros han sido escritos para adultos.

Por lo que respecta a los muchachos de 13 a 15 años, capaces ya de un pensamiento más abstracto y con cierta experiencia, habiendo alcanzado la 3.ª o 2.ª categoría, lo primero que hay que enseñarles es a considerar el ajedrez como un juego serio, sujeto a reglas estrictas. Estos jóvenes juegan ya partidas de torneo con reloj, van aprendiendo a distribuirse el tiempo de reflexión, anotan obligatoriamente sus jugadas. También han asimilado ciertas ideas de apertura, tratan de combinar, tienen sus preferencias por uno u otro tipo de juego y conocen la técnica elemental de los finales.

Para trabajar con estos adolescentes es ya preciso recurrir a la buena literatura ajedrecística. La enseñanza ha de tender a desarrollar de modo armónico en el estudiante el pensamiento intuitivo y lógico, es decir, poner en juego su intuición y su lógica para evaluar posiciones de ajedrez.

¿En qué consiste la facultad intuitiva? Es lo que, sin gastar mucho tiempo —o sea, en un plazo muy breve—, y sin un cálculo detallado de variantes, permite al ajedrecista evaluar una posición y escoger una buena jugada basándose en su primera impresión.

La facultad analítica, por su parte, determina la elección de una jugada correcta merced a una cadena de razonamientos lógicos. Del cómputo de variantes el ajedrecista deduce qué jugada es precisamente la mejor en la posición que analiza.

El jugador de ajedrez ha de poseer ambas facultades: intuitiva y analítica. Los más célebres ajedrecistas las poseyeron o poseen en grado eminente. Por el excepcional desarrollo de su intuición se destacaron en otros tiempos P. Morphy y J. R. Capablanca. Hoy en día sobresalen a

este respecto los grandes maestros T. Petrosian y M. Tal.

La intuición es una cualidad importantísima, puesto que limita el número de opciones posibles; obviamente, el jugador no puede calcularlo todo. No siempre hay que creer, ni mucho menos, que la elección se basa en una evaluación posicional de tipo intuitivo. En algunos casos la decisión intuitiva está condicionada por la dificultad del proceso analítico que debiera conducir a la jugada en cuestión.

Este punto nos lo ilustra muy bien el ex campeón del mundo Mikhail Tal, a quien con toda razón se le ha atribuido siempre en ajedrez un brillante desarrollo del pensamiento intuitivo. He aquí sus propias palabras:

«Nunca olvidaré, por ejemplo, la escrupulosidad con que, en una de las partidas del campeonato de la URSS, me esforzaba por analizar las variantes relacionadas con un sacrificio de caballo. Pero éstas eran tan numerosas que en mi cabeza se entremezclaban caóticamente las jugadas y me hacían evocar lo que expresa este dístico de Kornei Chukovski:

¡Ay, qué dura labor,
sacar hipopótamos de un fangal!

»Y de pronto dejé de pensar en el ajedrez. Los espectadores estaban convencidos de que yo seguía estudiando la posición, pero en realidad, pese a mi formación humanística, trataba de resolver un problema estrictamente técnico. Me imaginaba llevando al cenagal de Chukovski palancas, helicópteros y hasta escalas de cuerda... mientras el hipopótamo se hundía más y más en el fango. Su «llegada» al tablero de ajedrez fue tan imprevista como su inmediata desaparición. Sacrifiqué el caballo intuitivamente y... ¡la combinación me salió bien! A la mañana siguiente leí con regocijo en el periódico que "durante su prolongada reflexión, Tal sopesó minuciosamente todas las consecuencias de su sacrificio...".»

Las cualidades intuitivas no son iguales en todos los sujetos. Hay ajedrecistas sumamente intuitivos que juegan con rapidez y facilidad, rindiendo mucho de esta manera y cansándose poco durante la partida. Sin embargo, debido a la insuficiencia de sus análisis para escoger una jugada o evaluar una posición, se encuentran a veces con sorpresas desagradables.

Cuando en 1927, a raíz de la aplastante victoria de J. R. Capablanca en el torneo internacional de Nueva York, todo el mundo del ajedrez abrigaba la convicción de que el encuentro Capablanca-Alekhine terminaría en un triunfo absoluto del campeón mundial, sólo Em. Lasker se atrevió a escribir que las probabilidades de éxito de A. Alekhine en el match que se avecinaba no eran menores, sino incluso mayores que las de Capablanca.

Lasker se reveló certero, pues, además de comprender la importancia del enfoque psicológico de Alekhine, tuvo en cuenta la extraordinaria capacidad de trabajo del mismo Alekhine y su no menos excepcional talento de analista.

Después del encuentro, Alekhine comentó que Capablanca, pese a ser un jugador genial, confiaba demasiado en la intuición. Si un ajedrecista de este tipo llega a verse obligado a jugar posiciones donde la sola intuición no basta y donde ha de calcular constantemente variantes concretas sin haberse acostumbrado a ello trabajando con asiduidad, no tardará en cansarse y cometer graves errores. Así lo confirmó el match Alekhine-Capablanca.

Para que un jugador desarrolle con éxito sus facultades creadoras y logre buenos resultados deportivos es importante que no limite su trabajo al «puro ajedrez»: estudio de aperturas, crítica y comentario de partidas, análisis de finales, etc. En otras palabras, no debe sólo «meterse dentro» del ajedrez; es también importantísima la capacidad de vez el juego «desde fuera», para así apreciar mejor la manera de combatir de uno mismo y del adversario.

Así, la enseñanza impartida a los ajedrecistas y sobre todo a sus entrenadores ha de incluir, amén de los temas que constituyen la preparación intrínseca, cuestiones que a primera vista no parecen estar esencialmente relacionadas con la creación ajedrecística ni con el progreso deportivo del jugador. Entre otras muchas, qué puesto ocupa el ajedrez en la vida social, qué utilidad tiene, en qué género de actividades ha de clasificarse, qué preparación física y psicológica debe exigírsele a un ajedrecista, etcétera.

La práctica del ajedrez facilita el desarrollo de las facultades intelectuales del hombre y el de muchos otros aspectos de su personalidad. Gracias a ella mejoran y progresan el pensamiento lógico e intuitivo, se fortalece y agiliza la memoria, aumenta la aptitud para concentrarse y cambiar voluntariamente de foco de atención. El ajedrez ayuda a organizar las ideas, a tomar decisiones (obligación de jugar cuando a uno le toca) previa evaluación de las diversas posibilidades que se le brindan al hombre tanto en la vida de cada día como en su actividad laboral. La necesidad de aplicar sucesivamente en la partida de ajedrez las decisiones tomadas —mover tal pieza, llevar a cabo determinadas ideas estratégicas— contribuye a modelar la voluntad, a formar un carácter resuelto y a estabilizar las emociones.

El ajedrez tiene también suma importancia en la educación del sentido crítico para consigo mismo. Dado que en casi todos nosotros se manifiesta en mayor o menor grado una tendencia egocéntrica, a menudo no aceptamos ni siquiera nuestros errores, o tratamos de justificarlos. El juego del ajedrez y el perfeccionamiento en este arte llevan aparejada la necesidad de analizar las propias partidas, de poner en evidencia y criticar los errores cometidos durante las mismas para evitarlos en el futuro.

De esta suerte, el ajedrez favorece el desarrollo de la rectitud personal, de la crítica de los propios actos. Obliga al hombre a mirarse a sí mismo, revelándole la cruel necesidad de asumir sus yerros y corregirlos. A este propósito hace ya más de 50 años

que escribía muy atinadamente Em. Lasker: «En el tablero de ajedrez no hay lugar para la mentira y la hipocresía. La belleza de una combinación reside en que siempre es verídica. La inexorable verdad que se expresa en el ajedrez desenmascara al hipócrita».

Abundan los testimonios de grandes jugadores que en la creación ajedrecística ven ciertas analogías con la creación científica, y sobre todo con la artística. Algunos ilustres ajedrecistas del pasado, por ejemplo Alekhine y Botvinnik, proponían que el noble juego se incluyera entre las bellas artes. En tiempos recientes, habida cuenta del desarrollo de los ordenadores que juegan al ajedrez y de los programas elaborados con este fin, se revela una tendencia a considerar el ajedrez como una ciencia. No cabe duda, como ya lo hizo notar Em. Lasker, que en el ajedrez se dan a la vez elementos de ciencia y de arte. Además, no se le puede negar una relación básica con el deporte, pese a ser una actividad del todo ajena al fortalecimiento muscular. La razón de su carácter deportivo ha de verse en su objeto final: el logro de la victoria sobre su adversario. Vencer al enemigo, ganar la partida..., he ahí la tarea fundamental de cada jugador de ajedrez. Una tarea deportiva, de donde se desprende esta importante conclusión: el jugador de ajedrez es por fuerza un deportista, con vistas a ello ha de modelar incansablemente su personalidad. Tal es también la opinión que hoy en día defiende con especial ahínco el campeón del mundo Anatoli Karpov, habiendo declarado más de una vez que se considera a sí mismo ante todo un deportista. Si el jugador de ajedrez descuida el aspecto deportivo de su preparación, sus resultados dejarán mucho que desear, por brillante y original que sea su talento ajedrecístico. Esto quiere decir que será mediocre no sólo como deportista, sino incluso como creador.

Todos conocemos múltiples casos de ajedrecistas indiscutiblemente bien dotados cuyas posibilidades creadoras eran muy superiores a lo que reflejaban sus logros deportivos. Entre los maestros soviéticos de esta clase pueden citarse V. Rauzer, V. Ragozin, P. Romanovski, A. Sokolski y V. Simagin; entre los extranjeros, R. Réti y C. Torre.

El desequilibrio entre las realidades artísticas y deportivas de esos eminentes maestros les impidió ocupar en la historia de las competiciones de ajedrez el puesto que hubieran merecido por su talento.

En suma, las posibilidades creadoras del ajedrecista, su ingenio, deben obligatoriamente asociarse con sus cualidades deportivas. La preparación directa para el juego no es sino la mitad del camino por recorrer. La otra mitad, tan esencial como la primera, consiste en la preparación deportiva. En resumen, ambos aspectos determinan la «forma» en que se encuentra el jugador de ajedrez y su fuerza real.

La preparación deportiva consta de muchos elementos, entre los cuales debe incluirse el entrenamiento físico, del que depende tanto el estado de salud como la

capacidad de aguantar prolongadas tensiones emocionales e intelectuales. Una buena preparación física facilita el desarrollo de algunas importantes cualidades deportivas, por ejemplo la resistencia al cansancio. También ayuda, durante los períodos de juego, a conservar íntegra la salud, sin la cual es imposible aspirar a brillantes resultados. Con sumo acierto, el gran maestro R. Spielmann escribió lo siguiente: «Si el organismo no funciona a la perfección, si los nervios flaquean ante el esfuerzo para llegar a la meta suprema, de nada sirven conocimientos o aptitudes. Un resfriado, un dolor de cabeza o de muelas, suelen tenerse por cosas triviales..., pero en un torneo de ajedrez pueden acarrear graves y hasta trágicas consecuencias».

Otro factor trascendental de la forma deportiva es la preparación psicológica. Ésta ha de orientarse a resolver dos problemas básicos. El primero se refiere al perfeccionamiento de las propias cualidades psicológicas: estabilidad emocional, capacidad de concentración prolongada, memoria duradera y ágil, firmeza externa e interna para vencer obstáculos. El segundo es el planteado por el estudio de la psicología del adversario: puntos fuertes y flacos de su personalidad, rasgos específicos de su juego, etc. Para acometer con éxito la primera de estas dos tareas, el ajedrecista debe aprender a contemplarse a sí mismo como quien dice desde el exterior, con la máxima objetividad posible. Esto es muy difícil. Se logra no sólo a través de un examen detallado de materiales estrictamente ajedrecísticos —análisis de las partidas jugadas por uno mismo, indagando sin cesar los motivos de las faltas y descuidos graves—, sino también mediante el mantenimiento de una especie de diario con breves notas sobre la propia forma física, estado de ánimo, impresiones personales, etc., antes y en el transcurso del juego. Tales observaciones pueden llegar a ser una preciosa ayuda para enmendar las propias deficiencias psicológicas y mejorar la forma deportiva.

A este respecto merece muchísima atención cuanto se haga por aprender a superar los obstáculos tanto externos coom internos. Entre los primeros figuran todos los factores que intervienen durante el juego e influyen realmente en él desde fuera, impidiéndole al ajedrecista pensar y concentrarse, o aun sacándole de su normal estado de ánimo; por ejemplo, el ruido en la sala donde se desarrolla la competición...

En esta categoría se incluyen también las diversas formas de comportamiento intencionadamente destinadas a causar molestias al adversario durante la partida: frecuentes ausencias del local de juego, contactos con otros participantes como si se estuviera comentando con ellos la posición, conducta insólita ante el tablero mismo distrayendo de maneras varias al contrincante, mirándole con fijeza a la cara, etcétera.

Los obstáculos «internos» —contra los cuales hay que luchar con no menor tesón— provienen de la propia emotividad personal y no guardan relación directa con la partida. Por lo regular el ju-

gador no tiene conciencia concreta de su influjo.

A todo ajedrecista le asaltan numerosas preocupaciones en relación con su vida cotidiana, familia, trabajo y, por supuesto, con anteriores partidas terminadas o aplazadas. Tales cosas le dan de continuo vueltas en el cerebro, si bien en el plano del subconsciente; es decir, sin que el jugador piense siquiera en ellas. En ocasiones, máxime tratándose de sujetos con menor estabilidad emocional, esas inquietudes «de fondo» irrumpen en los mecanismos nerviosos que, durante el juego, mantienen la mente centrada sólo en los problemas ajedrecísticos de la partida en curso. Entonces quedan perturbadas las reflexiones normales del jugador ocupado en seleccionar su próximo movimiento. Esto puede ser fuente de una decisión equivocada.

Otro punto importante lo constituye la prevención de los errores debidos a la fatiga. Aquí conviene hacer notar que los síntomas de cansancio difieren según las personas. El más común suele ser la pérdida de la aptitud para concentrarse: el ajedrecista experimenta una palpable dificultad en el cálculo de variantes, viéndose obligado a repasar algunas de ellas varias veces; al mismo tiempo muchos pierden también la seguridad en sí mismos y les cuesta decidirse por una jugada. A otros se les manifiesta el cansancio en forma de apatía, falta súbita de interés por el juego y disminución de la fuerza de voluntad necesaria para escoger un buen movimiento. Es curioso que en bastantes casos el jugador no percibe a lo largo de la partida ningún signo de fatiga y conserva su estado normal; sólo su juego empieza a deteriorarse, reflejando inseguridad y evidenciando graves errores. El interesado suele explicar estos últimos, al acabar la partida, aludiendo a supuestos poderes «hipnóticos» del adversario o de algún espectador...

Así, en el encuentro de Baguío (1978) entre A. Karpov y V. Korchnoi para el campeonato del mundo, el aspirante intentó dar cuenta de sus serios errores atribuyéndolos a toda suerte de influjos «telepáticos». Se resistía a admitir que fuera capaz de hacer tales jugadas espontáneamente. Korchnoi ignoraba o no quería reconocer que esas faltas provenían del cansancio o de una excesiva agitación emocional.

Debe quedar bien claro que las pláticas acerca de la aptitud de algunos ajedrecistas para ejercer sobre sus adversarios un influjo hipnótico y perturbar así el curso normal del juego carecen de todo fundamento. El jugador debe saber apreciar objetivamente los medios de que dispone su rival para ejercer en él una presión psicológica, y también los cambios que tienen lugar en su propio estado psíquico a medida que progresa la partida.

Es preciso añadir que los ajedrecistas capaces de analizarse a sí mismos con seriedad encuentran muchos y variados medios de prevenir los errores a que nos estamos refiriendo. Por ejemplo, cuando el gran maestro Y. Averbach advierte que las jugadas de su contrincante le cogen varias veces seguidas por sorpresa, comprende que está cansado y ofre-

ce tablas incluso teniendo mejor posición.

También es cosa sabida que entre los adversarios se establece durante el juego una corriente psicológica de efectos recíprocos. Así, en muchos casos, al jugador se le contagia la inseguridad y agitación de su rival. Esto se nota de modo especial en los momentos en que la lucha es más tensa, cuando el destino de la partida se decide en unos pocos minutos y a veces hasta segundos. Entonces ambos contendientes juegan como si nada en el mundo les interesara aparte de los sucesos que se desarrollan en el tablero, pero su mutua influencia psicológica salta a la vista.

A título de ejemplo citaremos una situación bastante común en las partidas llamadas «rápidas». Uno de los contendientes se deja «colgada» una pieza, pero su adversario no se da cuenta del descuido y sigue jugando como si tal cosa. Los aficionados que rodean la mesa de juego no aciertan a contener su emoción, cuchichean, ríen..., pero ninguno de los dos ajedrecistas reacciona ante ese barullo, como si los «mirones» no existieran. De pronto el que dejó la pieza «colgada» se percata de su error, lo cual suscita en él algún tipo de reacción que pasa inadvertida a los espectadores: retiene un instante el aliento o echa una furtiva ojeada hacia el lado del tablero donde está la pieza indefensa... En la mayoría de los casos, su rival percibe inmediatamente este cambio psicológico y «descubre el pastel».

¿Qué recomendaciones prácticas pueden hacérseles a los pedagogos para que ayuden a sus alumnos a eliminar los citados errores psicológicos?

Empecemos por examinar algunos medios empíricos de resistencia a los obstáculos externos, medios empleados por ajedrecistas insignes que sabían autoanalizarse a fondo y sacar de esto importantes conclusiones.

Es sabido que la hipersensibilidad al ruido se manifiesta sobre todo en los períodos en que los jugadores se encuentran en baja forma deportiva o cuando, durante una lucha larga y emocionalmente tensa, aparecen en ellos las primeras señales de cansancio. Estos síntomas son especialmente perceptibles hacia la 4.ª o 5.ª hora de juego.

El ex campeón del mundo M. M. Botvinnik era sumamente sensible al ruido. Para corregir este defecto psicológico empleó un método bastante sencillo, aunque por lo visto eficaz. Durante su preparación para un campeonato, mientras analizaba variantes o jugaba partidas de entrenamiento, creaba de modo artificial un ambiente ruidoso, conectando la radio o por otro medio. Así se acostumbraba a no reaccionar a los ruidos e incluso a no notarlos.

Más complicada es la cuestión de llegar a vencer los obstáculos que provienen del adversario. Para lograr éxito en esta empresa hay que tener una idea clara de la corriente psicológica, con influjo recíproco, que se establece entre ambos rivales durante el juego.

Hasta ahora no se ha prestado mucha atención a este aspecto, pese a que el reglamento del ajedrez contiene ya algunas instruc-

ciones relativas a la buena conducta de los jugadores durante la partida. Claro está que esas normas no pueden abarcar o tratar con detalle todas las particularidades del comportamiento de los ajedrecistas. El reglamento dice, por ejemplo, que mientras dura el juego los adversarios no deben conversar entre sí ni discutir con nadie la posición; sin embargo, no especifica que el jugador no tiene derecho a introducir en el local del torneo cualesquiera objetos que puedan desviar de la partida la atención de su adversario, ni a venir acompañado de animales domésticos y pasearse con ellos por la sala, ni a fijar largamente la vista en el contrincante mientras éste medita su jugada, seguirle con los ojos, sonreír, reaccionar a sus jugadas con gestos o muecas, etc. Tales incorrecciones, que no son infrecuentes, entorpecen el curso normal del juego. Más de una vez ha ocurrido también que la conversación iniciada sobre el tablero por uno de los contendientes fuera causa de graves descuidos.

Acerca de un caso de este tipo escribía F. Duz-Khotimirski:

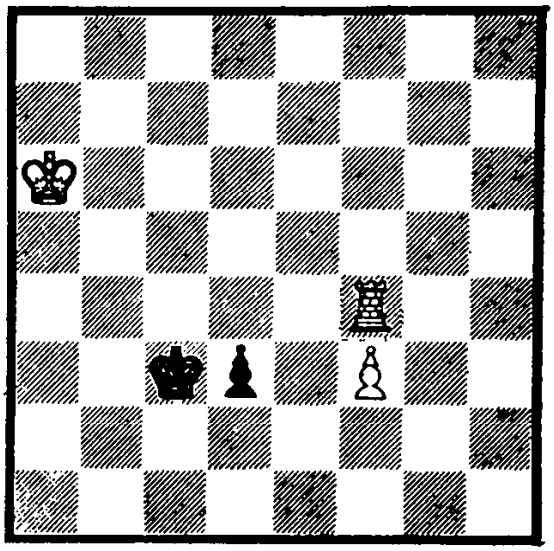
«A Alapin le gustaba mucho bromear durante las partidas. En uno de sus encuentros conmigo (torneo internacional de Praga, 1908) surgió la posición del diagrama 44.

»En ese momento, con la partida claramente ganada, jugó **1. ..., d2**, exclamando al mismo tiempo: "¡Pronto le llega el fin!"

»Se hicieron los movimientos **2. Ta4, d1=D; 3. Ta5**, y aquí yo, imitando la facundia de mi adversario y tomándole a mi vez el pelo, le repliqué con viveza: "Conque ya tengo que abandonar, ¿eh? ¿Será usted capaz de comérseme también el peón?"

»Alapin, después de lanzarme una mirada suspicaz y reflexionar

Diagrama núm. 44

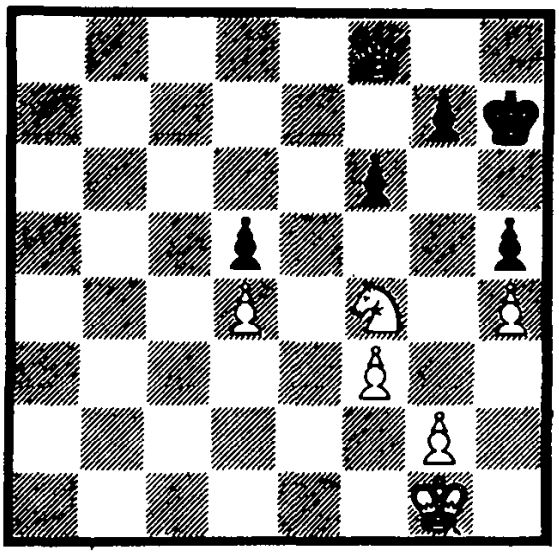


diez minutos, acabó por decir: "Pues... ¡sí, señor! ¡Ese peoncillo me lo como!" Y acto seguido jugó **3. ..., D×f3??**, pero al responder yo **4. Ta3+**, empezó a gesticular con los brazos, dio un grito, palideció y... se calló definitivamente.»

Hablando de comportamientos poco éticos, hay que mencionar también otro bastante común: la incapacidad de rendirse en posiciones desesperadas. Ernest Hemingway escribió con gran tino que «un auténtico hombre no es siempre el que sabe ganar, sino el que sabe perder». Es preciso saber ganar, pero también lo es saber perder con honra. Algunos jugadores, incluso entre los de más alta categoría, no han aprendido

a ser buenos perdedores, y por eso muchas veces no han logrado en las competiciones el éxito que hubiera sido de esperar.

Diagrama núm. 45



Esta posición se dio en una partida entre dos grandes maestros bien conocidos, Y. Balashov y M. Matulovic (cuartos de final para la copa de los campeones de Europa, Moscú, 1979).

Un caballo y una dama de menos no pareció a las negras motivo suficiente para rendirse (!) y, después de pensar quince minutos, el maestro yugoslavo decidió proseguir la lucha y aplazar la partida, anotando la jugada secreta. Semejante conducta sólo puede explicarse por la poca estima que uno tiene de sí mismo y de su rival.

Sucede también con frecuencia que, tras haber perdido una partida y con motivo del choque emocional que ello supone, el ajedrecista se toma muy a pecho su derrota y, a veces, trata a su adversario con poca corrección, no pudiendo dominar sus nervios. Tales sujetos tardan mucho tiempo en «digerir la píldora», y no es raro que en la siguiente partida que juegan se revelen muy por debajo de su fuerza y posibilidades reales.

Cada jugador debe encontrar sus propios medios para, después de una derrota, eliminar todo vestigio de emotividad exagerada y volver a su normal estado emotivo y psíquico. La importancia de esto puede juzgarse por el ejemplo del gran ajedrecista V. V. Smyslov, que en su trayecto hacia el máximo trofeo mundial consiguió superar lo que consideraba la principal deficiencia de su carácter: peor juego a consecuencia de una reciente derrota.

Abordemos ahora la cuestión de la actitud psicológica ante el juego del adversario. Es oportuno advertir que, por mucho que el ajedrecista se concentre en la partida misma y por más que afirme su voluntad de buscar en cada posición la jugada objetivamente mejor, como quien resuelve un problema matemático, no puede evitar conducirse en mayor o menor grado al modo de un psicólogo. Así, cuando se enfrenta, pongamos por caso, hoy con Smyslov, mañana con Bronstein o Tal, a menudo adopta, en ciertas posiciones no demasiado netas, planes distintos según las características individuales de su rival: contra Smyslov, profundo conocedor de los finales y reputado por su excelente técnica en esta fase de la partida, evitará los cambios; contra Bronstein o Tal, entusiastas del juego combinativo, aprovechará todas las ocasiones posibles para simplificar la posición cambiando piezas. Hay

que tener siempre en cuenta los rasgos específicos de la psicología del adversario. Éstos no sólo se refieren a su juego o a su manera de proceder en el tablero, sino al conjunto de su personalidad.

Tiempo atrás, en el campeonato de Moscú, el entonces joven candidato a maestro y hoy gran figura del ajedrez Y. Averbach se enfrentaba con el eminente ajedrecista I. Kann. Después de reflexionar durante casi una hora, Averbach le propuso a su adversario un interesante sacrificio de peón. Sin duda el joven se sentía algo excitado e inquieto ante las consecuencias posibles de su aguda decisión. Kann, sin pensar mucho, rehusó la oferta.

Después de la partida, Averbach quiso saber por qué su contrincante no había entrado en aquella línea de juego y le mostró algunas ingeniosas variantes. Kann replicó que, sencillamente, creía en la seriedad y buen juicio de su adversario, y estaba seguro de que Averbach no sacrificaba un peón a la ligera... Al decidirse a rechazar el sacrificio, Kann evitó sobrecargar sus pensamientos con un cálculo superfluo de variantes; resolvió el problema rápida y simplemente... a partir de la personalidad de su adversario, y no de las características objetivas de la posición. El ajedrez pasó a un segundo plano. Este caso, basado en la interacción psicológica del carácter de ambos jugadores, se da con bastante frecuencia.

A veces, en especial cuando los acontecimientos que se desarrollan en el tablero toman inesperadamente un cariz favorable, el ajedrecista pierde en cierto modo su serenidad mental, algo así como si en su interior «saltara de alegría». De esto puede aprovecharse un adversario que capte bien los matices psicológicos de la lucha. Provocar cualquier desequilibrio en las emociones del contrincante equivale a inducirle con disimulo a tomar decisiones erróneas. Ello puede resultar no sólo de una sobrecarga emocional negativa, sino también positiva.

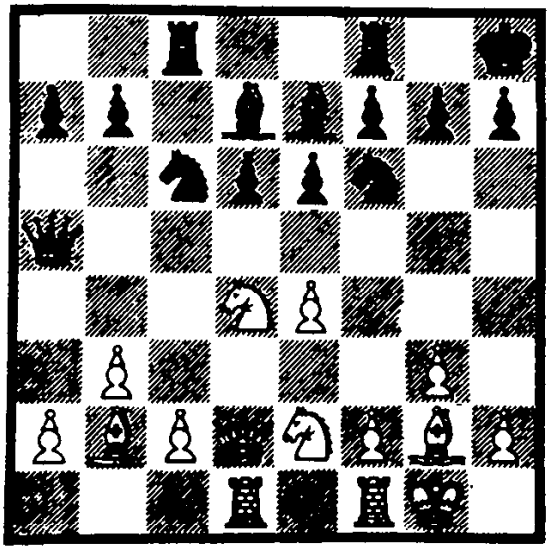
Una de las más claras ilustraciones de este fenómeno la tenemos en una partida jugada en 1925 entre Lasker e Ilin-Dzenevski, en el primer torneo internacional de Moscú. Ilin-Dzenevski, como él mismo admitió después del juego, se sentía de excelente humor combativo: ¡con Lasker había logrado, como mínimo, igualar la posición! El plan estratégico que pensaba seguir estaba claro en su mente, pero de pronto Lasker hizo una enigmática jugada de dama. ¿Se trataba de un descuido o de un verdadero sacrificio? Ilin-Dzenevski ganó la dama enemiga a cambio de una torre, alfil y peón.

Evocando este episodio, el propio Ilin-Dzenevski escribía: «En la partida que jugué contra Em. Lasker el 19 de noviembre de 1925, en el torneo internacional de Moscú, llegamos, después del 13.° movimiento de las blancas, a la posición del diagrama 46.

»En vez de cambiar las damas, Lasker, con gran sorpresa de los circunstantes, prosiguió **13.** ..., **D×a2; 14. Ta1, D×b2; 15. Tf-b1, D×b1+; 16. T×b1,** entregando su dama por una torre, alfil y peón. Confieso que ni siquiera ahora entiendo esta combinación

y estoy de acuerdo con Bogoljubov, que comentó la partida, en que después de su sacrificio las negras corren gran peligro de ser

Diagrama núm. 46



derrotadas. Entonces pensé simplemente que Lasker se había distraído, y así lo creyeron también los demás jugadores del torneo, incluido Bogoljubov. El incidente me puso eufórico: ¡El día anterior había vencido contra Capablanca y ahora ganaba contra Lasker! ¡El resto era ya coser y cantar! Y empecé a jugar con desenvoltura... Cierto que a esto también contribuyeron los apuros de tiempo en que me encontraba. Siguió **16.** ..., **Tf-d8; 17. c4, Ce8; 18. f4, a6; 19. Rh1, Cc7; 20. De3, Tb8; 21. Td1, Cb4; 22. Dc3, a5; 23. Ta1, b6; 24. De3?** A esta jugada las negras replicaron **24.** ..., **e5**, ganando la calidad y, muy pronto, la partida. Evidentemente, mi último movimiento fue un grave descuido, pero, aparte de ello, había ya deteriorado bastante mi posición. ¡Tal es el castigo por la prematura embriaguez del triunfo!

»Después de la partida, Lasker negó que su entrega de dama fuera fruto de una distracción. Al jugar como lo hizo, contaba, desde luego, con el efecto psicológico de su sacrificio...»

¿Cuál es la clave psicológica de esa victoria en la que Lasker confiaba al sacrificar la dama? En primer lugar, sabía por larga experiencia que muchos maestros sobrevaloran la fuerza de la dama y, en general, no están acostumbrados a jugar posiciones en las que llevan la dama de «ventaja». En segundo lugar, dichos maestros se sienten inseguros en tales posiciones, sin contar con que su inesperada conquista de la dama a menudo provoca en ellos una desmedida euforia que les dificulta el hallazgo de planes correctos de juego.

Esto no es más que un ejemplo entre los muchos que nos brindan las partidas de Lasker, basados en su descubrimiento científico: el enfoque psicológico de la lucha que se desarrolla en el tablero de ajedrez.

Cuando Lasker se preparaba para un torneo, siempre tenía en cuenta las peculiaridades psicológicas de sus futuros adversarios, cosa a la que nadie solía dedicar mucho tiempo. Los rivales de Lasker estudiaban variantes de apertura; él estudiaba aún más a las personas. Y durante el torneo tomaba decisiones que parecían extrañas desde el punto de vista de la técnica ajedrecística, pero se justificaban plenamente por la «posición» psicológica...

Para conservarse en buena for-

ma deportiva es también muy importante saber resistir a los obstáculos internos; esto significa que durante el juego el ajedrecista debe poder concentrarse en él por completo, sin permitir que le estorben preocupaciones, emociones, dudas, etc., que no tengan que ver con la partida. El problema se resuelve aprendiendo a organizarse la vida en período de competiciones, y a conducirse después de cada partida —en especial si se vuelve sobre ella— de tal manera que quede borrada toda «huella» de los acontecimientos pasados. Suele ocurrir, por ejemplo, que, al acabarse una partida tensa, ambos contrincantes, a pesar de su cansancio, desean analizarla y examinar muchas variantes que quedaron «entre bastidores». Este deseo debe satisfacerse, pero, por supuesto, dentro de los límites razonables. Bastan 20 o 30 minutos para repasar las principales variantes surgidas durante el juego, analizarlas y liberarse así del peso mental de la partida en cuestión. Si esto no se hace, es probable que el jugador siga de todas formas analizando la partida inconscientemente, lo cual, aparte de no dejarle dormir bien por la noche, puede al día siguiente, cuando esté jugando una nueva partida, entorpecer el curso normal de sus pensamientos en un momento dado.

Los obstáculos internos son frecuentes a raíz de un aplazamiento, sobre todo si se han aplazado varias partidas. Por mucho que el ajedrecista intente no pensar en ellas, su subconsciente sigue analizándolas, y los resultados de este análisis saltan periódicamente a la conciencia con detrimento del proceso mental ligado a la partida siguiente.

Las cuestiones relativas al entrenamiento psicofisiológico del jugador de ajedrez, para incrementar su resistencia a los obstáculos internos, todavía están en mantillas. Sólo hay una cosa clara, y es que la solución depende de que se tengan en cuenta las particularidades de la constitución psíquica de los sujetos.

El gran aviador soviético Mikhail Mikhailovich Gromov escribía que para convertirse en un buen piloto, capaz de conducir un avión con firmeza y seguridad, uno tenía que aprender ante todo a «pilotarse» a sí mismo. Esto puede también aplicarse sin reservas a cualquier deportista y, especialmente, a cualquier jugador de ajedrez.